

Título: Interdicciones filosóficas, políticas y psicoanalíticas.

Índice:

- a) Introito
- b) Prólogo

- c) La política, paciente Freudiano, al Diván Lacaniano
- d) Divinidad femenina o la incorrección política obliterada
- e) Sucedáneos Democráticos.

Introito:

El presente texto nace, a los efectos de intentar, indagar, explorar tal sendero de bosque, vincular la proximidad, el puente, aún no pensado, desde el arriesgar Heideggeriano, de la conexión insondable, entre palabra y muerte. Palabra entendida como logos, como el más allá de lo instintivo y muerte como la conceptualización del cese del acontecimiento. La palabra es el palimpsesto que certifica que la muerte no sucede para uno, sino para el otro, aquí alumbra, el nacimiento tanto de lo público, como su sucedáneo, la política que busca que tal extensión, no se convierta en tan extraña, en tan ajena al fenómeno natural de uno, que jamás muere, pero que ve en la muerte del otro, el horizonte de lo común, de lo que nos acontecerá, a todos y cada uno, los que habitamos en las distintas aldeas, bajo los límites de las plazas por las que transitamos.

La representatividad muerta, de una democracia que parece a medida que se la rescata, a la que se la salva, se le brinda otra posibilidad, desde la connotación de la política, merece, y debe, ser analizada, bajo los incordios de los conceptos, de la estructuración psicoanalítica, tal como sí se tratase de una suerte de diván, como todos imposible y experimental, público, explícito y explicitado, en donde el analista, el guía, el componedor, se transforma, se convierte, deviene en lector y donde el gobernante, al fin, a solas con su responsabilidad como con su irresponsabilidad, tiene la oportunidad de redimirse de sus excedentes, de excomulgarse de un mandato que lo lleva a los límites de la conversión de lo no humano.

Este conjunto de vocablos, está estructurado como un lenguaje que nos habla entre las exclusiones mutuas que se desprenden de la filosofía, la política y el psicoanálisis para la comprensión de lo humano. En su lectura ágil, se podrá percibir el clivaje ocluido, el lazo, oculto como inexpugnable, que recobra de sentido, un jeroglífico en donde se pueden vislumbrar a la política, la democracia, el inconsciente y la vagina como conceptos fundamentales. En cada uno de los lectores, comentaristas en verdad, así lo deseen ratificar en el código de las letras como en el reinado de sus silencios, se encuentra la guía para unir y desunir los cabos, tal como en el atalaya asoma la luz referencial del analista o como en la casa de gobierno, ejecuta la decisión, sea cual fuere la misma, el gobernante.

Como sí se tratase de una suerte de manifiesto, de codificación, independientemente de lo que lleve su dinámica, como su comprensión, en una dimensión de lo temporal que excede nuestra necesidad de respuesta, todo lo que callan nuestras palabras, no son más que las venturas que vivenciaremos en estadios otros, sean oníricos, como productos de la fantasía o de la posibilidad de un futuro posible que nos impele a que nos habitemos

más allá del miedo con el que leemos la reacción primigenia, que deslizamos ante la muerte.

Desde este mojón es que consideramos que si no dejamos de pensar, actuando, de esta manera, la llamada de lo ausente a lo que no acudimos, se terminara por extinguir, descenderos a una deshumanización de nuestras posibilidades, y convertidos en un subproducto de la razón instrumental, dejaremos de interesarnos por la palabra, por las traducciones que conseguimos, mediante su uso y desuso.

En tal ciénaga del aceleracionismo, seremos la expresión consumada, del consumo hiperbolizado, sobregirado en las proporciones industriales que nos llevaran a buscar otros ambientes, para desarrollar, no ya lo humano, sino su resultante, la operatoria mayor, la conversión final del verbo, del logos, de la palabra al número.

Número que como tal, posee como propiedad intrínseca su no traducibilidad. La ausencia de exegesis del número, lo convierte y nos convierte, en algoritmos para uso y abuso de nuestra debacle, a la que se la llama, por el momento, en los últimos resquicios de la resistencia de las palabras, inteligencia artificial.

Cada vez son más los sujetos (atados a la ataraxia que propina el sedante del fin de los tiempos), que exacerbados en su función políciaca, denuncian la llegada, la subsistencia de textos, de manojos de palabras, de gritos de lo humano, seriados, codificados en artículos, que no esperaban, que no pidieron, que no saben dónde colocarlo, además del basurero, sea real, simbólico del cerebro o virtual de la casilla de correo.

Ya tienen privada la posibilidad del entender que la humanidad, encontró sin buscar su traducción. Casi todo lo adquirido lo obtuvimos mediante el libre juego, de que una cosa llevara a la otra, sin desesperarnos en buscar, imposible además, el cuanto y el qué.

La muerte no traduce lo humano, no lo redime, no lo inmortaliza, sólo la palabra es capaz de conseguir esto y tanto más.

La palabra, a la que se la persigue, se la ultraja, se la sodomiza, exigiéndole una traducción, un resultante, nos habla, nos interpela, en todos los planos posibles, para que nos reconciliemos con ella, con lo público, con lo político, que es su sucedáneo.

En la palabra no anida el resultado, al que por haberlo convertido en prioritario, la traducción de lo humano, lo va despojando de su sentido, de su esencialidad, de esa palabra por la que aún conservamos nuestra condición, hasta que la terminemos despellejando y en tal posibilidad, habernos transformado en la suma azarosa de un algoritmo, sin posibilidad de regreso, de cambio, sin traducción alguna más que la contundencia del número.

Prólogo

Un título enigmático, “Interdicciones filosóficas, políticas y psicoanalíticas” y un índice promisorio. Francisco Tomás González Cabañas tiene la audacia de poner la política en el diván freudiano y el lacaniano sabiendo, que en ambos, la cura es imposible. Comprender la política bajo términos psicoanalíticos cumple una función que consiste en soportar lo heredado, modificar lo extraño definido por Freud como lo siniestro aquello que afecta y segrega.

El autor establece una interesante analogía entre el cuerpo traumatizado sexuado y mortal y el cuerpo social; a la manera derrideana deconstruye los orificios del cuerpo del sujeto y la cultura. Un profundo análisis de la filosofía política que incluye lecturas de Freud, Lacan, Ranciere, Masotta, Tatián, Heidegger, Derrida y Foucault.

González Cabañas plantea conectar la palabra y la muerte en tanto nacimiento de lo público y horizonte de lo común definido como una no realización. Se pregunta muy atinadamente si la palabra redime lo humano ¿Qué sucede en esta época en que se reduce la palabra, y nos transformamos en un algoritmo, un número?

Finalmente con audacia propone el voto anticipado que no implica una ruptura con el sufragio clásico sino, por el contrario, funcionaría como una ampliación democrática que la acrecienta y mejora pues el sistema político se adaptaría con mejor calidad a la necesidad de ciudadano.

El autor nos invita a realizar la aventura heideggeriana de introducirnos por “camino de bosque”.

Nora Merlin. Psicoanalista. Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Magister en Ciencias Políticas, Universidad de San Martín (UNSAM-IDAES). Autora del libro *Populismo y psicoanálisis*, Editorial Letra Viva.

La política, paciente Freudiano, al Diván Lacaniano

“Gobernar es un imposible, porque se trata de hacer desear”, dice Jacques Lacan desde una perspectiva más psicología que política.

En la política, esta noción pasa desapercibida o es olvidada. Cuando una comunidad se apresta a elegir (casi siempre obligada por ley y condicionada por cuestiones económicas) a quienes manejarán sus asuntos públicos, pone en juego a todos y a cada uno de los integrantes de un país y sus deseos. Volviendo a Lacan, cuando el deseo no se cumple, sujeta al sujeto. Lo que creemos o sentimos nace de la ausencia y termina en ella. Este es el motivo por el que la política occidental democrática tiene como idea base el hacernos desear una organización social con libertad, igualdad y fraternidad, por más que no cumpla con ella ni tenga como meta propuesta alcanzar estos valores. Solo nos hace desearla. Pero la necesidad de comprender la política bajo términos psicoanalíticos es imperiosa para soportar lo heredado y para que podamos modificar, en el caso de que lo deseemos, aquello que consideramos extraño, que nos afecta, y que nos segrega hacia los márgenes de la locura.

Lo siniestro en la política

Sigmund Freud desnudó el concepto de lo siniestro como aquello que, siendo familiar o próximo por determinada circunstancia, se torna atemorizante, amenazador y horroroso. El padre del psicoanálisis lo grafica muy bien al hacer referencia a esta temática en las obras clásicas infantiles: todo lo que mágicamente era próximo, inmediato y, en cierta medida, íntimo y perteneciente, bruscamente se convierte en pavoroso y peligroso, dañino y amenazante, sin que lo ajeno haga mella; al contrario, la fuerza de lo siniestro abreva en ese punto de partida, de conocimiento y familiaridad, que, a priori, planteaba

una confianza en donde nada malo podía provenir de ese sujeto que resultaba cercano, pero que, de repente y brutalmente, se hace añicos.

Ante el electorado, la política o los políticos en campaña electoral se muestran como si fuesen una elite, selecta por algún dictador celestial, que obra como figura patriarcal, matriarcal, que resolverá tanto los problemas de la sociedad en general como de los de los integrantes en particular. Los tiempos previos a la votación exacerbaban esta familiaridad con el elector; los empuja hasta un delirium tremens en donde se sacan fotos con quienes les estrechan la mano, visitan lugares a los que nunca habían ido y a los que nunca irían en ninguna otra circunstancia, se reproducen infinitamente por las diversas plataformas mediáticas —virtuales y reales— a los únicos efectos de galvanizar ese supuesto vínculo de familiaridad, de pertenencia, y así sedimentarlo y blindarlo. Lo siniestro ocurre tiempo después, cuando el político, mediante ese voto de confianza que se traduce en voto real, accede al escaño, al manejo de la administración o del espacio de representación. Aquella plataforma o manifiesto de propuesta arde en la llama crepitante de lo incumplido y de lo que, tan solo, existió en el momento determinado de convencer circunstancialmente.

El lobo sale de su disfraz para comerse a caperucita. El patito feo se da cuenta de su fealdad al ver de lo horroroso de su plumaje, tan distinto al de su familia. Lo siniestro de la mentira se evidencia cuando una voz inesperada irrumpe en el lazo ficticio entre el mandante y los mandados que, hasta entonces, era más evidente y palpable que el sentido de la vista. Las democracias occidentales padecen este mal de la política siniestra: una enfermedad crónica, sin cura posible, pero con un tratamiento permanente para mitigar el dolor del desgarramiento que se produce cuando ocurre el cisma y el desdoble. Poner en palabras este dolor —como sucedería en el psicoanálisis— es, en cierta medida, lo que realiza la comunidad mediante sus expresiones que, a su vez, conocemos porque son mediatizadas por los sistemas de comunicación. El hombre común, o el ciudadano de a pie, profiriendo improperios contra la política o sus políticos en la mesa de un bar, o en el banco de una plaza, son la imagen, por antonomasia, de lo que significa la legitimidad política en nuestros actuales sistemas representativos.

Martín Heidegger, enamorado, argumentalmente, de la poética alemana, afirmaba que el ser habita en el lenguaje.

Nuestras democracias son ámbitos pura, eminente y exclusivamente discursivos. Quienes no están de acuerdo con las reglas del juego, brindan una disputa que, más que una batalla ideológica o política —en su sentido filosófico—, es una liberación, una especie de cura psicoanalítica. Hacen un duelo luego del dolor provocado por lo siniestro.

Ahora bien, quienes pretendan otra cosa para ellos, como para su comunidad, en términos de nuestras actuales democracias occidentales, probablemente, tendrán que salirse del ámbito plenamente discursivo. Este, ya sería el campo de lo incierto, que es muy distinto al campo de lo siniestro. Como vimos antes, lo siniestro es una acción inesperada, horrorosa, de algo o alguien conocido que nos daña; lo incierto, sin embargo, es el temor en su estado más puro, es la oscuridad a la que rehuimos de niños y que de adultos creemos haber vencido.

Estamos acostumbrados, a habitar discursivamente en el dolor, en el permanente y cíclico tratamiento que nos imponemos para soportar y soportarnos, no porque así lo queramos, sino porque le tememos a lo desconocido, y eso nos lleva siempre a construir

sistemas políticos que no nos dan la posibilidad de vivir —o tan solo nos permiten una vida parcial— de manera exclusiva y excluyentemente discursiva.

Del aparato psíquico al aparato institucional.

Tras los conceptos fundamentales que se conocen como; ello, yo y superyó, constitutivos del aparato psíquico, otorgándoles funcionalidades políticas o encontrando las mismas, en la tríada que divide los poderes de los estados occidentales, podríamos maridar, sin temor a que digamos nada que no se traduzca como real, como operando en lo simbólico y tal vez, en lo arquetípico de lo imaginario, que el ello es el poder legislativo (el carácter deseoso de la ley, que muchas veces hasta resulta, o todas las veces, incumplible en tales términos) el yo (la ejecución de lo presente, o la administración de lo circundante, el poder ejecutivo) y el superyó (penalidad y contrarresto de lo deseante puro, poder judicial). La explicación psicológica o psicoanalítica del molde institucional que concibió y concibe el engranaje mediante la cual, la ciencia política creyó concebir algo que le perteneciera en un porcentaje destacable, no es más que la prueba fehaciente que de la frase “lo personal es político” debiéramos buscarlo en sus trasfondo, en lo subyacente, para explicitar que lo político-democrático, actual, estructurado como esta, jamás podrá permitirnos algo más allá de un tratamiento y jamás una cura, respuesta determinada, acabada o definición manifiesta. Se trata de nuestra condición, no de los sistemas, ni de como estemos cada uno de los cuales podemos llegar a interpretarlo o en el mejor de los casos plantearlo bajo modificaciones.

En la siguiente como brillante, síntesis para un artículo que busca enhebrar también el vínculo entre psicoanálisis y política, Nora Merlín, nos alumbró de la siguiente manera: “Recordemos brevemente el planteo que hace Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo*. Afirma allí que las masas son asociaciones de individuos que se manifiestan con características bárbaras, violentas, impulsivas y carentes de límites, en las que se echan por tierra las represiones. Son grupos humanos hipnotizados, con bajo rendimiento intelectual, que buscan someterse a la autoridad del líder poderoso que las domina por sugestión. Se trata de una constitución libidinosa producida por la identificación al líder, en la que una multitud de individuos pone en el mismo objeto (el líder) el lugar del ideal del yo —operador simbólico que sostiene la identificación de los miembros entre sí—. Por lo tanto, dos operaciones constituyen y caracterizan a la masa: idealización al líder e identificación con el líder y entre los miembros. En resumen, la masa implica una respuesta social no discursiva sino puramente libidinal”. Merlín, N. “Laclau y el Psiconálisis”. Página 12. Buenos Aires. 22 de Abril de 2014).

El artículo de la autora, como su título lo indica, continúa con una interesante interpretación del giro psicoanalítico, mediante el clivaje “populismo” que le daría, según su consideración Laclau, a lo expresado por Freud, que naturalmente leen la perspectiva desde el fenómeno sujeto y sus conflictividades y para nosotros, sin embargo, la lectura, pasa por pararse desde la óptica de lo estructurado, tanto en lo que luego deviene como lenguaje, pero que funge como aparato, psíquico y más luego, el político, que replica las misma y tajante estructuración.

En el aparato psíquico, (del que no queremos profundizar tanto por economía del lenguaje, como por el riesgo que implicaría el salirnos de eje) que navega bajo (en la mítica referencia del iceberg) los tópicos de lo consciente, lo preconsciente y lo inconsciente, la réplica política, es cabal y contundente.

El aparato político que sostiene los tres poderes del estado (hemos trabajado, sobre todo en la razón de ser del poder judicial y de la necesidad que le brindan los politólogos de ese contrapeso con los otros poderes, pero que a nivel argumental es escaso o pobre, desde Montesquieu en el “Espíritu de las leyes” a todos sus continuadores como muestra fehaciente de lo que afirmamos, nos replica la estructura no obramos ni pensamos política o racionalmente) navega en la legitimidad, en su continuidad, por obra y gracia que los tres tópicos que le permiten tal transitar, no son más ni menos que las clases sociales, o grupos o facciones que bien podrían dirimirse entre los que participan o son parte (políticos, clase alta, elite, círculo rojo, dominante) los que desean serlo, porque lo han sido (ellos o familiares) o porque tienen condiciones para creer o sentir que podrán ser parte (clase media) y finalmente los que no tienen conciencia de los que les está ocurriendo ni a ellos, ni en su rededor, los pobres, marginales o en estado de excepción (permanente, bien vale el oxímoron) que sólo pueden ocuparse de sobrevivir de rato en rato.

Como acabamos de ver los tópicos están replicados y más allá de semánticas o de nominaciones, la estructuración de nuestra política actual y por ende sus conflictividades, tienen mucho más que ver con las estructuraciones con las que nos arrojaron al mundo. Lo personal no sólo es político, sino lo psicoanalítico lo es.

Como bien sabemos, a título de adagio: "Es a esa articulación de la verdad a la que Freud se remite al declarar imposibles de cumplir tres compromisos: educar, gobernar, psicoanalizar".(J. Lacan Lectura Estructuralista de Freud. Pág. 178) tal vez pueda resultar ahora, más comprensible, entendible o analizable. Precisamente a Lacan se le atribuye también una frase a la que estaríamos haciendo honor: “Sí usted no entiende mis textos, tanto mejor, tendrá la oportunidad de explicarlos”.

En lo posible, que es lo pasable, lo transitable o lo vivible, cada quién sabrá qué hacer con lo suyo (en el mejor los casos con la guía de su analista) lo significativo, al menos para nosotros, es que así como toda la academia-cultural e intelectual, consideró y considera que sus administradores o políticos, deben conocer de derecho, leyes, ciencia política (en esta periodicidad le están agregando la exigencia de conocimientos económicos) y demás, estamos en condición de afirmar, que bajo la estructura que nos estructura y por la que estructuramos lo político, tener un guía político, un buen político entendido en ese significativo extenso de bueno, sería alguien que comprendiera ciertas nociones analíticas, al menos sí no la ve o no se interesa, que las respete, que las valore y que no las desprecie. Bajo tales signos estamos determinados, más allá de nuestros gustos, placeres, gozos e incluso de nosotros mismos.

El juego del Fort-Da en lo democrático y la necesidad de redención.-

Tanto en su definición primigenia, o la que deriva de su etimología, la concepción de salvar, o rescatar, es perfectamente atinente a lo que precisa nuestra institucionalidad política occidental. También lo es en su vinculación con la referencia filosófica de la redención. Phillip Mainländer, sostuvo de tal forma su cosmovisión, que sintéticamente postulaba que la muerte de Dios había generado la fragmentación, la multiplicación, la diseminación de la energía existencial, o lo “nuestro” como fenómeno, que inercialmente pretendía retornar a la conformación de ese uno, de esa totalidad, y por la que, esa fuerza inmanejable, actuaría como condicionante, como regidora de nuestras posibilidades de libertad o de elección, generando con ello, sensaciones limitantes, cuando no angustiantes de lo humano. Sí trazamos la metáfora, el traslado de la elaboración del plano individual al colectivo, algo no muy distinto nos sucede en

relación a nuestra democracia desde la perspectiva ciudadana. Son muy pocos, por no decir nadie, quiénes sin que tengan un provecho o un beneficio directo del sistema democrático, lo sostengan desde la razón o la emoción. La democracia desde al menos una generación que no genera otra cosa que la idea del mal menor, de la comparación, irracional y esotérica, con tiempos pasados en donde la humanidad ha probado otros tantos sistemas oprobiosos de organizarse, tan semejantes en resultados o peores que el actual, que precisa, imperiosamente de redimirse.

El haber detectado que en el tránsito del tiempo, en el devenir del acontecer, en el sucedáneo de lo cotidiano, tanto la representatividad, como la legitimidad, se dinamitan, se subdividen, infinitesimalmente tal como la partícula elemental, multiplicándose la posibilidad de perspectivas disimiles, que no puedan convergir en acuerdo alguno, en pacto ciudadano sostenible o contrato social que no fuera leonino o incumplible, es sin duda, uno de los frutos actuales que logramos cosechar, en el mismo nivel de certeza en como nos terminaremos de organizar políticamente una vez que redimamos a la democracia que la volvamos a su unidad de sentido, formal como conceptual.

Aquí se vislumbra un obstáculo metodológico, táctico, para arribar a esta finalidad estratégica. La sustentabilidad de esta democracia sin redención, de esta democracia angustiante o incierta, esta acendrada en un perverso juego de presencia-ausencia, que tiene como objetivo el esconder, el velar, aquel principio fundamental de la unidad que se hizo multiplicidad y que por tanto, busca, angustiosamente, volver a ese uno. Esta suerte de ocultamiento encantado, tiene un propósito, como aquel señalado a la técnica, para que mediante las reproducciones del ente, olvidemos al ser. A decir verdad, o mejor expresado, ya investigado por Sigmund Freud, esta manifestación es contundentemente arquetípica. En su observación que dio en llamar el juego del Fort-Da (En su texto “Más allá del principio de placer”), el padre del psicoanálisis, dio cuenta del proceso de elaboración que nos lleva a fabricar nuestras ausencias, como presencias rotativas, a las que siempre podemos echar mano, simbólicas, fetiches, o sacras, con la consumación de que sean sustitutas de aquellas que se nos han ido, dado que no aceptamos la finalidad en sí misma, el acontecimiento no sucedido, el desamparo de lo incierto, la noche inconclusa, la reacción ante el horror al vacío, o ni más ni menos que esa multiplicación ad infinitum que es la prueba fehaciente de la muerte de dios, entendido este como uno, como totalidad, como principio y fin.

Lo que tenemos como democrático se sostiene en todas y cada una de nuestras ciudades occidentales, gracias a las expresiones peores de lo democrático en nuestros representantes o políticos, que menos representan esa idea, o ese concepto de lo democrático. Esta es la razón fundamental, en este juego, arquetípico, inconsciente, del porqué, tenemos una calidad democrática de la que nos vivimos quejando, a la que venimos criticando en un in crescendo que parece no tener fin ni finalidad. Mientras la presencia, la híper-presencia, que le garantizan a nuestros políticos, las extensiones de la técnica, mediante los medios de comunicación, las redes de información o socialización, y el aceitado engranaje que ponen en juego, sobre todo en tiempos de campaña electoral, cuando mediante los dineros públicos, se garantizan esta omnipresencia, es cuando más tienen que hacernos sentir que tras toda esa multiplicidad de manifestaciones, que en verdad no son más que los nombres, apellidos y caras de los políticos, no existe más que la ausencia de lo democrático, tanto de su definición en sí misma, como de los valores, la tradición o la teoría democrática. “Es necesario que la Cosa se pierda para ser representada”, afirma con contundencia Jacques Lacan. Esa ausencia, mediante la presencia de sus consideraciones no democráticas, de sus

postureos ególatras, de la puesta en escena de la feria de vanidades en que se ha convertido lo democrático, sostiene, refuerza y galvaniza el deseo de que alguna vez tengamos todo eso que nos dicen que tenemos, pero que sabemos que no es así. Podemos ejemplificarlo de la siguiente manera. En el caso de que de cierta forma, llegemos a creer en la manifestación de que alguien nos diga, nos certifique, sin duda alguna, que existe algún tipo de vida en el más allá (y como es la misma) o después de la muerte, las religiones dejarían de existir, tal como existen hoy, se modificarían en grado radical. La ausencia de certeza con respecto a lo que nos sucede una vez muertos, es la presencia que sostiene la fe, que es el motor esencial de las religiones y sus derivaciones metodológicas o dogmáticas. En tanto y en cuanto, la democracia, vaya significando, cada vez más, todo aquello que puede ser como expectativa, como finalidad desiderativa, como lo que llegar a ser alguna vez, será por imperio, de la ausencia de tal realidad, manifestada mediante la presencia de políticos que manifiesten una idea, poco democrática, alejado de lo democrático, en nombre de esa institucionalidad democrática.

Aquí se vislumbra con claridad meridiana la complicación gordiana y el grado de perversidad en que ha llegado el juego de presencia-ausencia y la necesidad que tenemos de redimir lo democrático, de salvarlo o rescatarlo. La propuesta, a nivel filosófico, implementada por Mainländer, es de imposible continuidad. Al acabo de publicar su filosofía de la redención se suicidó, como capítulo final de su vida-obra que incluía el no dejar descendencia para contribuir a no seguir multiplicando la subdivisión que había trazado como síntoma de la muerte de dios, y su retorno lo más rápido posible a lo uno, mediante su propia aniquilación. Sin embargo, esto mismo nos puede llevar a comprender, las razones del porque en muchos lugares en nombre de la democracia se han llevado, acciones ipso facto, que generaron muerte, violencia y caos. Arguyendo, tal vez, que la última ratio es precisamente la sinrazón de los instintos más básicos que más nos alejan de nuestro ser cultural, consideramos sin embargo, que este sendero, ha sido y lamentablemente, aún para algunos lo sigue siendo, harto transitado, sin que nos haya conducido a que resolvamos, ninguna de nuestras disquisiciones estructurales más elementales.

Paradójicamente, mientras las sociedades se debaten en constituirse en más democráticas, más se estarán alejando de esto mismo. Las experiencias en la actualidad (o en ciertas comunidades occidentales) así lo demuestran, en un camino, que tiene un solo destino. La recuperación, la redención de lo democrático, que será otra cosa; otra cosa constituida tras la experiencia acontecida. Lo que dan en llamar democracia directa, participación ciudadana, estados asamblearios o deliberativos, avanzarán hacia perspectivas que dejaran de ser, esto mismo que entendemos como democrático. La presencia de estos nuevos elementos, pondrán en el fárrago conceptualizaciones, que nos harán sentir la necesidad de la ausencia, de aquellos que creíamos necesarios en su presencia o híper-presencia, es decir lo que se da en llamar clase política actual o los politócratas a cargo del poder en occidente en los últimos años en nombre de lo democrático.

Por supuesto que este proceso no será lineal, ni ascético, ni claro. De hecho, ya ha comenzado, no lo es, no lo será y el solo hecho de pretenderlo ya se constituye en un error de concepto craso.

Todos aquellos que pretendan constituirse en partes hacedoras de este rescate de lo democrático, para que devenga en otra cosa, con sus manifestaciones, en el ámbito que

lo consideren, hasta incluso, con posiciones, que puedan porque no, contener, la contundencia de lo silente, estarán contribuyendo, a este caldo de cultivo en el que nos encontramos, para multiplicar la presencia de nuestras consideraciones, ideales, utópicas, hasta confusas y equivocadas, de lo democrático. Plantar, infinita e indefinidamente, en todos los lugares que sean un lugar, nuestros semblanteos acerca de la democracia, hará que surja la necesidad compensatoria, de que nos libremos, de que sintamos la pretensión de la ausencia, de esos que hoy, nos saturan con su hiperpresencia, los que manifiesta o semánticamente, se definen como democráticos, pero que nos hacen sentir la necesidad de la democracia, pues no la llevan, ni la piensan llevar a cabo, al contrario, la someten, la sojuzgan y en nombre de ella, es que se benefician, personal e individualmente, a costa del perjuicio social y colectivo, para saciar sus deseos y ambiciones más nimias y sectarias, que nada tienen que ver, o muy poco, con nuestra condición de humanos. Independientemente de qué nos suceda, en ese más allá del que trata la religión como la filosofía, lo que nos sucede mientras tanto, es lo que define nuestra calidad de sujetos y eso es lo que está en juego y en valor. Determinar qué clase de bichos somos es la clave de nuestro desafío político colectivo. Ausentarnos de esta discusión genera la presencia de quiénes, falsa y perversamente dicen representarnos en sus viles beneficios. Estar presentes, es dar un testimonio, una reacción, sea cual fuere (preferentemente las que estén libres de violencia, dado que esta metodología ya ha sido probada) para que en esta multiplicidad de voces, de manifestaciones, encontremos la redención; la salvación, el dios político, la convergencia, que seamos todos y ni uno a la vez, sin que por ello, nadie sienta que no pueda manifestar lo contrario y no tenga la chance de ser escuchado y que le den la razón.

La fase del falo debiera ser la fase de la vagina (Deconstruyendo a Freud).

“La elevación del falo a estatuto de fase. El falo pasa a constituir una fase del desarrollo de la libido... Fase implica obligatoriedad en el tiempo, más emergencia de una estructura nueva... para Freud esta fase tiene un valor fundamental en la constitución del sujeto. ¿Por qué el pene es elegido para elevarlo a nivel de fase, por qué no la premisa universal de la vagina?. Las dos respuestas de Freud son: La primera por la estética y la segunda por la clínica... La primera por propiedades de forma, estéticas, por su modo de aparecer... La vagina no se ve... La vista es constitutiva de lo sexual en tanto tal. La razón es algo pobre pero no se puede decir mucho más. La razón clínica es que se le atribuye un pene a todas las cosas, el infante y no quiere reconocer hasta muy tardíamente que la madre no lo posee... Freud era un poco misógino, hay que reconocerlo... Las mujeres no inventaron nada, dice, salvo el tejido, que proviene de tejer con los vellos pubianos para ocultar la falta de pene” (Masotta, O. “Lecturas de Psicoanálisis. Freud, Lacan. Pág. 77. Paidós. 2015. Buenos Aires.)

En el parricidio intelectual de arremeter contra la ley instituida (que es simbólicamente el parricidio), de acuerdo a los contextos sociales y políticos existentes, podemos dar cuenta de este cambio radical de perspectiva, que más allá de cómo sea entendido, tiene su razón de ser, independientemente de que se lleve por delante, postulados o axiomas de quiénes fueran, e incluso de su grado de verosimilitud.

La vagina como fase resolvería además la razón de ser de la angustia primigenia que pasaría a ser del temor a la muerte, el regreso a la vagina. Es decir, desde el nacimiento mismo, que es ni más ni menos que la muerte o la extinción de la vida intrauterina, todos estamos condicionados a volver a tal sitio seguro en donde no estábamos

expuestos a todo lo que estaremos más luego en el andamiaje mismo de la vida. No tememos morir en cuanto a todo lo que se escribió sobre la muerte (fin de lo conocido, ingreso a lo desconocido, cese de conciencia, etc.) el temor es que con la muerte, se resuelve, finalmente, la tensión que nos mantuvo en esta vida y con vida. Regresamos finalmente a la abertura (llamamos de esta manera a lo que significa la vagina, que debiera ser llamada, para evitar el falogocentrismo del que hablaba Derrida, Chumino tal como se las bautizaron las andaluzas a sus vulvas), se nos termina la duda, el entre que nos debatía entre razón e instinto, que operaba tanto culpa (la felicidad terrenal es contraria a la perfección de la vida invaginada) como posibilidad de deseo, o deseos contrapuestos (la satisfacción de tener instantes de certeza en la incertidumbre de la vida, y la insatisfacción que nos produce el no poder perpetuarlos o absolutizarlos tal como sucedía en el útero).

Arquetípicamente, la vagina incluso podría constituirse en lo sagrado. Es decir, su significante, lo femenino, extrañamente no fungió como tal, más que nada en la idea de lo divino.

Lo expresamos en un artículo que refería al “olvido del chumino (vagina)”: pensar, intuir o sentir, que la idea de un dios (o creador) tenga que ver con lo masculino, cuando en verdad y desde el sentido común, sí necesitamos construir una referencia teleológica, que nos brinde las certezas de las que carece lo humano, obligadamente, debe ser pensada, intuida y razonada como algo vinculado a lo femenino. Lo femenino no en su genitalidad, sino en lo iniciático, en lo basal, en lo obviamente primigenio que significa y representa la vagina.

Podríamos referir lo que significaría en un código freudiano o como se deconstruiría los fenómenos de la fantasía de castración (tanto la amenaza como el complejo de) como de envidia de pene, ante esta reformulación, sin embargo no se trata de una rectificación doctrinaria, dogmática, siquiera científica. Solo agregaremos que coincidimos con Freud en que la fase llamada fálica por él, y resignificada como fase vaginal por nosotros, es fundamental en la constitución del sujeto.

La definición misma de lo que somos, es decir no lo otro; cosa u objeto, sino sujeto, nos habla de que estamos atados, aprisionados, invaginados, creemos nosotros a, la contradicción manifiesta que nos hace evidente la conciencia, cada vez que se va constituyendo como tal, de que podemos seguir el lazo umbilical, pese a habernos desprendido del mismo, pero que simbólicamente nos acompaña por el resto de nuestra estadía en la tierra, hasta que finalmente nos recoge, nos retome, nos volvemos de la abertura de donde provenimos.

Sí alguna figura de la mitología griega debiésemos tomar para sostener la argumentación, sin duda sería la del hilo de Ariadna. Esta que etimológicamente significa la más pura, es sin duda, una denominación muy pertinente para la vagina. Es decir para la vagina como abertura en donde se desarrolla el feto, no como vulva o chumino por el cuál la mujer específica además puede encontrar placer. Ariadna es la representación de una concepción inmaculada, una suerte de figura previa a como, de acuerdo al catolicismo, fue concebido Jesucristo, el hijo de Dios.

Desde esa pureza, y tal como en el mito, el hilo (vendría a ser el cordón umbilical, primero real, luego simbólico) acompaña por el resto de su aventura (vida) al hombre que sin tal instrumento (es decir la necesidad de que tengamos esa tensión entre volver al útero, añoranza del mismo, culpa por lograr placeres fuera de él, temores inacabados

en ese afuera que desconcierta, etc.) acabaría por inanición existencial. El verdadero sentido de la experiencia humana es ni más ni menos cómo se resuelve tal angustia primigenia, fundante o fundamental.

En términos políticos, es decir la constitución de un yo colectivo, no yoico, o el intento de, Hanna Arendt en el siglo anterior, el que le tocó vivir y que nos deparó el horror de los totalitarismos, afirmaba que “El padre es el gran criminal del siglo”, dando la pauta a lo que recién ahora reaccionan ciertos movimientos que pretenden, desde esa concreción femenina, masculinizar sus protestas, demandas y demás aspectos que no hacen a lo profundo de la cuestión.

En verdad tal criminal, no fue más que un matricida, del que surgió como movimiento dinámico de lo político; la democracia. La democracia también es una abertura, es una vagina simbólica, a la que mal usamos, mal predisponemos, y en términos machistas antediluvianos, la penetramos (sea con un falo orgánico o simbólico) una y otra vez, cuando solo la entendemos como el momento en que metemos el sobre en la urna, en la cesta en donde se reciben los votos. No es casual que esta imagen, refleje con contundencia esto mismo. El lugar que recibe el voto de los ciudadanos, la firma del contrato social, es una figura simbólica que semeja a una vagina, en donde la ciudadanía hace cola, una vez cada cierto tiempo, solamente para penetrarla, casi en una suerte de violación colectiva, de la que después nos horrorizamos cuando de tal acto, salen nuestros gobernantes.

Finalmente y a modo de presentación de esto mismo, hemos trabajado el aspecto continuo de que el sistema económico-financiero, de acumulación, es ni más ni menos que la réplica que pretendemos trazar de la comodidad en la que nos encontrábamos en la faz de invaginación.

El salirnos, con el hilo de Ariadna, de la vagina, y saber que vamos a retornar a ella, es toda la trama en la que constituimos nuestra experiencia humana, en donde en el medio, a los efectos de tapar, de llenar la angustia del horror al vacío que nos produce el agujero negro de esa vagina generadora, arrojadora, expulsadora, a la que finalmente, regresaremos, nos hemos servido del falo, del pene, como una suerte de antídoto, de talismán, de un dios de mentira, por haberlo masculinizado, y del que nos ayudó o ayuda, al letargo sempiterno del olvido de la vagina, la que como si fuese poco, además de hacernos los que nos hace, en caso de que queramos también nos puede otorgar un placer circunstancial, propinándonos una suerte de borrachera que mitiga la angustia primordial, pero que no ayuda ni a resolverla, ni al menos a razonarla o pensarla.

Emancipándonos de la democracia (y de Rancière).

Todo lo que no expresamos, se constituya, tal vez, en lo que nos incordia, en lo que nos compone sin que sepamos muy bien porqué, desde cuándo o desde donde. El giro, al articular palabras, que por lo general, rebaten, contrastan, reconvierten esos conceptos subyacentes, eso con lo que convivimos, como una suerte de herencia, un remolino de vocablos performativos, axiomáticos, peticiones de principios, harto condicionantes, se articulan en una actitud libertina o libertaria, en donde el regurgitar, el articularlo como lenguaje, nos sitúa en una especie de lugar, como de tiempo distinto, fácilmente caemos en la conclusión de que por dejar fluir, dejar correr, hacer pasar esta reacción, automática o automatizada, nos termina de transformar en seres que escogemos ejercitar una de las facultades mayores de la humanidad, ser libres, en tal habla, de esas estructuras que nos pretendían determinar. ¿Pero no existe nada más que esto? Es decir

¿nos conformaremos con este modo de ser, de ejercitar nuestra libertad de pensar en el mundo?

Parece, al menos para gran parte del mundo académico-intelectual, como del intelectual-mediático y de todo los que estas grandes estructuras terminan de influenciar, que debemos estar satisfechos con esta mecánica de lo humano en donde orbita, funge, cumple su cometido la inercia del pensar.

Subsiguientemente, ciertos ropajes, etiquetas, prejuicios, de los que luego, oportunamente, quién las usufructúe, cuando no les sirvan más, las denunciara como arrogantes, pedantes e infames, servirán para travestir este automatismo, esta razón instrumental, para edulcorar la misma, para hacer pasible y admisible, una suerte de producto o de resultante de lo humano, de la más alta interacción de esa humanidad con su ambiente, el razonamiento intelectual, la intuición existencial, el señoreo sobre las posibilidades y los límites mismos.

No será lo mismo, sí lo que se dice, proviene de una mente alemana o francesa, que de cualquier otra aldea, sea esta occidental o de otro lar. Esta mirada, lisa, ramplona, casi etérea, se sostiene en toda y cada una de las investigaciones que se puedan hacer en la amplia como en la corta historia de la intelectualidad. Hacernos cargo de que le damos este valor, a este disvalor, cuasi racista como xenófobo, nos sitúa a todos y cada uno de los que no reaccionamos en una suerte de sana rebeldía a esto, como cobardes, o lo que es peor, como cómplices.

Seguir creyendo aún, con argumentos más o menos, que la humanidad pudo haber alcanzado una mayor extensión en su comprensión o en la comprensión de lo humano, por tener la posibilidad de elegir sí vestir un pantalón, una pollera o un taparrabos, de color distinto todos los días diversos, no nos sitúa como militantes, seguidores o adscriptos de una idea social, política, antropológica o filosófica, nos determina básicamente en nuestra grandilocuente estupidez.

Desde ya que todos formamos parte del fango, del que no podemos escapar. Algunos, tenemos cierto deseo de evadirnos, de salirnos, de emanciparnos del mismo. No necesariamente, debemos por ello, el tratar de convencer a otros, que sientan o que pretendan lo mismo o algo semejante. Sin embargo, nos asiste el derecho, de brindar la mirada, la perspectiva, de que esos otros, amuchados, asardinados, ensortijados en la dinámica automatizada de creer que son libres, reaccionando, estentóreamente a lo que los determina, no podrían tener el deseo, de salirse también de ello, de esa imagen que describimos como fango. Es decir no apuntamos ni a tener ninguna fórmula mágica, elixir metódico y cientista incontrastable, siquiera verdad o verosimilitud en que salir de tal lugar pueda resultar positivo o aprovechable. Sólo soslayamos, tímidamente, que tal vez, algunos otros puedan tener ese mismo deseo que nos asiste, de allí a querer o poder llevarlo a cabo, será toda otra cuestión en sí misma en la que no podemos ni queremos intervenir.

El caso puntual, para graficarlo, para hacerlo más asequible, más equiparable con todo lo que pueda estar sucediendo colateralmente, bajo estas mismas referencias, es el autor francés J. Rancière y algunas consideraciones marginales de su obra. Partir de su origen ya es toda una complejidad en sí misma, dado que su condición de francés, excede ya la noción del estado-nación territorial, el hombre nació en África. Pese a la barbarie de los imperialismos, culturales e intelectuales que tuvieron origen en ocupaciones o conquistas bajo fuego, la reconversión que realizan de esta historicidad es excelsa.

Nosotros los Latinos (término que nos define también desde esa “francesidad”) sin embargo, en vez de considerarnos, parte de la Europa de ultramar (lo cual nos significaría pertenecer a tal recinto del privilegio) nos negamos en tal condición, y nos compramos las revueltas o revoluciones, de facciones de nuestros antecesores que por disputas vanas de poder, se apoderaron del significante de patria, de la América nueva, independizada de Europa. Tal vez sin preguntarnos, nos quedamos con esa herencia, de ese sector que triunfó en tal entonces, pero que hoy se expresa en un fracaso rotundo. Es decir, si revaloráramos nuestra pertenencia Europea, nos deberían como mínimo indemnizar o darnos el lugar para que nuestros ciudadanos tengan la posibilidad de tener una vida de estándares europeos actuales. Sin embargo, y gracias también, a esta conquista que padecemos desde la intelectualidad, los que podrían pensar, lo hacen bajo este automatismo, les regalan a sus conciudadanos, a sus compatriotas, la idea de la patria independiente, que pese a estar transida, sufrida en hambre y marginación, sigue discutiendo bajo parámetros, europeos y por ende dominantes.

Prueba de esto mismo es que deben ser contados, los intelectuales que negadores de nuestra europeidad, y envalentonados en ese ideal falso de la independencia, se mostraron incólumes a entablar diálogos europeizantes, a disputar conceptos, para en el fondo negociar, migajas de reconocimiento como de adulación, cultural-académico-intelectual, en algún rincón de una facultad de Europa o al menos de un café en donde se departe, tras la máscara de ese cacao que se extrae en basurales de lo humano, mediante el trabajo infantil y esclavo de africanos que no tuvieron la suerte de nacer en la parte francesa.

Transportándonos a lo textual, y sin entrar en otros aspectos novelescos (no queremos preguntar si en su obra “La lección de Althusser” su maestro le brindó perspectivas acerca de que representaba la mujer como género, dado que seguramente lo hizo antes de haber sido internado en un psiquiátrico tras matar a su esposa) tanto en “La emancipación del espectador”, como en “El odio a la democracia”, la circularidad, como el maridaje de conceptos antagónicos, contrapuestos y agonales, funciona, fungen, como si lo humano se redujese a un algoritmo propio de un producto de la inteligencia artificial.

El significante extenso en que convierte a lo democrático, desnuda al autor en su pretensión, siempre imperial, que por intermedio de tal formulismo, la política, la libertad y el pueblo, se expresen siempre en tal nombre, bajo el respaldo, de intelectuales que brillen desde el opúsculo donde aleccionan y nos someten en este juego de palabras, del que ya Platón hubo de encontrar la salida, con la participación, como tercero en discordia que desplaza los planteamientos binarios o antagónicos.

El poder emanciparnos, desembarazarnos de lo democrático, es precisamente, el salirnos de este frontón, de este peloteo, de este fango en donde sólo existen dos caminos, entrar o salir. La propuesta, desde este no lugar en el que expresamos, es la de escuchar el deseo de poder hacer otra cosa. La etiqueta, el corset, la democracia como estructuración nos determina en lo anterior, en lo subyacente que debemos ir en busca o al rescate.

Tampoco en lo político, debemos acudir a la reacción, a la contrastación con eso otro, a lo que reaccionamos o lo que creemos elegir reaccionar. Lo acabamos de hacer en este artículo, apartándonos de la acción de reaccionar ante la incomodidad, la insatisfacción que nos genera el actual sistema político, fuimos a la búsqueda de responderle a otro (en este caso Rancière) que hubo de pensar en tales términos (la de la reacción, el juego de

antagonismos) bajo la argucia de que desarrollamos nuestra más alta facultad como humanos, la de pensar en libertad.

Como vemos, como sentimos, como padecemos u observamos, esto no alcanza, ni tampoco alcanzará para que bajo términos, nociones o sentimientos democráticos, los millones que no comen hoy lo puedan hacer.

Si no nos emancipamos de conceptos, de sentimientos, de formulaciones, de etiquetas como de etiquetadores, difícilmente podamos ejercer nuestra facultad de constituir un mundo, o una aldea mejor, o al menos en donde todos, o casi todos puedan comer, dándole el nombre que fuese o habiéndola pensado previamente la persona que fuere.

Todo lo que queremos, como lo que no, expresar es que, lacónica como agónicamente, el tiempo de las palabras parecen ir perdiendo espacio como posibilidad, ante el hambre desesperante de tantos, lo peor que podemos hacer es darle sentido a quiénes juegan, con los vocablos para llenar sus necesidades espirituosas, dado que las otras la tienen sobradas (las básicas) y sobre todo, alertar de su complicidad a los que, mecánica, como autónomamente, los aplauden.

La inutilidad, para la democracia, de combatir la pobreza.

Oscar Masotta, que bien podría constituirse en el símbolo para la perseverancia irredenta de vincular política con psicoanálisis, aleccionaba que “En el Narcicismo está en juego la determinación del sujeto con el goce. Y que tal punto se constituía en el corte en el psicoanálisis con la política. En la práctica psicoanalítica vale siempre la reafirmación de lo inútil...” (Masotta, O. “Lecturas de Psicoanálisis. Freud, Lacan. Pág. 210. Paidós. 2015. Buenos Aires.) más en la política no. En la política, resolver la cuestión de la pobreza, no sólo es un imposible, en términos psicoanalíticos (como el psicoanálisis y la política) sino además es algo inútil.

En esta suerte de “Masottismo” del que bien nos podría alertar nuestra propia referencia, cuando afirma: "Los psicoanalistas en la historia del psicoanálisis, individualmente, con respecto a la política, han sido siempre unos imbéciles. Cuando se ponen a hablar de política es lamentable". (Ibídem; 211) nos cabe realizar la siguiente aclaración.

Por política entendemos lo subyacente, incluso a su actual, sucedáneo democrático. Desde la abdicación, de los fenómenos totalitarios puros, en la sacralización o totemismo de la democracia como valor político-ciudadano, se produjo una suerte de invaginación, en que por sobre todo, quiénes nos dedicamos a las letras, transformamos en una zona de confort, en una suerte de estado intrauterino social. Hablar en términos críticos de lo democrático, se constituye en una perspectiva matricida. Nada que pueda ser planteado desde la política, debe salir de la circunscripción democrática tal como la venimos entendiendo desde su aparición a esta parte.

Sí algo está más que claro, a diferencia de lo oscuro y laberíntico que representa lo político, es lo que sentimos, valoramos y entendemos por democrático. Con tal de que nos permitan votar cada cierto tiempo, nos basta y sobra en el campo social y colectivo. En lo respectivo a lo individual, como no podemos hacer generalizaciones razonables por circunstancias obvias, sólo diremos que nos contentamos básicamente, con que nos

dejen exteriorizar nuestra agresividad hacia los otros, sin que paguemos grandes costos por ello (es decir sobre todo en el plano simbólico) nos licenciamos en la posibilidad de pensar en quiénes realmente son los mártires de nuestra experiencia democrática: los miles en las aldeas, que se transforman en millones en la suma de las mismas, que no están dentro de los límites del barrio, del gueto, en donde se come, se vota, y se vivencia una cierta posibilidad de creernos libres por expresar algún pensamiento o verter una sensación que creemos propia.

La política, en su desarrollo real, no puede, ni podrá en lo inmediato, desembarazarse del significante democrático, que lo engloba, que lo circunscribe, que lo define, que lo limita. En términos teóricos, seguir pensando en este mismo sentido, nos hará continuar por el sendero en donde estamos olvidando lo significativo, la prioridad de la política, se define precisamente, por lo primordial que escoge como concepto para lograr su fin. Para ponerlo en otros términos, que la política deba resolver, o encargarse, o tratar, de que menos gente padezca hambre, debería constituirse en su matriz esencial, en su definición performativa.

Pero el alerta que nos impuso Masotta, oblitera la posibilidad, en la que sin embargo, se viene escogiendo, persistentemente. Es decir en querer hacer aparecer a la política, que escogiendo lo democrático (y no condicionada o secuestrada por ella) definirá alguna vez, por la conquista de hombres agrupados en posiciones, sobre todo de izquierdas (o populares o populistas, aún con un eje que se corra más al centro o incluso a la derecha) que por obra y gracia, de una extrema lucidez, en una suerte de aborto de la naturaleza, pongan el carro delante del caballo y lleven a cabo el imposible, de que la política democrática o democratizada, defina como prioridad o política de estado central el combate contra la pobreza.

Esto es lo que ocurre en términos reales. La traducción no es más ni menos que los intentos imposibles con que chocamos, cada vez que damos cuenta que la democracia no nos lleva, a tal y supuesto fin. Buscamos por el lado incorrecto tal falta de empalme. Nos agotamos en el habla, nunca inútil, de creer que el principal problema es el económico, el moral, lo azaroso y hasta lo divino.

Precisamente en las palabras está la clave, como el psicoanálisis, como en la filosofía, como en la democracia.

Los que tenemos resuelta la posibilidad de comer y de subsistir con mediana dignidad, construimos, más luego de tener el estómago saciado, conceptos que representan la explicación de porqué hemos conseguido o no conseguido, lo mismo da, algún que otro deseo, sea que los mismos nos correspondan de acuerdo a nuestro libre albedrío o sean representaciones dictatoriales de estructuras que nos determinan, por más que nos demos o no nos demos cuenta, de las mismas.

Rebozan las palabras en el reinado de lo democrático. Quiénes golpeados por cierta sensibilidad, y despertados por cierta curiosidad, damos cuenta que, son muchos otros, reales y ciertos, que se agolpan en el abismo de los archipiélagos de excepción, tomamos como opción válida, el psicoanálisis, para ocluir nuestra sensación de culpa, o mejor expresado, lavar la responsabilidad.

La política, es el significante, para el que sobrevive, más allá de la norma, incluso, por más que caiga penalizado por la misma (esta es una explicación valedera de lo lejos que estamos de que la justicia en términos institucionales busque algo parecido a lo que por

definición se propone). La política, es el campo, en donde las palabras, pueden ser utilizadas como un recurso más, pero nunca el único o necesariamente el primordial. En los terrenos de la política, lo que está estructurado como un lenguaje son las necesidades básicas, que deben ser satisfechas de la manera que fuesen, de lo contrario la experiencia de tal humanidad termina en tragedia, en lo inacabado o inexpressado, como muchas veces.

Es imposible que entendamos bajo el amparo de lo democrático, la dimensión de la política, por ello, es que el hambre o el combate que se dice librar para erradicarlo, no es más que eso, el plano semántico, de una perspectiva simbólica que en el mejor de los casos, sólo será decodificada en un diván, y su traducibilidad expresada en un artículo de ínfulas psicoanalíticas, con tintes sociológicos y filosóficos.

La pobreza de los otros es el precio que le pagamos al analista para que nos diga que no podemos hacer mucho más de lo que estamos haciendo, dado que lo contrario, sería salirnos de nuestra zona de confort, el punto de corte definitivo que dimos en llamar democracia, en el acabose de tal relación política, que trasvasa lo terapéutico, sabemos que el deseo del otro, es ni más ni menos que el deseo del analista, que cada vez que puede nos insta a que prosigamos en nuestro vínculo histórico e imposible en esa tríada, de política, pobreza y democracia, de lo contrario quedaría el diván sin paciente y nosotros sin palabras.

De la sociedad disciplinaria a la sociedad prostibularia (indagación acerca del totalitarismo del azar y de lo incierto de lo democrático).

En los tiempos “foucaultianos” la mayoría de los países occidentales, salían de las experiencias bélicas, por intermedio de procesos políticos, con ingentes dosis totalitarias y la idea de libertad, asociado a una suerte de “revival” de lo democrático clásico, se imponía como una suerte de imposible a alcanzar o consumir. De hecho, en la definición de manual, la básica, la tradicional, la de a grandes rasgos, podríamos citar las siguientes líneas como las más representativas del pensamiento nodal de Michael Foucault que entre tantos conceptos referenciales entronizó la de Sociedad disciplinaria: “Es aquella sociedad en la cual el comando social se construye a través de una difusa red de dispositivos o aparatos que producen y regulan costumbres, hábitos y prácticas productivas. La puesta en marcha de esta sociedad, asegurando la obediencia a sus reglas y a sus mecanismos de inclusión y / o exclusión, es lograda por medio de instituciones disciplinarias (la prisión, la fábrica, el asilo, el hospital, la universidad, la escuela, etc.) que estructuran el terreno social y presentan lógicas adecuadas a la razón de la disciplina. El poder disciplinario gobierna, en efecto, estructurando los parámetros y límites del pensamiento y la práctica, sancionando y prescribiendo los comportamientos normales y / o desviados”.

Desde la propia muerte del citado, que alcanzaba de tal manera la consecución de hacer de su propia vida, como la propondría para todos, una obra de arte, la enfermedad que lo devastó, tomó un significado bajo los propios términos que también utilizó para definir y describir la sociedad en la que había sido arrojado a la existencia. La estructura de su sistema inmunológico no encontraba mecanismo para combatir, y en tal tiempo la ciencia tampoco llegaba a una respuesta que otorgara ayuda cierta, a lo que se empezaba a conocer como el HIV, que, culturalmente, se replicaba, confusa como maquinalmente, como una suerte de castigo pecaminoso a quienes no tuvieran comportamientos sexuales, permitidos por las estructuras no solo dominantes, sino reinantes o existentes.

El duelo de los padecientes de tal sociedad disciplinaria (es decir el tiempo que necesariamente les debe llevar el asimilar los dolores que les han sido propinados por vivir bajo tales términos), como las generaciones herederas de la misma, no debe obliterar, ocluir o imposibilitar que vislumbremos, todos juntos, como de esta forma, de este tipo, de esta escenografía compleja en donde fluctúan las latencias del poder, las manifestaciones individuales que pretenden confluir en un colectivo, comprendamos que estamos forjando, casi como un sucedáneo, como una relación de causa-consecuencia, un nuevo estadio, el pase de tal sociedad disciplinaria a una sociedad prostibularia.

Como elemento teórico sostendremos que la sociedad disciplinaria, tenía como elemento ontológico, espiritual o subyacente, el deseo arquetípico humano de controlar la anarquía del azar, a partir de tal axioma, se constituyó, como bien lo describió Foucault, en un andamiaje, a decir de Bentham en un panóptico, que, de un tiempo a esta parte, nos regula, de otra forma, bajo otros mecanismos, tras la máscara de lo prostibulario y que posee como principio activo, no ya una suerte de deseo de control de lo incierto, dado que esto mismo se logró mediante la conquista de lo democrático, la victoria de lo libertario por sobre lo azaroso, sino la multiplicación, ad infinitum, del intercambio, de la traducibilidad de la traducción, la subdivisión en partículas elementales de la individualidad y la individuación.

Esto es lo prostibulario. La mercantilización no solo del tiempo y del espacio, sino, la ilimitación del intercambio, la anarquía que difumina la escisión de bienes de uso y de cambio, el raleo que como interdicto, hace estrechar el derecho con la libertad, y en donde el concepto, no ya el lenguaje, esta articulado, como inscripto en otro lugar de lo político.

La democracia, funge, en lo prostibulario, como la fachada libertaria, que hace funcionar en perspectiva prostitucional a la dimensión de lo colectivo. La democracia como sistema prostituido y prostituyente, se sostiene en el recuerdo que lo anterior (las dictaduras o guerras en los tiempos de la sociedad disciplinaria) será siempre peor, como si la situación tuviese un obligado regreso en el tiempo (es decir como la falsa opción que bien podría tener una prostituta o un prostituto de expresar que se prostituye no sólo en uso de su libertad, sino porque su anterior trabajo era peor y que en el caso de no prostituirse, deberá regresar a aquello pasado oprobioso).

“La suerte es la divinidad propiamente democrática; vale decir la divinidad de los iguales o más precisamente de los pobres-si entendemos democracia en sentido griego, esto es como dominio de los pobres sobre los ricos. Divinidad que preside el régimen que resulta del arrebatto del poder a los ricos por los pobres-pues la institución democrática es por lo general de procedencia revolucionaria: surge de las armas y, cuando no, del miedo-, una vez que ese arrebatto ha logrado prosperar encomienda su organización al imperio de la suerte. (Tatián, D. “La conjura de los justos”. Editorial Las Cuarenta. 2009. Buenos Aires. Pág. 108.)

Lo bueno de lo democrático, es lo excelsamente narrado por Tatián. Lo prostibulario, a diferencia de lo disciplinario, nos permite cierta reconciliación con lo azaroso, con nuestra naturaleza incierta. La democracia nos aleja por definición a regímenes en donde se establezcan mandatos específicos y puntuales, por más que estos, tengan como fin, por ejemplo, vencer o reducir la pobreza. La esencia de lo prostibulario es precisamente, que prefiere entregarlo todo, a cambio de esa supuesta sensación de libertad, que como si fuese poco, al final de la relación, obtiene un premio, o un

resultante. Un producto, un número, un intercambio. Cualquiera entonces, puede tener la suerte, de encontrar un “cliente” que le dé mucho más que lo que uno, en condición de prostituta/o supone que le ha brindado. La perspectiva es que la suerte podría estar de nuestro lado y no necesariamente en contra.

La complejión tanto teórica como práctica de lo democrático se define por lo prostibulario. Lo que habla, como lo que calla, lo que cuenta como lo que oculta la democracia, está inscripto en un intercambio de intercambio, en donde lo único que vale es el interés, material que se cree tener, ilusamente, por la traducibilidad de las traducciones de las diversas relaciones, en donde sólo impera la perversidad de intercambiar, sin ton ni son, aviesa como sobre todo, acumulativamente.

El banco en donde finalmente se depositan las ganancias de todos y cada uno de los intercambios, no es ni más ni menos, el sistema económico-financiero, que vuelve a traducir en contante y sonante, aquello que en un comienzo fue el fluido del trabajador transpirado, el flujo del amante, la saliva del profesional de la palabra, y todo lo que salga del cuerpo, biopolítico, del humano, que no escapara sino hasta después de su olvido (un paso más allá de la muerte física) a la atracción generada por el magnetismo irredento, de la vulva prostibularia de la que ha salido y a la que volverá el humano.

El problema de lo democrático, en todo caso, la no resolución, o la no satisfacción que le genera al humano que el azar puede estar siempre de su lado (un imposible por otro lado), implica finalmente al azar, en su maridaje, en su complicidad con lo democrático. Lo observamos en la siguiente cita, del texto de Ranciére, J. El odio a la democracia: “La Democracia es, ante todo, esa condición paradójica de la política, ese punto en el que toda legitimidad se confronta con su ausencia de legitimidad última, con la contingencia igualitaria que sostiene a la contingencia desigualitaria misma”, (o.c. pag.134).

La democracia no puede mantener lealtad con lo azaroso, o se somete a sus dictados, o busca arrojarse bajo sus consideraciones. Sin embargo, en la condición prostibularia la democracia, sustentada en el capitalismo-liberal, articula, en cada circunstancia propicia, una suerte de negociación de partes, las relaciones que quiere librar, mantener, y el precio se regula en ese libre juego de oferta y demanda, en donde los que pierden perpetuamente, no creen que siempre y sempiternamente tal situación seguirá así y los que ganan no temen que las cosas se modifiquen en nombre de la libertad o consagrando tal conservadurismo bajo el manto protector del libre albedrío.

Conminados a lo que sucederá con cada uno de nosotros, en nuestro próximo intercambio, en nuestra próxima cita prostibularia, que será en tanto y en cuanto la queramos ver, como un dictado de una necesidad que nos trasciende, como la imposición de un sistema que se nos ha montado o como una libre elección, el número nos dirá a cuenta hemos llegado.

No nos podemos quejar, al menos en términos psicoanalíticos podríamos decir que hemos pasado de la palabra al número. “Si he intentado elaborar algo no es una metafísica o una nueva lingüística sino una teoría de la intersubjetividad, una teoría del sujeto. En ella el lenguaje es fundamental, pero hay que precisar que desde Freud, el centro del hombre no está ya allí donde se lo creía, sino en Otro escenario, y hay que construir de nuevo a partir de allí” (Entrevista, realizada por Madeleine Chapsal a Jacques Lacan, periódico L’Express, el 31 de mayo de 1957, en su número 310. pp. 20-22). Desde la sociedad prostibularia, podemos constituir tal vez una teoría de la

subjetividad o psicoanalítica, que tenga que ver con el número como eje y con la vagina como lugar.

Violado a los 13.

Aún se confunde, o muy pocos se encargan de tratar de aclarar, que la violación no tiene un género perpetrador, más allá de las estadísticas (que como decía Eco es la práctica que diría que 4 personas comen un pollo cada una, hasta en el caso de que una sola coma los cuatro y las restantes tres, miren), la violencia sexual no pasa por el instrumento con la que se lleve a cabo. Una vagina, puede ser tan eficaz, como un pene u otros instrumentos que se usen para señorear, someter, desde una posición ventajosa de poder, por sobre un menor que no tenga poder de decisión, así se trate de su propio cuerpo. El estado, mediante sesgadas facciones de interés, que hoy reclama a los actuales adultos que no cometan actos abusivos, como un piropo descortés o una gestualidad que atente ante lo que otro considere una acción cosificante, es el mismo que permitió, generó e impulsó, apañando, con su indiferencia, que los que fuimos niños algunas décadas atrás hayamos sido creados bajo la impronta de realizarnos lo antes posible, impulsando a que fuéramos, entre tantas barbaridades, víctimas de prostitutas que en aquel entonces, legalizadas y prestigiadas en su oficio, se nos rieran al querer creer que queríamos tener una primera vez con ellas, cuando en verdad estábamos siendo ultrajados. El mismo estado que cerró esas whiskerías que antes reinaban, al oscurecer la ciudad, bajo el guiño, cómplice y sarcástico del adulto, se constituía en la escuela, en donde en vez de la actual impartición de educación sexual, se violaba, sistemáticamente al menor. Un estado, que pese a cambiar, insistimos, por intereses facciosos, su perspectiva en cuanto a la sexualidad pública, concomitantemente, debe escuchar a los que fuimos sus víctimas, por acción u omisión, además de exigirnos, como nos hace, la adaptación a nuevas reglas culturales, que a la velocidad de la luz se plasman en la normativa.

La violencia que anida en un acto de violación, brinda al agresor, un goce perverso, al ver sometido al otro, que siempre en tal circunstancia, posee una clara posición desventajosa en relación a su victimario. Este colosal como vergonzante acto es el que refleja el espíritu del violador, aprovecharse del que está en una condición más compleja, complicada, que su atacante. El estado que generó amplias posibilidades de violación, entronizando el obtuso criterio que sólo se violaba mediante el falo, sea real o algo que lo semejara, no redime sus faltas o ausencias, exigiendo ahora que no se abuse desde una posición de poder, invitando a alguien a cenar, o exteriorizando una frase destinada a una conquista oportuna que sea interpretada como cruelmente condicionante.

El estado, debe escuchar, tal como escucho a las víctimas directas de la dictadura, reponiéndolas, material como simbólicamente en su daño, para que la sociedad en su conjunto, tal como sabe, sin que todos lo hayamos vivido, lo horrible que sería que volviese un gobierno militar, lo atroz que fue haber sido menor, en los tiempos en donde se construía desde ese ideal cultural, el referente “hombre”, que tenía entre tantas proezas, que debutar con una profesional de la compañía que lo doblara en edad, que se riera antes, durante y luego de la proeza (en lo que hoy sería definido como bullying) para finalmente, no saber siquiera, que tal experiencia, no había sido más que la perpetración de una violación, directa y consumada, en donde el estado y la sociedad, se hubieron de comportar, como partícipes necesarios.

La violencia, que es la sustancia activa del acto violatorio, que sigue anidando en el estado como política pública, ya no se observa, promoviendo o promocionando estos tipos de hombres o ciudadanos. Astutamente, tomaron una suerte de bandera compensatoria, en donde regulan desde la genitalidad, o desde el género, la mayor cantidad de cuestiones atinentes a la sexualidad. Todo lo que sea femenino, amerita, por su propia condición, azarosa de tal, ser tratado de una manera, más atenta, compensada y especial, que lo aparte del significante hombre, librando no una suerte de batalla de los sexos, sino una difuminación o una confusión de lo humano que trasciende, necesariamente los géneros.

El estado lo hace, porque continua, violando a sus ciudadanos, o permitiendo que a semejanza de la prostituta con el niño, lo viole un gobernante, cuando sentado en la poltrona del poder, habiendo prometido antes de acceder, que recibiría a un determinado votante suyo, lo hace esperar, lo posterga en la compensación (que podría ser tan sólo ser escuchado) de recibirlo, le responde un mensaje diciéndole que le dará espacio, pero no confirmándole cuando. El estado sigue permitiendo estos actos violatorios, cuando en esa igual como permanente relación entre seres con poderes disimiles, apaña, protege, se pone del lado, del violador, que le promete al violado que resolverá lo peticionado, que tiene, mansamente que esperar, porque está manejando altas cuestiones de estado. Sí alguien tiene que esperar no es el ciudadano de menos poder en una relación o vínculo con un poderoso, dado que este tiene todos los recursos de ese estado que maneja, para definir la cuestión, desde medios, como secretarios, recursos y demás.

Invertir la carga, para que sea el ya violado, que espere, que entienda, que persista con el gobernante, para que este, decida cuándo, implementara toda la botonera del poder, para resolver un asunto peticionado por el ciudadano y habiéndose comprometido a hacerlo, es la muestra contumaz del acto violatorio, puro, duro y real.

Los daños tras una agresión sexual, son permanentes y lleva mucho tiempo, el poner en palabras, que uno, ha sido doblegado en su voluntad, por unos otros, con la complicidad, en este caso, palmaria del estado.

Tanto un pene, una vagina, un ano, o instrumentos que vayan más allá de la genitalidad, son recursos que utilizan los violadores para perpetrar sus actos, en el fondo, lo hacen más allá de la genitalidad y los instrumentos. El placer lo obtienen reduciendo a los que tienen menos poder, o haciéndoles sentir que eso que detentan, lo hace a ellos especiales y a los que no, basuras, destinadas a desear lo que nunca tendrán.

Los violadores obtienen su legitimidad, cuando los violados nos transformamos en victimarios. Una forma de evitar esto mismo, es poniendo la experiencia en palabras. El estado que nos viola, debe saber que no nos daña en nuestra dignidad, al someternos, mediante un gobernante que habiendonos prometido que nos recibiría, que nos cumpliría, no lo hace, fuga su palabra o compromiso, para mediante la agresión de poder, decirnos que el poder es suyo y no nuestro y que debemos callar o de lo contrario la pasaremos peor.

El violador, puede tener la opción de usar el poder más allá de la violencia, que engañosamente, cree que la maneja, otorgándole un goce momentáneo, como circunstancial, que lo confunde con placer.

El violador no sólo que ha sido alguien violado, atravesado por la misma violencia que devuelve, con la incapacidad, o el temor de poner en palabras su dolor, sino que

además, vive, más allá de la legitimidad política y social que pueda alcanzar, siempre preso de ese engaño entre goce y placer, cree que le gusta algo, pero en verdad está tan vacío que sólo pretende dañar a otro. Un violador, puede tener otra dimensión más allá de la violencia, un violador, puede salir del encierro de atacar al débil para no temer.

Un violador puede asumir su condición humana, hacerse cargo de lo que promete, de lo que expresa, darle sentido placentero a su posición, sin que el daño al otro (violarlo, mentirle, engañarlo, abusarlo) sea la única práctica que lo sentencie a un goce perverso, en donde al final de su día, de su mandato o de su vida, se dé cuenta que ningún objeto, bien o daño lo ha saciado, o mejor dicho le ha brindado algo humano que haya merecido un segundo de su experiencia en esta vida, que para entonces, habrá acabado.

El ministro o el tercero en discordia entre el pueblo y el gobernante.

“Viene el prefecto de policía a pedirle al detective Dupin que le ayude. Estando la reina en sus cámaras reales recibe una carta comprometedor para ella, y eso en el momento en que el rey entra en la cámara. La reina deja la carta sobre la mesa, como por descuido, para no llamar la atención del Rey. Pero justo en ese momento entra el Ministro, que se da cuenta de que en esa carta, hay algo comprometedor y de que la Reina procura que el Rey no la vea dejando la carta abandonada sobre la mesa como si no tuviera importancia. El Ministro se acerca entonces a la carta, y ante los ojos asombrados de la Reina, que no puede hacer nada, la toma y se la guarda, depositando sobre la mesa otra carta que ha sacado previamente del bolsillo. Y desde este mismo momento, el Ministro comienza a chantajear a la Reina. Esta ve, que en sus propias narices, el ministro roba la carta, llama entonces al prefecto de policía, quien pone en marcha a todos sus efectivos para dar con la carta pero no lo consigue. El prefecto acude al detective Dupin. Este va la casa del Ministro. Le basta entrar y da una breve ojeada para darse cuenta que la carta está a la vista; es decir que el Ministro vio que la mejor manera de ocultar la carta era ponerla absolutamente a la vista de todos. Dupin toma la carta sin que el Ministro se dé cuenta y la que carta que deja de recambio dice “Destino tan funesto, si no es digno de Atreo es digno de Tiestes”.

Oscar Masotta nos dirá que: “La función del ministro es la definición misma del chantaje. ¿Pero que es un chantaje? Es un poder sobre el otro, pero un poder cuyo término está marcado de antemano (cuando se consigue lo que se quería o en todo caso cuando se hace uso del poder) esta definición del chantajista implica la cuestión del tiempo durante el cual no hace uso de su poder. Un chantajista es aquel que para conservar poder no debe usar aquello que se le da, porque en el momento que lo usa, cae fuera de la estructura, cae fuera del interés del otro... Sí por un instante el Ministro se siente omnipotente y genial, pensara que en verdad su genialidad depende de la imbecilidad del policía (que es quién ante no poder encontrar la carta, recién acude a Dupin) podríamos decir que se le caerían las medias de vergüenza, entendiendo psicoanalíticamente que si uno tiene vergüenza en realidad lo que desea es lo contrario: exhibir... El relato consiste en ver a donde va a parar la omnipotencia del Ministro, esta es realmente la estructura del cuento lo que realmente nos apasiona: ¿ a dónde irá a parar este tipo tan desamparado, cuyo único amparo es una mirada que lo ratifica en la imagen que él se hace de sí mismo?” (Masotta, O. “Lecturas de Psicoanálisis. Freud, Lacan. Paidós. 2015. Buenos Aires)

“La carta no tiene propiedad, no es propiedad de nadie. No tiene ningún sentido propio, ningún contenido propio que interese, en apariencia, con respecto a su trayecto. Es pues, estructuralmente volante y ha sido robada. Y el robo no se habría producido si ella hubiese poseído un sentido, o al menos si la hubiese constituido el contenido de su sentido, si se hubiese limitado a tener sentido y a ser determinada por la legibilidad de ese sentido: “Y además la movilización del bonito mundo cuyos retazos seguimos aquí no tendría sentido si la carta se contentase a tener uno. Lacan no dice que la carta no tiene sentido, no se contenta con tener uno solo y esta multiplicidad posible parece originar el movimiento” (Jaques Derrida en “El Concepto de Verdad en Lacan”).

El cuento de la carta nos habilita a ello, lo concreto (el plano de lo real) es el robo, pero el valor es algo que ni siquiera el relato devela, pues nunca se sabe que decía la carta (si es que decía algo), pero su tenencia o su destino en manos de otros, genera poder a su tenedor, al punto que es objeto de deseo de un tercero que roba la carta al primer robador. Lo que da valor al supuesto o enigmático contenido de la carta es el sentido que se le pueda brindar a la misma, la finalidad, no su mera tenencia (es decir si esa carta terminara en manos de alguien que no supiera como utilizarla, la materialidad de la tenencia sería la misma, pero caería a cero el valor de uso de la carta).

Sin embargo en el plano de lo simbólico, el Ministro, tal como lo afirmó Masotta es el personaje central y el destino de la omnipotencia para ponerlo en términos psicoanalíticos, es lo basal.

Para nosotros, que le daremos a partir de esta, una lectura política. El cuento tendría la siguiente representación.

El único que sigue siendo el mismo es el Ministro. La Reina es el gobernante y el Rey el pueblo. El Ministro, que sólo es elegido por la Reina (el gobernante) y no por el Rey (el pueblo) chantajea aquella, presumiendo que la ayudara para contentar al Rey (al pueblo) o en su defecto para que este no se dé cuenta que algo le está ocultando (la carta en el cuento, las buenas intenciones o las cuentas, o el acceso a la información pública en nuestra relectura).

El ministro, opera a su vez, bajo el báculo de la adulación permanente ante la Reina (es decir no puede, o difícilmente pueda, sostener una posición que realmente aporte, desde otro lugar, dado que debe obedecer a esta obcecación primigenia) dado que el volumen de su chantaje se acrecienta en la medida que es estimado, por su adulación, que le propina a la Reina, sin importar si esta, le esconde cosas, lo engaña o lo daña al Rey (el pueblo).

El Ministro, en el caso de que sea per se, es decir que hubiera resultado elegido por sus condiciones, por sus méritos o por su idoneidad, y que además pueda sortear, favorablemente la intriga palaciega que le suscita el responder, ciegamente, como chantajear a la vez, a su mandante, la Reina, que no es quién manda, final ni eternamente (el Rey o el pueblo), jamás podrá dar lo mejor de sí, que sería su conocimiento, su asesoramiento o su capacidad, dado que trabaja en relación directa con alguien, (la Reina o el gobernante) de quién se puede presumir que trabaja a favor del Rey (el pueblo) pero sin que esto quede clara o expresamente acendrado. En el mejor de los casos, la relación entre gobernante y pueblo (Reina y Rey), es una vinculación íntima, marital, en donde el Ministro opera como una suerte de tercero en discordia.

Finalmente la carta, si alguna inscripción tiene es la del destino funesto, para Atreo o Tieste (obra de Racine, una tragedia de hermanos que se hacen a la fuerza de matanzas y que finalmente se matan entre sí a sus propios hijos, habiéndose perdonado mutuamente por ofensas previas) que vendría a ser algo así como la representación del tercero excluido (dos proposiciones en las que una niegue lo que se afirma en la otra, una de ellas es necesariamente verdadera.)

En nuestra interpretación; O manda el pueblo o manda el gobernante, pero nunca mandará el ministro.

Si algo pretende el gobernante, para seguir haciéndole creer a sus gobernados, que trabaja para este, debiera más temprano que tarde, disponer de un sistema en donde la ciudadanía tenga algo que ver con la elección de los ministros (gabinete ciudadano por ejemplo) de lo contrario se continuara con una relación “patológica” entre estos tres que no es beneficiosa para nadie (al menos en el plano real, donde las democracias occidentales demuestran severos problemas para encargarse positivamente de resolver problemas urgentes y acuciantes, como la pobreza y la marginalidad).

La política de la forclusión

Posiblemente, el no poder aceptar lo evidente, lo obvio, lo inobjetable, nos llevó al pensamiento abstracto; a la psicosis existencial de querer reescribir, con nuestros significantes, el extenso campo de la naturaleza que, al hacer tabula rasa, termina, develándonos, descubriéndonos como seres forcluidos. Consabidamente, en el ámbito del psicoanálisis y del derecho, el término forclusión abona al conjunto de ideas que se desean transmitir: la exclusión y el rechazo no acaban nunca en el psicoanálisis, en lo lingüístico, en lo humanístico; la forclusión regresa en forma de alucinación, o no, pero vuelve, ingresa en la fisura por donde puede entrar la luz y vuelve a alumbrarlo todo. La orfandad, producto del arrojamiento existencial del que somos resultantes, clama, implora, salirse de tal condición. Creamos tanto dioses como codificaciones, perspectivas, anteojeras, figuras geométricas, números, todo en representación de esa escritura de lo que no somos y de nuestras facultades limitadas que nunca terminamos de aceptar como tales.

El mundo no es nuestro porque no lo es; porque nunca lo ha sido, ni lo será, y porque jamás lo asimilaremos como un todo en donde nuestro rol es tanto nimio como imperceptible, por más que nos veamos impulsados a pensarnos y —por sobre todo— a sentirnos esenciales e indispensables. La realidad paralela que sobrescribimos es la representación que hacemos del mundo, de la naturaleza que no aceptamos ni soportamos tal cual es. Queremos creer en trazos rectos dentro de esa psicosis existencial que alumbramos mediante la abstracción; tenemos alteradas todas las facultades con las que podríamos estar en armonía y en plenitud con nosotros y con la cosa dada. Sin ningún lugar a dudas, si existiera algún ser no superior, sino con similar capacidad de raciocinio, y viera cómo habitamos el mundo, nos observaría como si estuviéramos dentro de un psiquiátrico, por no decir manicomio, con todo lo peyorativo que este significado se forjó a lo largo de la historia. Al vernos privados de la razón —al menos, de esa vinculación no problemática que haría mucho más armoniosa nuestra estancia en la tierra, con la posibilidad de que todos nuestros mundos quepan en el mundo de lo colectivo o de lo humano—, necesitamos creer que estamos libres y facultados para vivir la experiencia humana en plenitud con nuestro ser. La huida que transformamos en representación, la no aceptación del mundo tal cual es, nos posibilita la construcción, el regreso en forma de alucinación, de lo ocluido, del rechazo

excluyente. La forclusión se constituye —en la política—, cuando volvemos a plantearnos la representación ontológica o existencial en la que decidimos habitar, llamándonos ciudadanos y habilitándonos a elegir a un séquito que nos gobierne y que tome las decisiones colectivas.

El resultado es una democracia apocada, abrevada, anestesiada, aterida, que reacciona bajo estertores, regurgitando de forma sintomática a sus representantes, a los que creemos más lejos de lo que verdaderamente están de nuestra propia esencia. En la sinrazón en la que decidimos soportar el arrojo a la existencia, no queremos dar cuenta de la no traducibilidad que tiene el mundo que habitamos cuando el sistema de representación (lo democrático) nos devuelve, como gobernante (mediante voto, además, y mediante el uso de la supuesta libertad política que nos decimos dar), a quien exterioriza nuestras fauces más cínicas y siniestras.

No nos molesta tanto saber que habitamos en la alucinación, en la forclusión política; lo que nos incomoda y genera displacer es dar cuenta de todas las reimpresiones que le dimos a la naturaleza, de todas las líneas rectas que fueron trazadas y vueltas a trazar, no son tan derechas como las pensábamos y sentíamos. Por interregnos de lucidez, se quiebra la alucinación y nos interpelamos acerca de nuestra propia humanidad; cada tanto, cuestionamos a los dictadores que ungimos para que nos hagan vivir en esa seguridad psicótica en la que, incluso, perversamente, decimos actuar y, por ende, hasta votarla democráticamente.

Jacques Lacan, el introductor del término “forclusión” en el ámbito psicoanalítico, planteó la estructura de la psicosis como efecto de la forclusión del significante del Nombre del Padre. En términos políticos, ese significante refiere a las reglas de juego. Sea para habitar más placenteramente nuestra alucinación o para salir de ella (aporía que no está en cuestión aquí), no precisamos cambiar de representantes o encontrar modificaciones accesorias; lo que precisamos es el cambio radical y conceptual de nuestro ser en el mundo, de forma tanto ontológica como política.

En el sucedáneo de una nueva herida narcisista.

Sea la cuarta (propuesta décadas atrás), la quinta o el número en serie que fuere, lo cierto es que tras las signadas por Sigmund Freud (el Heliocentrismo copernicano, el Darwinismo biológico y el propio Psicoanálisis) e incluso contemplando esa cuarta (que agrega la indeterminación de lo exterior a lo humano) estamos en la parusía, en el pleno acontecer de una nueva descentralización de la humanidad que, tercamente, necesita constituirse en aquello que no es, desnudando su condición. Que terminemos de entender, asumir y aceptar que la política y más precisamente, la democracia como sistema simbólico ejecutante, no hace más que horadar, percutir y socavar la posibilidad de una sociedad, inclusiva, incluyente, que tienda a armonizar la mayor cantidad de contrapuntos posibles, de hacer más respetuoso, habitable y armónico nuestro mundo, y que en virtud, del poder perverso que le hemos infligido, tiende a hacernos creer, exactamente lo contrario, es sin duda alguna el proceso que se abrió hace un tiempo y en donde, absortos, sorprendidos, aturdidos y alelados, seguimos intentando explicar y con ello explicarnos.

Sin duda se trata de una nueva herida narcisista, sin acudir a esta en su dimensión excluyentemente psicoanalítica (en el caso de que la tuviera) y extendiéndola en su significación cultural: el aceptarnos. Tras el aturdimiento, la conmoción que produce precisamente el trauma, la notificación de lo que apenas viene de acontecer, como

capaces no solo de haber construido sino también de seguir sosteniendo, cerradamente y sin posibilidad de discusión, al sistema político de lo democrático, como el mejor de los posibles, como el cénit organizativo y organizacional de lo humano, referenciado en atributos semánticos como la libertad, la fraternidad y la igualdad, cuando, en verdad, ha producido todo lo contrario a sus postulados.

Asimilarnos como sujetos de condición tal que propendemos a la segregación, al gregarismo, a la antropofagia cultural, se constituye tal vez, en una de las asunciones de realidad, más complejas que nos toquen atravesar. De aquí surge la condición necesaria de que estemos en el sucedáneo mismo de la nueva herida narcisista (esta de carácter netamente político), con toda la complejidad que acarrea el no poder tomar la distancia necesaria del trauma, del acontecer, como para deslindar todos los aspectos en la perspectiva más amplia y abierta que podamos tener y por sobre todo para ver cómo salimos de tal situación.

Una vez finalizados los procesos, con sus terroríficos procedimientos de autoaniquilamiento, producidos en la llamada Segunda Guerra Mundial y a modo de redención del mismo, de situarnos más allá de aquello que llevamos a cabo, o superlativamente distintos a lo horrorífico que desandamos en tal período como humanidad, buscamos mediante organismos políticos internacionales la aprobación de cartas, de compromisos, de pactos, de enunciados, de semántica, de una actitud psicoanalítica (curar con palabras) de sanar de nuestro horror. Devino la plenitud de lo democrático como apoteosis del trabajo humano en las ciencias del espíritu, y su traducibilidad en la realidad social, en el campo del día a día.

La democracia instaurada y a instaurarse, luchaba contra cruentos dictadores que representaban la vieja humanidad que ya había sido derrotada en los campos de concentración y en la explosión de la bomba atómica. Lo democrático se enfrentaba a la rémora del fantasma de un occiso que hubo de demostrar no lo peor de nosotros mismos, sino de lo que éramos (somos) capaces de hacer (con nosotros o los otros, que es lo mismo). Vivimos por décadas en la borrachera, en la degustación de una de las bacanales más placenteras de la humanidad, creyendo que incluíamos, que desterrábamos la pobreza, que nos ampliábamos al límite de poder habitar en un mundo en donde cupieran todos los mundos posibles, todas las manifestaciones de lo humano, sin que por ello se produzcan grandes confrontaciones ni complejidades. La democracia cumplía prometiendo. Afirmada en que el cumplimiento efectivo, en que la finalidad resultante, solo era exigible a lo dictatorial, a lo autoritario, a todo aquello de donde veníamos y al lugar al que no queríamos regresar (por ende lo transformamos en un archipiélago de excepción, en un gueto, valga la paradoja) resolvía el concierto de sus expectativas generadas, alimentando mayores esperanzas, constituyéndose en la metafórica figura de la bola de nieve, que como alud, se desprende como un pequeño desprendimiento de lo alto de la montaña para terminar llevándose puesto todo.

Capítulo aparte, como necesario, es la condición histórica de lo democrático. Probablemente, la necesidad de curar con palabras —tras las experiencias vividas en ese mal transformado en banal— nos condujo a este onanismo semántico, en donde hemos escuchado a líderes políticos decirnos, en plena orgía democrática que, precisamente, con la democracia se curaba, se educaba y se comía. Ya estamos comprendiendo que la política de mayorías, a la que previamente venimos ninguneando, tratando con indiferencia, soslayándola como hasta algo ajeno y por ende, a lo que debemos poner e imponer distancia, cautela y por qué no señalamiento, es un mecanismo, un sistema, una

forma, una metodología, para que unos pocos (sin que se trate de una cuestión de clase o condición) junto a su facción o grupúsculo (que se referencian no por afinidades ideológicas o de principios, sino por aspectos venales o de bajos instintos) se salven en términos materiales: accedan a una posición, principalmente económica, que les permita el acceso a bienes de que de ningún otro modo accederían y, lo más pernicioso, que para ello nos tengan que decir que lo hacen para el beneficio de una mayoría, en la cual todos estaríamos incluidos, porque supuestamente esa es la definición de lo democrático, porque discursivamente —o como víctimas de nuestra condición de deseadores— no queremos, no creemos que podamos ser más crueles ni más inhumanos de lo que hemos sido.

El desmoronarnos con lo que pensábamos que era una parte de la montaña, el darnos cuenta que atravesamos el comienzo del fin de una etapa, que una nueva herida narcisista a nuestra humanidad nuevamente arderá a pelo, sangrará impudicamente, al vernos auténticos, tal cual somos, sin que medie parangón espiritual, ni semántica que nos redima, se constituirá en el ritmo de los tiempos por venir.

Freud tomó de la mitología griega, la conceptualización de la “herida narcisista”. Vayamos al origen. Narciso (en griego, Νάρκισσος) era un joven muy hermoso. Las doncellas se enamoraban de él, pero este las rechazaba. Entre las jóvenes heridas por su amor estaba la ninfa Eco, quien había disgustado a Hera y por ello, esta, la había condenado a repetir las últimas palabras de aquello que se le dijera. Por tanto, era incapaz de hablarle a Narciso por su amor, pero un día, él estaba caminando por el bosque y acabó apartándose de sus compañeros. Cuando él preguntó “¿Hay alguien aquí?”, Eco respondió: “Aquí, aquí”. Incapaz de verla oculta entre los árboles, Narciso le gritó: “¡Ven!”. Eco salió de entre los árboles con los brazos abiertos. Narciso cruelmente se negó a aceptar su amor por lo que la ninfa, desolada, se ocultó en una cueva y allí se consumió hasta que solo quedó su voz. Para castigar a Narciso por su engreimiento, Némesis, la diosa de la venganza, hizo que se enamorara de su propia imagen reflejada en una fuente. En una contemplación absorta, incapaz de apartarse de su imagen, acabó arrojándose a las aguas. En el sitio donde su cuerpo había caído, creció una hermosa flor que hizo honor al nombre y la memoria de Narciso.

Seguir creyendo que la democracia es el mejor de los sistemas posibles, o el menos malo, es seguir absortos frente al agua, a un paso de que terminemos ahogados y convertidos en una flor, como puro símbolo. Dar cuenta de que podemos aún ser peores de lo que hemos sido, y estar a tiempo de reaccionar, nos producirá en un primer momento el dolor de darnos cuenta de la nueva herida, pero inmediatamente después recobramos nuestra humanidad, reconvirtiéndonos, resignificando nuestra condición de humano; de lo contrario, en el ensimismamiento, terminaremos en la imagen, en lo totémico, en lo sacro de lo simbólico, que por más que sea estéticamente agradable como una flor, no será nunca un ser humano y, por ende, nos perderemos en ello o, para decirlo de un modo más contundente, perderemos nuestra condición humana.

Divinidad femenina o la incorrección política obliterada

La significación de la vagina o del significante democrático.

Mientras en los guetos intelectuales continua la discusión por la herencia lacaniana, en relación a sus distintos seminarios, uno de ellos, que plantea “la significación del falo” pronunciado en 1958, llevado al plano de lo político (suponiendo la existencia de esta faz, sumada a los planos psicoanalítico y filosófico) representaría la anuencia, la

aceptación, de lo humano, con respecto a las formas de gobierno que irrumpieron en aquel entonces, donde el poder como tensión (como demanda inmanente en o de lo colectivo) se obliteraba, en el otro plano, es decir se reconvertía en un significante político que se presentaba, fálico, turgente, penetrante, agresivo, invasor; gobiernos autoritarios que reaccionaban a la fantasía de poder ser castrados, con la impetuosa e irrestricta aplicación de una ley penal, que en su primera como última ratio, ejercía violencia en todas y cada una de sus modalidades posibles. En la actualidad, a plena luz de nuestras complejidades democráticas, el poder desentrañar los nudos (“El complejo de castración inconsciente tiene una función de nudo”, afirmaba Lacan en la significación del falo, que más luego citaremos en forma más extensa) que nos propone la faz política, nos permitiremos el analizar, la cuestión democrática, en donde se inscriben sus acciones, o sus faltantes, ausencias, obliteraciones entre las demandas (per se naturales) y los deseos que surgen como resultantes de la no totalidad o no concreción de lo demandado. Llamamos a esta faz, psicoanalítica, que bien podría ser correspondiente al plano simbólico, desde donde se terminan de inscribir los significantes. Esta es la razón por la que la vagina, como otrora desde los tiempos de Freud y luego Lacan, funge como el elemento que se traducirá más luego como el significante democrático, como lo señalábamos al comienzo, a diferencia de los tiempos políticos incluso de quienes postularon al falo como el objeto constituyente de lo normativo, o constitutivo del poder como de su administración.

La vagina es democrática por antonomasia. La vagina es abertura, es dolor de parto como pliegues de succión, es puerta de salida del ser invaginado como puerta de entrada al mundo del clímax en donde se funde y confunde, placer con satisfacción. La vagina es la última instancia, el último responso antes del vacío sideral, símil a los agujeros negro, en donde el tiempo y el espacio, se van de razón, se tergiversan en la posibilidad de la otra vida, en el más allá de esta vida, que no debe ser más que el estadio intrauterino del cuál provenimos, en donde no había nada por demandar, de allí que no existiera el deseo en cuanto tal y por ende la no facultad de conciencia, mucho menos de deseo.

En la constitución de esto mismo, es que antes de ser seres deseantes, somos seres demandantes. Al no poder sernos correspondidas todas y cada una de ellas, esos faltantes, desajustes o no provisiones, las constituimos en deseos que operan en el plano de lo filosófico, es decir en lo que puede como no puede ser, en el reino de las primeras y las últimas causas. El deseo se agrava en complejidad, dado que al cumplimentarse, deja de ser tal o de operar como deseo, lo mismo sucede con la filosofía, no puede ser ciencia que determine un campo acotado, ni mucho menos un ejercicio que cumpla una función específica.

Al no tener, el sujeto político, es decir el hombre atado al contrato social (entiéndase este como condicionante, o como sucedáneo de una lógica de amo y esclavo) un resultante conveniente, convincente, que lo reafirme en su posibilidad de ser todos a la vez (de aquí surge la igualdad de posibilidades o de oportunidades, como si fuese un axioma al estilo la prohibición del incesto antropológico) no en el mismo tiempo claro está, respetando el principio de no contradicción, y habiendo atravesado la fase del falo, es decir, habiendo transido la consumación del poder, desde la turgencia peneana de los modos y las formas abusivas y arbitrarias de los gobiernos pre democráticos, es que ingresamos a esta viabilidad democrática o vaginal.

Recordemos, en el siguiente extracto, el texto del que tomamos la referencia: “El falo es el significante privilegiado de esa marca en que la parte del logos se une al advenimiento del deseo. Puede decirse que ese significante es escogido como lo más sobresaliente de lo que puede captarse en lo real de la copulación sexual, a la vez que como el más simbólico en el sentido literal (tipográfico) de este término, puesto que equivale allí a la cópula (lógica). Puede decirse también que es por su turgencia a la imagen del flujo vital en cuanto pasa a la generación... Digamos que esas relaciones girarán alrededor de un ser y de un tener que, por referirse a un significante, el falo, tienen el efecto contrariado de dar por una parte realidad al sujeto en ese significante, y por otra parte irrealizar las relaciones que han de significarse” (Lacan, J. “La significación del falo”. 1958).

A lo largo de la historia, el sujeto de lo humano, es decir el ser, no decodificado en sus manifestaciones en los otros planos desde los que habla, dispuso, por citar ejemplos, que la histeria, etimológicamente, útero, refería solo a una suerte de incapacidad o problemática, solo atribuible a la mujer, a la misma se le impuso (en muchas culturas, lamentablemente sigue siendo así) la posibilidad de sus desarrollos de derechos laborales, cívicos o electorales, en tiempos en donde se escribían las fases del falo y la significación del mismo.

No es casual, que en todas las manifestaciones, o quejas o demandas (en verdad deseo de tener una sociedad o una democracia mejor) existan principios tales como “la revolución será feminista o no será” y se acompañen acciones del llamado género para luchar desde la perspectiva de la mujer como nunca antes.

Esto es un claro síntoma, no un diagnóstico ni la postulación de un tratamiento o del mejor.

En términos claros, no significa que quién porte vagina, tenga más (como tampoco menos) derechos que quién no la porte. El significante de la vagina, es que la democracia es una gran vagina social, plausible de comportamientos históricos, de aplazar la concreción, de mostrar sus ambivalencias entre madre y mujer, de estar abierta, pero no siempre, sino a resguardo de ser comprendida, bien tratada, de lo contrario, puede cerrarse, volverse frígida, seca, petulante, indiferente y hasta cruel, como la muerte misma que no deja de ser la misma puerta, esta vez de salida, como lo fue la de entrada, la vagina de la mujer.

En el plano desde donde operemos, transitemos, nos obliteren o podamos desandar nuestra experiencia de lo humano, esta es una válvula, por no decir vulva que nos compensa en todo lo no correspondido, que nos devuelve la esperanza (que nos transforma en deseantes), de esa añoranza arquetípica de haberlo tenido todo, en ese mundo perfecto de lo intrauterino, pero esta vez, con el encanto de la seducción femenina, de que elegimos, a cada paso que nos va a suceder, como la promesa democrática, que no tiene solamente perfume, sino que es en su esencia, el sujeto político, en lógica femenina de nuestros tiempos actuales.

El gran otro de la justicia.

“Cuando una persona le hace daño a otra, la empuja dentro de un laberinto. A partir de ese momento, las murallas encierran a la víctima. Pero en el laberinto no está sola. El

culpable del hecho también está adentro. A partir de ese momento la víctima y el culpable quedan unidos. Víctima y culpable comienzan a caminar los pasillos angostos, y quizá perpetuos, de un laberinto compartido” (Sivak, A. “El laberinto y el perdón.”)

La autora narrará luego, metáfora del minotauro mediante, qué precisamos (además del hilo de Ariadna) para salir del laberinto del dolor y es aquí en donde el soslayar de la justicia, pasa, o nosotros lo hacemos pasar de lo individual (es decir del perdón que le podemos otorgar individualmente al que nos dañó y la necesidad social que tal castigo o punición representa para un colectivo, a modo de que crea o construya ejemplaridad) a la institucionalidad toda en donde orbita la necesaria saciedad de justicia, que este fijada, en la ataraxia de lo normativo, de la ley y no en el capricho de quién la pueda poner en práctica, imponiendo o supeditando sus juicios individuales (por más que sea considerado juez) por sobre lo que el común establece o entiende como sentido común (valga la redundancia) o consensuado.

Al referirnos al gran otro, lo hacemos para referenciar la definición psicoanalítica que propone: “El gran otro designa la alteridad radical, la otredad que trasciende la otredad ilusoria de lo imaginario: no puede asimilarse a través de la identificación. Lacan equipara esta alteridad con el lenguaje y la Ley; por ende, el gran Otro está inscrito en el orden simbólico” (Ref: <http://www.psiciconotas.com/el-gran-otro-830.html>)

La ley estipula y es estipulada a su vez en un conjunto de procedimientos, que bien podrían traducirse como la metáfora de un laberinto, símil al cretense, en donde los victimarios son conducidos a tal lugar para ser victimizados y en el caso de que los procedimientos, mecanismos o fallos, fallen para tal cometido (es decir para hacer justicia institucional, sometiendo al victimario) que todos los observadores o ciudadanos parte, lo único que reclamen es la sed de justicia (maridada de venganza y ejemplaridad) para que todo el transgrede la ley, tenga como destino único el laberinto, y sí en tal transgresión, lastimó, daño o mató, debe ser cruelmente vejada por el minotauro (por otra parte no existe casi otra posibilidad una vez dentro del laberinto).

La justicia entendida en estos términos no está concebida para resarcir, como prioridad a las víctimas, sólo en una instancia muy aleatoria como secundaria. La justicia entendida como este gran otro (aquí pasamos de la lectura psicoanalítica a la política) se construye para saciar la necesidad del poder político que legitima quiénes son los que escriben la ley, quiénes los que la ejecutan, y finalmente los que deben cumplirla, a riesgo de no hacerlo o hacerlo del modo que no es de agrado de ese gran otro político de meterlo, dentro del laberinto de la institucionalidad. Para ser ajusticiado, pero no para emitir o dictaminar justicia, por más que le corresponda o no por el crimen, sí es que no ha o no cometido, en cada caso.

El gran otro político constituyó el laberinto punitivo de la justicia para legitimar a todos y cada uno de los integrantes del poder que lo único que no pretende es que se le arrebatase el cetro desde donde disponen que las cosas tal como las dicen, es decir el maridaje entre lenguaje y ley del que hablaba en términos simbólicos, Lacan.

No está en juego la verdad, ni individual o justiciable, o la verdad en cuanto tal dado que hacemos propia la siguiente definición de la situación de la misma: “La idea de una verdad definitiva y completa y en este sentido absoluta, no tiene sentido. Sería una verdad desde la perspectiva de Dios, de un tipo de verdad diferente de la que conocemos, distinta de la verdad cuyo concepto está ligado a una iterabilidad abierta a signos y una pluralidad de hablantes-una comunidad comunicativa infinita, no una

ideal-y, en consecuencia, a una disputa inacabable por la verdad” (Wellmer, A. “Líneas de fuga de la modernidad”. Pág 383. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2013).

Finalmente el Teseo, que sí bien para nuestro ejemplo aún no ha logrado salir del laberinto, pero viene constituyendo una actuación de lo justo, desde una posición axiomática y casi de improvisación, es la concreción de espacios (sobre todo virtuales o digitales) en donde desde la primigenia figura del escache (de reminiscencias nazistas) hacia un victimario que la justicia institucionalizada, no penalizo o no trato, hasta lo que empieza a emerger como una búsqueda, que en los márgenes de ese poder, que posibilite libertad, todos los que busquen justicia, tengan la posibilidad, antes o mucho más allá de señalar, de vindicar y caracterizar (para luego agredir) al victimario, otorgarle la posibilidad de volver a ser humano, perdonándolo.

Sí bien no es sencillo, ni expresarlo en palabras, lo cierto es que, construir otro laberinto, saliendo por arriba (a decir de Marechal) dado que el laberinto (cretense como Kafkiano) de los procedimientos institucionales que nos tendrían que dar justicia, no están para ello (son el gran otro del poder), tiene como paso necesario e indispensable el hacer público los casos que consideramos injustos y no tamizados por esa justicia formal. El segundo paso, es que el hacer público de todas esas situaciones, no nos lleve a una instancia de mero escache, de agresión sesgada, sino que el poner en evidencia la necesidad de justicia, plante lo conceptual, que además de la redención, en nuestra calidad de víctimas podamos ser capaces de otorgar el perdón, entendiendo a ese otro, no como un gran otro del poder, sino como otro-mismo, que hace a nuestra constitución humana.

“Escribir es pactar con el diablo. ¿No es el orden quien habla siempre a través de todas las frases que nuestra sedicente autonomía de voluntad nos dicta? ¿No decimos siempre lo que hay que decir, lo único que, en último término, podemos decir? ¿Hablar no es acaso confirmar siempre lo que hay?...La lucha contra la palabra ha sido, hasta hoy, uno de los oficios más constantes de todo totalitarismo. A decir de Gilles Deleuze ¿Cómo puede escribirse sobre algo que no sea lo que no se sabe, o lo que se sabe mal?...Desde el plano de la moral, escribir siempre es pecado; pecado frente a las inexcusables tareas del presente, las urgentes denuncias que deben hacerse, los amenazados ideales...Escribir es negarse a, es una regresión, la literatura es la infancia finalmente recuperada, como dice Bataille”. (Savater, F. “Apología del sofista”. Pág 44-128. Editorial Taurus. Buenos Aires. 1973).

Nada mejor que escribirlo, para retornar, a esa instancia de no daño, de no suceso, pese a la imposibilidad real de tal cruzamiento en el tiempo. Pero la historia, no es lineal tal como lo pensamos o nos las hace pensar la historicidad occidental de la que somos parte (como víctimas y victimarios)

“La historia (al menos lo que Heidegger y posteriormente Derrida, han llamado la historia de la metafísica occidental) no sería más que el espacio mítico en donde las sucesivas articulaciones de dos voces, la voz dominante y oficial de la divinidad, simbolizada en boca de los profetas y la voz subversiva y excéntrica de los muertos, simbolizada en el vientre de la pitonisa no dejan de definir y redefinir lo humano” (Prósperi, G.O “El profeta y el ventrílocuo).

La clave de lo laberíntico de lo humano y de la edificación de ese gran otro constituido en, también lo laberintico de la justicia, podría estar en la figura de Ariadna, a quién Nietzsche le dedico un poema “El lamento de Ariadna” que finaliza así:

Sé juiciosa, Ariadna...

Tienes oreja pequeñas, tienes mis orejas:

¡mete en ellas una palabra juiciosa!

¿No hay que odiarse primero, si se ha de amarse?...

Yo soy tu laberinto...

Del acto al pasaje

Yo estuve ahí, sí en ese infierno, del que pensaba alguna vez salir. Los horizontes están ocluidos. Las lágrimas, en vez de rodar, ascienden, pavorosamente a su vertedero. Ninguna acción producirá ruptura. Las fronteras están disueltas. En el marasmo de sensaciones, el aquelarre de los tiempos difuminados, siquiera brinda norte alguno. Tempestad eterna. El absurdo es la vana razón de una esperanza, avergonzada, que ante tanto dolor, se apiada de la expectativa y desaparece.

La sobredimensión del sentido, lo entendible y razonable en su máxima expresión. Eso era, es y será todo. Lo accesorio seguirá a lo principal. Era obvio, luego de tanta intensidad.

¿Y vos crees que me puede importar lo que vos opinas? Mi doctrina es tu temor, tu queja constante y reprimida. Tus pesadillas, tu enajenación que no puede ser disuelta ni por tus adicciones ni por los químicos, menos aún por la acumulación de material.

Que ruin pretensión, esa gloria etérea de conversar, tal vez discutir, o hermanarte, con aquellos que reposan en una biblioteca, cincelados, sus nombres también en el vacuo bronce de la historia.

Esta retahíla de palabras, son lo único que sostienen al autor con su textualidad. Cada uno de nosotros tiene varias textualidades que conforman su existencia. Algunas son más preponderantes que otras. En verdad, oscilan, se van tensando, en un juego vertiginoso.

Existen momentos en los que uno está vivenciando la eternidad de su finitud, los hechos son secundarios, siempre. Además que en verdad son interpretaciones, o variaciones, modificaciones de lo sustancioso.

No podemos asumir que nunca acabará, que nunca acabamos, que en la pretenciosa pulsión de eternizar el goce, banalizamos el pasaje al acto, disolvemos esa divisoria frontera. Vivimos en el acto puro, del deseo cumplido que ya sabe que no en vano volverá a pretender, algo que de todas maneras alcanzará.

Ni el útero es un diván, ni dios es papa. Una eyaculación se transforma en semántica. El miedo al símbolo invoca a la disciplina, al régimen de la autoridad. No cumplir,

transgredir, con solo pensar, genera culpa, que somete a la violencia instintiva de ser puramente acto.

Cuando entendamos, desde la fosa barrosa, en el horroroso muladar, de una angustia profunda, que debemos hacer en verdad, el camino inverso. Del acto al pasaje. No al revés, como indican los libros que inventaron nuestras histerias.

Enloqueceremos sanando, privándonos del doble rasero de una humanidad que se excita inhumanamente en sus contradicciones más profundas.

Cuando descubramos que no tiene parangón el placer masturbatorio, como regreso del acto, desistiendo de dar alumbramiento a una vida, por jugos coitales mezclados, posiblemente tengamos derecho a decir que vale la pena vivir.

Si no llegamos a entender que la muerte, es el no cese de los acontecimientos, la conciencia en su variación, nunca tendremos posibilidad de temerle realmente.

Nos da miedo la intuición improbable que esto seguirá ad infinitum.

Hacerse cargo de la vida no es nada sencillo, por ello nos enfocamos y nos cegamos ante la vacuidad insostenible de esa muerte, de ese suicidio del pensamiento de creer que no depende de nosotros. La primera y la última eyaculación, son iguales, idénticas. Las diferencias, a las que nos aferramos nos brindan la multiplicidad de creernos, individuos y diferenciados.

Intempestivamente encuentro que no hay voluntad, menos razón o pretensión en estas palabras vertidas a lo comunicacional. Tal vez sean la manifestación de la tempestad de la que imaginamos siempre escapar, o de la que creemos guarecernos, pese a tener la frente empapada, tanto de agua, como de sudor temerario y de esas sales que humedecerán el vertedero de donde saldrán nuestros sucesores, siempre en la misma posición, en la misma condición.

El maridaje entre el culo y la filosofía.

“Una vez que se asesina a Sócrates, quizá surge un pálido remordimiento que impide nuevos asesinatos, y aunque la actitud filosófica no conquiste a las grandes masas del público, termina por llamar tanto la atención y hasta por crear un superficial respeto, que se fundan escuelas, facultades, institutos, bibliotecas en que, por unos siglos, se ha permitido e incluso se ha financiado la filosofía o, por lo menos, algo que se le parece a ratos. Hoy hay signos abundantes de que esta tregua está acabando”. (García-Baró, M. “Fenomenología y hermenéutica”. Editorial Salvat. 2015. Barcelona. Pág. 21.)

La cola es parte integrante de nuestra morfología. Como característica especial, no debe haber parte del cuerpo humano que semánticamente posea tantas, diversas y hasta contradictorias significaciones a partir de la misma. Tener culo, como obviamente todo lo tenemos, expresado con énfasis, es sin embargo una exclamación que está dirigida a señalar que hemos sido tocados, rozados o tutelados por el azar. El que tiene culo es el que tiene suerte. La frase exclamativa, posee, sin embargo, un tinte o una connotación que destila cierta envidia por parte del propalador. Es decir, sí alguien nos dice que tenemos culo, nos lo está expresando con la carga que conlleva la malicia intrínseca de la perfidia. El culo por más que en su dimensión real, este asociado al rol, menos estético que posee el humano, el de las cloacas, el de desechar lo que al cuerpo no le sirve, traducido en materia fecal, mierda, sorete o caca; eliminada, incluso bajo el rigor

del hedor característico de la misma, posee, paradójicamente, un encanto erótico, sensual, sexual y hasta comercial.

El culo es una parte admirada tanto en mujeres como en hombres. El culo es un espacio apetecible para la sexualidad, independientemente de que la misma práctica, sea clasificada (entendiendo que toda clasificación es una limitación) como homo, bi, hetero o pansexual. Sin embargo el culo, a nivel orgánico no demuestra que ese cuerpo está gozando, como sí lo hacen otros órganos sexuales, como el pene o la vulva que segregan sustancias específicas y concretas que ratifican la sensación orgásmica. Al culo, a lo sumo, hay que lubricarlo artificialmente para que su dilatación permita el ingreso de, e implorar, asimismo, que en la práctica sexual, el culo nunca excrete nada, para que no se tenga que sacar nada del mismo, en calidad de “embarrada”.

Se dice, se expresa, en tono, de deseo gozoso o de placer “Te voy a romper el culo”, en una suerte de codificación sádica, de tener un rédito sensitivo o espiritual a partir de propinarle una agresión al otro, de romperle algo que supuestamente se aprecia, se valora estéticamente, pero del que sin embargo lo único que salen son las heces, muchas veces hediondas y pinceladas por colores toscos, grumosos y poco afables. Esta particularidad del culo, se distancia abismalmente de lo inimaginable que sería que nos digan “te voy a gastar el pene” o “te desgarraré la vagina” o cualquiera de sus diversas versiones que tengan que ver con aquello de exclamar agresión a los efectos de un supuesto placer.

Pasando del plano de lo imaginario y lo simbólico, al plano de lo real, el culo nos sigue proporcionando su condición filosófica, aporética, o por decirlo en buen romance, su encantadora, como contradictoria, condición de órgano tabú, del qué nos avergonzamos tanto como nos excitamos al solo mencionarlo.

Sí pasáramos al ejercicio, siquiera científico, sino simplemente informal, de preguntar a amigos, conocidos o mediante plataformas informales de encuestas, cuantas personas practicaron, realmente sexo anal (sea en calidad de activos o de pasivos, en relaciones hetero, bi, homo o pansexuales), la evidencia será contundente. La proporción del culo como objeto de prácticas sexuales, a diferencia de cualquier otro órgano del cuerpo humano, no debe arribar al 10 % en tal proporción. Es decir de 100 veces que alguien pudo haber practicado sexo, como mucho 10, habrán sido teniendo como eje principal de la práctica al culo. Esto no sería nada extraño, ni llamativo, por las razones orgánicas que lo determinan, sin embargo, se constituye como tal, dado que esta no realización en el plano de lo real, la llevamos, la transformamos, en el plano de lo simbólico o lo imaginario.

El culo es un talismán de la sexualidad no practicada. El culo es el significante más acabado de nuestra condición de seres contradictorios. Nos puede “ir como el culo” (es decir mal) o podemos “tener el culo” de habernos sacado la lotería que será siempre igual para el culo, pero muy distinto para la significancia que queremos expresar mediante el mismo término.

El culo es el lugar mediante el cual deponemos lo que no usamos, hasta antiestéticamente (al menos así lo es por alguna razón occidental) pero que con la misma gravedad, desde otro contexto (un culo tapado, sea por una calza, una falda, una zunga, una vedetina) es exaltado en grado sumo, constituido como sanctasanctorum del erotismo como de la sexualidad.

El culo, en esta condición de tabú-social, ratificó la misma, en la concelebra película “El último tango en París” en donde la afama escena de la joven untada con mantequilla para ser penetrada analmente, no sólo escandalizo en el momento (los setenta) sino que cuarenta años después continuó escandalizando dado que de acuerdo a las confesiones del director como del protagonista, la realidad de la escenificación incluyó que la actriz no sea consultada para que brinde su consentimiento (otras versiones indican que no fue tan así, sin embargo la protagonista luego del film, cayó en un llamativo espiral de autodestrucción). La película, tuvo el éxito, cultural, artístico y comercial, porque grabo una violación anal.

Nuestra relación morbosa con el culo no acaba allí. La tesis que sustenta estas líneas es que nos genera tanto atractivo erótico-sensual el culo porque es la garantía de que luego de su práctica no derivará la misma en la concepción del ser humano, es decir, culeando no procreamos y ese es el verdadero encanto de un culo del que decimos, alardeamos y vociferamos el gozar sexualmente, pero del que nos da culpa, no nos da pleno gozo o solo nos lo da en un plano imaginario o simbólico pero nunca real.

Nos alecciona Bruno Mazzoldi en “La prueba del culo ¿existe una filosofía latinoamericana?”: “Culo, en efecto, pariente, como collón, de culleus (el saco en que se cosía y ahogaba al parricida) sugiere del trasero más lo infundibuliforme que lo fundacional”.

Ese saco en donde se ahogaba al parricida (recordemos que el parricida es el que cambia las reglas de juego establecidas), la penalidad para el infractor político-cultural, o para el verdadero filósofo, devino en el culo y más luego en su furibunda como rizomática polisemia.

El culo es por antonomasia el órgano filosófico. Así nos va cómo el culo al no darle importancia, dimensión o al penalizar la filosofía. De culo nos podrá ir, tal como venimos, desconociendo el origen y la sustancia o la relación intrínseca entre el culo, tan seductor y popular, con la filosofía, tan selectiva, cuasi vergonzante, o en su doble condición de totémica y tabú.

El goce infinito femenino como substancia del “no todo” del poder:

La propuesta, en este sentido, es indagarnos sobre nuestra intimidad sexual: el “cómo lo hacemos” habla mucho de lo que somos y pensamos como cuerpo social.

Obviamente, no se trata de nada pseudocientífico, ni siquiera de nada exhaustivo. Para ello precisaríamos datos estadísticos provenientes de estudios de campo, a los efectos de validar o de refutar una hipótesis que lanzáramos como tesis.

Desde una perspectiva masculina, meterla sin sacarla hasta acabar, habla a las claras de la cosificación de la mujer, de saciar solamente el impulso eyaculatorio, fuerte y decisivo pero tan solo instintivo, primario, casi animalesco. Si bien no nos lo han enseñado, hacer el amor es un poco más que practicar sexo o que lisa y llanamente coger (este mismo término, que empleamos para definir el acto sexual, está relacionado con el sometimiento del uno con el otro: agarrarlo, pillarlo, tenerlo).

También se definen ejes conceptuales a partir de lo que sucede en las alcobas: precisamente el eje nodal de acabar, de ese instante placentero tras la salida del semen es un icono de nuestro mundo occidental; tiene mucho que ver con el apretar un botón y que algo suceda, con cambiar un canal de televisión, con comunicarte con alguien a

través de la computadora, con hacer funcionar una máquina industrial o con inocularle un remedio para una enfermedad, nada tan diferente a lograr como las cosquillas en el pene que nos llevan a expulsar esa sustancia gomosa que nos hace un poco felices, al menos por un instante.

Claro que nuestro mundo occidentalizado funciona así y por ello, por apretar un poco más el pedal, nos estrellamos contra algo. Nos jugamos todo por sentir esa emoción, esa adrenalina, que dura lo mismo que el polvo: va a más de tantos kilómetros por hora y nos lleva al límite de invertir todo lo que tenemos —y lo que podríamos tener— en segundos de heroicidad inmortal. Tal como esos segundos de éxtasis tras una sobredosis (de diferentes sustancias), o esos pocos minutos de felicidad pura que sentimos al pasarnos con la cantidad de alcohol ingerida hasta antes de que este nos termine controlando: todo se resuelve con un botón, en un hazmerreír, todo es tan solo un instante efímero y profundo, pero a la vez insustancial.

Lástima que la vida dura bastante más que ese desperdigado manojo de segundos por los cuales somos enteramente felices sin cuestionarnos nada.

Como la relación sexual, que es más que el acabar eyaculatorio. Esto, sin necesidad de caer en el concepto oriental de que el arte amatorio es un poco más que un modus vivendi. Es decir, probablemente lo sea, pero es impracticable en nuestro aquí y ahora occidental. Lo cierto es que es bastante más que un intercambio de fluidos, y desde ese lugar nos habla: del cómo somos no desde nuestra individualidad, sino desde nuestro yo social.

Pienso en voz alta, estoy arriesgando bastante, estoy soltándome hasta de los fundamentos: deberíamos hablar mucho más de cómo lo hacemos. Quizás, hasta nos descubramos más solidarios. Precisamente, el serlo no tiene que ver con solo o necesariamente, donar órganos (de hecho, somos una de las provincias más donantes), también existen denuncias de tráfico de órganos. Pero otro tanto ocurre con nuestra noción amatoria. Porque, que amemos devotamente una iglesia de Dios, sus fiestas y su liturgia, no implica que seamos un pueblo que derroche amor.

Por estas y tantas otras cosas es indispensable que hablemos de sexo. El silencio y la indiferencia alimentan los preconceptos, los prejuicios, incluso las leyendas sexuales.

En el barrio, en la periferia, las guainas (o pibas) son las más permeables a nuestros pedidos más recónditos u oscuros: te la chupan mejor, se la tragan, te dan besos negros, el culo o lo que les pidas, sin reciprocidad, y menos, con amor. Al parecer, la libertad sexual surge merced a la precarización del patrimonio, es decir, menos tenés y menos te educás, más cerca de lo instintivo estás. Y eso gusta, eso define el supuesto deseo de plenitud al estar sexualmente con la más puta, con la más guarra, con la más atrevida, con la que más hace y menos pide, sobre todo, compromiso.

El hacernos cargo de lo que ocurre después del sexo, después del goce, del clímax, es lo que nos civiliza. Es la culpa que sentimos tras ese acto sucio, pecaminoso, o esto dice nuestra cultura. El deber ser de la alcoba es solo eso: hacer el amor para conservar la especie, una tarea que nos honra socialmente; por eso, hacerlo con la esposa o mujer después de tener hijos es no solo aburrido, sino también insípido. Además, difícilmente desatemos nuestra lujuria ante la doña, que no es como las otras mujeres. La boca de nuestra esposa está para besar a los niños, no para el pete. En el mejor de los casos, ese culo está para vestir buenos jean, no para entrarle por colectora y sacarla embarrada.

Y si de culos hablamos, los carentes de celulitis, los parados, son los de los travestis, que cada vez son más los que se visibilizan ejerciendo la prostitución y que, según afirman, usan más el pene que la boca y la cola, para con, en su mayoría, clientes casados, desesperados por ser penetrados por tipos con tetas.

Sería bueno hablar para erradicar tanto estos preconceptos como otros; para que nuestros hijos amen sexualmente y también puedan gozar cuando así lo decidan, o que puedan traer otros seres al mundo cuando lo deseen. Sería bueno descubrir o entender si el hombre está más inclinado de lo que pensamos a la bisexualidad; comprobar por nosotros mismos la existencia de los supuestos puntos G; acabar más allá de un lechazo, de un orgasmo, o de una emoción sexual; encontrarse con un otro y descubrir entre ambos esa reciprocidad sin pruritos ni prejuicios sociales o religiosos de ninguna naturaleza.

Si la pulsión sexual se reprime y queda en el confesionario, en el baúl de los pensamientos oscuros, derivará en el menor de los males: el adulterio, cuando no, en la pedofilia, en el sexo de mala calidad, en el acabar adentro de algo sin que nos interese lo que pase con el otro, una suerte de bolsa de residuos, una falta total y absoluta de humanidad, una acabada muestra de desamor: el fin de los días.

Muchos dicen: "Hay que tener más sexo". No creo que pase por la cantidad. Volviendo a arriesgar, hasta creería que se coge mucho más de lo que pensamos. Lo que se necesita es hablar sobre ello, hablar con quien lo tengamos que hablar, claro está, no con la abuelita nonagenaria o con el sacerdote ultraconservador, sino con nuestras respectivas parejas, intercambiar información entre amigos, socializar vía redes sociales (¿o acaso no están plagadas las cuentas de fotos exhibicionistas?). Hablar de cómo cogemos, de cómo tenemos sexo, de cómo hacemos el amor, nos va a liberar de ciertas ataduras, de la hipocresía de cuando nos trincamos a la prima, a la chinita del barrio, al putito peluquero, hablar de lo mal que nos chupa la patrona o de por qué no se la queremos chupar: tantas cosas que nos determinan en el aquí y ahora.

Hay que hablar de que la sexualidad totémica, sacra y oscurantista o vista como pecaminosa, es tan solo un sistema cultural que nos quiere ver infelices, obedientes y procreadores tal como si fuéramos conejos.

Y también, de que independientemente de la edad que tengas, de tu condición, de tu género, de tu genitalidad, de con quién o con quiénes lo hagas, de que te impulse el amor, la procreación o la sexualidad (o la combinación de estas tres, o de dos), puedas aumentar tu calidad de vida sexual y puedas compartir la experiencia vivida para que más personas sepamos de ello, sin pruritos, sin oscurantismos ni tampoco perversiones.

Es extraño, pero, lo que tiene un origen natural y por ende libertario, es permanentemente perseguido e incluso obligado a permanecer encerrado: el sexo bien entendido; y ese es el camino que tenemos que transitar. Deber ser maravilloso, seguramente: sin condicionamientos, terminará en amor y luego, en procreación. Nos exigen disfrutar, nos obligan a toda una contradicción en sí misma. Porque el orden está invertido. Por ello, necesitamos dar este primer paso —de una larga lista—, que es el encontrarnos con un otro, cosa que no se inicia con la genitalidad y sí con algo sugerido: una mirada, un gesto, una insinuación, un beso o, en definitiva, con lo que vos digas, sientas y vivas, que será lo fundacional y lo que más importe. Como sabemos, el goce "falocéntrico" eyaculatorio es patrimonio o, mejor dicho, potestad del hombre. Este hombre podrá compartir acres con su coyuntural acompañante —que bien puede ser

mujer—, pero, lo que se desprende del acto sexual, lo que va más allá y construye amor y más luego institucionalidad y por ende poder, es el reinado de la mujer. Este es el síntoma de la humanidad que, a decir de Heidegger, es lenguaje en su búsqueda irredenta ante el olvido del ser. Aquella esencialidad que derrapó en las costas griegas es la mejor invención del goce femenino, sexual y político y reside en el habla, en el habla sin comprensión, pero que ejerce poder, un poder sin finalidad ni sentido, pero poder al fin.

El malestar en los asuntos políticos

El título hace referencia a uno de los textos más logrados de Sigmund Freud. Con su poder de síntesis y su claridad conceptual, el texto habla de la finalidad del ser humano en su doble meta por alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento. Generalmente, se lo traduce como “malestar en la cultura o en la civilización” y, una conclusión de este, bien podría ser: lo que sacrificamos en pos de no sufrir y la pregunta de, si para evitar el dolor, no postergamos la felicidad. En nuestra política cotidiana sucede lo mismo: acaso a expensas de evitar caer en autoritarismos, en regímenes absolutistas, ¿no estamos absteniéndonos de tener o de exigir una democracia más representativa? En tiempos en donde la Nación comenzará, por intermedio de su secretaría o dirección de asuntos políticos, a consultar a la clase dirigente o al círculo rojo acerca de esto mismo (es decir, por qué o cómo reducir el malestar que la política sigue generando en la ciudadanía), tenemos la necesidad de hacerlo aún más público y, por ende, publicable.

Para los que no son lectores especializados y para ciertos incautos, aclaramos que lo que citamos a continuación no quiere, ni tiene por objetivo, destacar lo sustancial del texto de Freud, sino lo que consideramos que es atinente a lo que deseamos transmitir en el artículo. Freud se pregunta y pregunta: “¿Por ventura no significa nada el que la Medicina haya logrado reducir tan extraordinariamente la mortalidad infantil, el peligro de las infecciones puerperales, y aun prolongar en considerable número los años de vida del hombre civilizado? A estos beneficios, que debemos a la tan vituperada era de los progresos científicos y técnicos, aun podría agregar una larga serie -pero aquí se hace oír la voz de la crítica pesimista, advirtiéndonos que la mayor parte de estas satisfacciones serían como esa «diversión gratuita» encomiada en cierta anécdota: no hay más que sacar una pierna desnuda de bajo la manta, en fría noche de invierno, para poder procurarse el «placer» de volverla a cubrir. Sin el ferrocarril que supera la distancia, nuestro hijo jamás habría abandonado la ciudad natal, y no necesitaríamos el teléfono para poder oír su voz. Sin la navegación transatlántica, el amigo no habría emprendido el largo viaje, y ya no me haría falta el telégrafo para tranquilizarme sobre su suerte. ¿De qué nos sirve reducir la mortalidad infantil si precisamente esto nos obliga a adoptar máxima prudencia en la procreación; de modo que, a fin de cuentas tampoco hoy criamos más niños que en la época previa a la hegemonía de la higiene, y en cambio hemos subordinado a penosas condiciones nuestra vida sexual en el matrimonio, obrando probablemente en sentido opuesto a la benéfica selección natural? ¿De qué nos sirve, por fin, una larga vida si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos que sólo podemos saludar a la muerte como feliz liberación?

Parece indudable, pues, que no nos sentimos muy cómodos en nuestra actual cultura, pero resulta muy difícil juzgar si los hombres de antaño eran más felices, así como la parte que en ello tenían sus condiciones culturales”.

Una frase metafórica que podría resumir lo que se expresa es la que incluso se utiliza mucho en el ámbito político: “Prefiero ser cabeza de ratón antes que cola de león”. Esto se materializa en innumerables agrupaciones o conjunto de personas que, en vez de integrar colectivos políticos, crean sus propios vehículos electorales para luego, finalmente, estar integradas en una alianza, pero a través de un acuerdo que las tiene como miembros formales de una coalición política con identidad propia y espacio determinado.

Si se hiciera una encuesta (de la forma que fuera y con los casos que se les ocurriera a quien fuera) y se le preguntara a los correntinos (capitalinos, de los parajes, de los setenta municipios): “¿Podría decirnos el nombre de todos los partidos políticos de la provincia?”, en ningún caso o en el 95% de los casos se podría responder acertadamente. Es más, seguramente el único o los únicos que podrían responder con exactitud serían los que están en el juzgado electoral, y dentro de ese juzgado, el juez y el secretario deben ser las dos únicas personas del millón de correntinos que sabrían responder esta consigna.

No se trata de un dato de color, se trata de un punto de inflexión que bien debiera ser de análisis para todos los que, desde algún costado, tenemos que ver con la política pues, al parecer, de un tiempo a esta tarde, hemos decidido culturalmente que cantidad es igual que calidad, y todos los que o no habían participado o lo hubieron de hacer con experiencias poco afortunadas en los partidos de antaño, tenían que abrir sus partidos políticos, como quien abre un kiosco, un parripollo o un portal de noticias (con el mayor de los respetos a los que se dedican y nos dedicamos a esto). Pero en verdad, resulta peor. Es decir, abrir un kiosco, un parripollo o un portal requiere de cierto trabajo, de ciertos trámites insoslayables; lo del partido, además de copiar y pegar las cartas orgánicas y la presentación de firmas, no requiere mucho más, con el agravante de que en la Constitución Nacional se expresa que los partidos son pilares fundamentales de la democracia (artículo 38), más no así la Carta Magna, que no refiere a los parripollos, kioscos o portales. Si seguimos con el ejemplo, por más absurdo que parezca, es cada vez más real a medida que continuamos con el análisis: alguien tiene que hacer el pollo, comprar las golosinas o subir las notas. En los partidos, solo existe la figura del presidente, o en verdad dueño, que negocia con los conductores de las alianzas a las que unirá su partido dado que, todo lo que le exige la ley de partidos políticos se realiza desde un protocolo que se completa en una redacción de Word (cursos de capacitación, rendición de gastos, etc.). Y por más que esto no pretenda ser, ni en lo más mínimo, una denuncia, la prueba irrefutable es lo que se preguntaba al inicio: nadie sabe cuántos son los partidos de la provincia, quiénes son sus presidentes, qué propuestas poseen, qué ofrecen a la comunidad, qué hicieron o qué dejaron de hacer. Eso sí, para el cumplimiento de plazos electorales, allí surgen los dueños de estos sellos de goma, que en muchos de los casos se ganan, de carambola, calentando cabezas o vendiendo humo, un lugar expectable en las alianzas que suscriben.

Aquí aparece otra de las pruebas irrefutables de este malestar en la política. Estos supuestos partidos surgen porque no tenían espacios en los denominados “grandes” o “preexistentes” (cosa que tendría que ser analizada en forma apartada) o porque no veían representadas sus ideologías o posicionamientos. Sin embargo, siempre se terminan haciendo alianzas o dentro de alianzas en donde confluyen doce o trece partidos por un lado y otros tantos por el otro.

La política no puede ser banalizada como una oportunidad de negocios, como el agosto de un feriante y, en nombre de lo urgente, no podemos olvidar lo importante. La política merece que la pongamos en el lugar que alguna vez tuvo o, quizá mejor, tiene que estar por encima de las pillerías de los acróbatas de la viveza. Corremos el riesgo de dañar nuestro sistema democrático y representativo por no hacer el esfuerzo republicano de poner las cosas en su lugar. La política no tiene que estar al servicio de aves de rapiña del oportunismo. La política nos atraviesa por intermedio de ideas, de doctrinas, de proyectos, del ejercicio del poder, y de hombres y espacios en donde la idea es que se comprenda esto mismo como la combinación perfecta entre ciencia y arte. El resto no debe quedar como anécdota de color o elemento para cambiar alguna vez. Tenemos que ir por ello, de lo contrario, estaremos cayendo en el autoritarismo de las formas que no replican o no muestran la realidad tal como es; y para vivir con miedo, condicionados o con temor a, es preferible usar la herramienta de transformación que es la política para cambiar desde la política, para intentar hacer el bien o mejorar, por más que no lo consigamos.

Pornosofía: sincretismo entre filosofía y sexualidad (ejercicio que evita que seamos follados por la política)

Sí coincidiéramos con el Marqués de Sade en que las prostitutas son las únicas filósofas auténticas, deberíamos ir en su búsqueda, dado que, desde hace un tiempo, no las encontramos más en los burdeles ni en las calles, ya que continúan siendo perseguidas por su ejercicio. Lo son desde tiempos inmemoriales y, ahora, son confundidas por quienes las capturan como esclavas sexuales. Que atesoren el filosofar puede ser, incluso, más cuestionable; pero si intentamos definir qué es el filosofar, probablemente el camino se nos allane. El amor a la sabiduría, tal como lo indicaría la definición etimológica, nos puede dar una pista. Las prostitutas, insistimos, las auténticas, trabajan con la esencia, con la materia prima del amor, que es lo sexual.

La insensatez, sobre todo política, de amar a la sabiduría, sirve en un espacio acotado de tiempo. Lo mismo pasa con las personas que dicen amarse: firman un contrato (matrimonio) y se someten a convivir como si esa sensación (la mayoría de las veces, sexual) perdurara infinitamente en el tiempo. Los que decían amar a la sabiduría, les sirvieron políticamente a sus respectivas sociedades; fue el caso de Sócrates y el de Platón. Luego, esa imposibilidad de seguir amando (es decir, al principio, al legitimarlas bases de lo político, ese amor era reluciente, real y útil), generaba que cuestionaran aquello que habían ayudado a construir; por eso, uno terminó suicidándose; el otro fue vendido como esclavo. No podían amar lo que había sido modificado, pero tampoco, como filósofos, podían dejar de amar esa búsqueda del saber. Aquel que contrae matrimonio con quien dice amar, siente, en un determinado momento, que esa sensación primigenia se ha modificado (otro de los aspectos constitutivos de lo sexual, en relación a lo amoroso, es la idea de perpetrar sempiternamente los pocos segundos que dura un orgasmo); por esa causa, se cuestiona si debe romper el contrato o continuar con un amor que pasó a ser otra cosa. Las prostitutas, profesionales de la sexualidad, son las que conocen, mejor que nadie, el momento exacto en que la verdad se transforma en mentira; saben cómo no caer en el matrimonio y cómo fijar un límite cuando lo necesario y conveniente se vuelve peligroso (lo que le ocurre a los filósofos).

Etimológicamente el porno, la pornografía, es lo que se escribe acerca de las prostitutas. El concepto de “pornosofía” alude a la sabiduría que podría estar detrás de quienes

atesoran esa actitud ante la vida de defender lo que creen o sienten como cierto. La raíz griega de este término implica lo absoluto; es ahí en donde encontramos un nuevo hermanamiento entre filosofía y pornografía: detrás de nuestra construcción conceptual de la pornosofía. El “pornósofo” debe ir detrás de lo auténtico, de ese absoluto en el que creé y por el que se guía su yo en el mundo. “Pornosofar” es ser auténtico también en el pensamiento; debemos reconocer que siempre pretendemos que pase algo con lo que pensamos: debemos convencer, conquistar, lograr que nos den dinero, que nos rindan pleitesía y, así, tener más sexo a partir de eso.

Lo singular es que, hoy en día, tanto a la filosofía como a la pornografía —padre y madre de la pornosofía— les está ocurriendo lo mismo: no terminan de morir y vegetan en la inanición de haber sido, en su momento, interesantes formas disruptivas del orden establecido. La filosofía ha dejado, hace siglos, una amenaza para las mentes más acomodadas; en lo mejor de los casos, devino en un pasatiempo. Filosofar es una jactancia literaria; en cambio, “pornosofar” es una obligación para quienes tienen la posibilidad de hacer sinapsis. La pornografía le ha dado paso al sexo plástico que se viraliza en las redes sociales y que se impone como regla. Es la cosificación, no de un género, sino de una condición: la del pobre o del menos pudiente. En el reinado de la estética, que impuso operaciones y resultados de quirófano, la pornografía perdió su capacidad de escandalizar. La pornosofía llega, como todo hijo, no para la superación de sus padres, sino para el rescate de sus memorias, de aquello que, como reliquia, conocemos como filosofía y pornografía.

Los hombres temen al pensamiento más que a cualquier otra cosa en la tierra, más que a la ruina, incluso más que a la muerte. El pensamiento es subversivo y revolucionario, destructivo y terrible; el pensamiento es despiadado con el privilegio, las instituciones establecidas y los hábitos confortables; el pensamiento es anárquico y sin ley, indiferente a la autoridad, despreocupado de la acreditada sabiduría de las edades. El pensamiento escudriña el abismo del infierno y no teme. Ve al hombre, esa débil partícula, rodeado por insondables profundidades de silencio; sin embargo, procede arrogante, tan impertérrito como si fuera el señor del universo. El pensamiento es grande, y veloz y libre, la luz del mundo, y la principal gloria del hombre... Pero para que el pensamiento llegue a ser posesión de muchos, no privilegios de unos pocos, debemos eliminar el temor. Es el temor lo que contiene a los hombres, el temor de que sus acendradas creencias resulten engañosas, el temor de que las instituciones por las que viven resulten dañinas, el temor de que ellos mismos resulten menos dignos de respeto de lo que habían supuesto que era... Es mejor que los hombres sean estúpidos, lerdos y tiránicos y no que su pensamiento sea libre. En efecto si su pensamiento fuera libre, podrían no pensar como nosotros. Y este desastre debe evitarse a toda costa... (Bertrand Russel, *Principies of Social Reconstruction*).

“Pornosofar” la política, follarla para que ella no nos folle; debemos quitarnos la dignidad evitando el virus que, con su miembro, la clase política, lasciva, nos intenta inocular para que nos quedemos en un paro tanto laboral como existencial.

El ser almibarado.

El almíbar es la sustancia que alumbra la sociabilidad del hombre. Tal como el líquido amniótico, o su predecesor o posibilitador, el semen, el almíbar también es una sustancia viscosa, espesa, pegajosa y gelatinosa, a diferencia de las primeras dos mencionadas, hasta ahora nunca analizada, en el sentido lato del término, que posibilita en este caso, que el sujeto, construya su yo simbólico, mediante el atesoramiento de

situaciones placenteras, que necesitan ser cosificadas, materializadas en números dulces, redondos, empalagosos, gozosos, que impiden la posibilidad, a quién queda embalsamado en tal puro placer, en determinarse en el deseo y la realización del mismo, o su camino hacia. El almíbar, como sustancia constitutiva, esconde tras su aparente bonhomía, el poder destructor de perforar, de atorar, de sepultar de una única sustancia al sujeto, encerrándolo en el plano de lo real, en donde consigue lo que quiere, el simple gozo, a costa de obturarle la posibilidad de seguir deseando y con ello de seguir siendo humano al sujeto encantado, que de esperma pasa a amniótico para terminar almibarado.

En este ciclo circadiano, el sujeto, deja de ser tal, y sólo se constituye en un mero ser biológico, en donde, a lo sumo será contemplado como tal, y en el mejor de los casos, tratado biopolíticamente, pero no subjetivamente, pues petrificado en tales líquidos, conservados en sus distintas espesuras, no se da la posibilidad de ser tal.

Sí bien, y tal como magistralmente lo detallara Jacques Lacan, con la metáfora de los nudos de Borromeo, cortando uno de los mismos se cortan los restantes, o como en la cinta de Moebius, partís de un lugar le das la vuelta y vuelves al mismo lugar de donde saliste pero desde otro lado, la cuestión nodal, de nuestras democracias occidentales actuales, se puede apreciar más evidentemente desde este pliegue, desde esta perspectiva que se asoma desde lo almibarado de nuestra sociabilidad.

Bien podría decirse que el clivaje, para no ser traumática la escisión del hijo con la madre, debe realizarse almibaradamente, es decir, es el momento en el que irrumpe la sustancia, sustitutiva o complementaria de lo amniótico y seminal, mediante el rol paterno. Así como la prohibición del incesto es el principio de autoridad que trasciende la cuestión de género, e instaura un padre regulador, una regla que se masculiniza dado que en última instancia puede echar mano a la violencia instintiva para justificarse, a lo largo de nuestra historia el símbolo que logramos conceptualizar para cumplir o no cumplir una aceptación social, es el dinero, el billete, la teca, el contante y sonante, la tela, la lana, la mosca, la biyuya, la lata, la papota, la tarasca, o como lo quiera denominar. Esto es ni más ni menos que las distintas denominaciones en las que se desplaza la entidad simbólica de lo almibarado. La regla pasa a ser social, el padre, en su rol, no sólo que copula con la madre, que se sostiene en la prohibición del incesto, sino que además es el que consigue el dulce, el almíbar, la libada, la tajada, la porción de la torta, como también se expresa metafóricamente, en el accionar arquetípico de la succión que es en el plano individual y que en el plano social es la dinámica de la exacción. Las disputas últimas en relación a las preponderancias en cada uno de los roles desarrollados por géneros (hombre, mujer), no tienen que ver precisamente con la cuestión señalada del rol, que es precisamente la constitución predeterminada, como lo es, el juego, que encajan perfectamente como lo señalamos, o lo hubo de señalar el Lacanismo, con las figuras de Borromeo y Moebius, en las oscilaciones, que aportamos desde estas sustancias que no sólo han sido constitutivas (de hecho la vida misma proviene del agua y sin ella no sería tal) sino que lo siguen siendo, no solo a nivel individual, sino también social.

Este almíbar que permite la sociabilidad, que le garantiza al padre que se cumpla la ley de prohibición del incesto y con ella, todas las otras leyes que los padres simbólicos, mas luego dictaminan, a través de la política, debe ser en un proceso razonable de tiempo, escindido, nuevamente accionado el clivaje, para que el sujeto ya adulto, ya sujeto político, pueda experimentar la libertad, individual como política.

En estos períodos, es cuando la humanidad experimenta sus procesos de radicalidad cambiante, los llamados procesos revolucionarios, que son por lo general, en su mayoría, sangrientos, violentos o dolorosos, precisamente, porque prescinden del dulzor, se limpian de tanto almíbar y el descarnamiento, produce esta sensación de incertidumbre y desamparo, además de culpa y temerosidad de transgredir la regla de no tener regla y que todo valga (hasta en ese imaginario imposible el incesto y esto es lo que vuelve impracticable por mucho tiempo los periodos o momentos acotados de anarquía).

La filosofía así como la psicología para el individuo que busca o se busca en tal exploración de las palabras, se convierte en descarnada, en inservible, en impracticable, en enemiga de las cosas serias, de lo hacendoso, de lo importante, cuando se acendra en esta búsqueda que no es de lo verdadero, sino de lo descarnado, de lo enojoso, de lo despresurizado de las vainas de mielina en que se recubre el sujeto social, como para no sufrir, o para no temer.

La filosofía se transforma en un elemento a ser obviado, en ser encaramado en el almíbar de lo académico, de sus vanidades y complejidades, por un poder que está en uso de sujetos que no pueden, ni se animan a verse en su verdadera dimensión.

Los seres almibarados que construyen el gozo de que habitemos en un pacto social que siempre es perfectible, nos ofrecen más dosis del mismo producto, lo cual nos dispara a un paroxismo social que cada tanto, retorna, a un punto cero. En verdad al mismo punto como la cinta de Moebius, o se desatan todo los nudos, al desatarse uno, como los de Borromeo.

Sólo nos queda determinar en qué momento estamos, sí más próximos a barajar y dar de nuevo, de soltarnos de tanto almíbar, o aún resta para ello. Esta es la explicación de porqué, es el síntoma, de la importancia que cobraron los adivinadores modernos, los que auguran. Los encuestadores, los pronosticadores o gurúes de lo metodológico que nos dicen quiénes ganaran la próxima elección para que luego, tal resultado sea explicado por los comunicadores o analistas de tal fenómeno.

Esta es la razón, por la que cuando hablamos de la sinrazón de la razón entronizada, almibarada, aplacada por esta erupción de glucosa, los medios y canales se cierran a que estos planteos puedan circular con fluidez.

Somos seductoramente encantados, por quiénes decimos criticar, en tal lecho empalagoso, en donde dulcemente hemos rubricado la complicidad almibarada, seguramente, en un lento y progresivo camino sin retorno a una letanía de la que implosionará un nuevo orden que se ajuste a nuestras demandas como a nuestros límites que recorreremos y recurrimos, una y otra vez, pero desde lugares distintos y con sustancias diversas.

La selfie o el otro estadio del espejo en tiempos democráticos.

“El sentido es justamente lo que no es provisto por sí mismo, sino por lo otro; es en eso en lo que la metafísica, que busca un sentido más allá de las apariencias, ha sido siempre una metafísica de lo otro” (Rosset. C. “Lo real y su doble”, Libros del Zorzal. Buenos Aires. 2016. Pág. 79) ¿Qué buscamos al retratarnos mediante instrumentos inteligentes para luego multiplicar tal toma en las redes? ¿Acaso nos hemos detenido a

preguntarnos acerca de esto? ¿Acaso nos preguntamos? ¿Cuánto de nosotros, es decir en concerniente a la toma de decisión, no le hemos cedido automáticamente, al apéndice instrumental que nos retrata una y otra vez, en un automatismo funcional que nos condiciona, tal vez a que no nos preguntemos, a que no nos cuestionemos, a que no pensemos, ni sintamos, sino que simplemente exterioricemos, que posemos, que vivamos en el postureo para haber pasado a ser ese otro de nosotros traducido en una interfaz o pantalla? “Privada de inmediatez, la realidad humana, queda naturalmente privada también de presente, lo cual significa que el hombre queda privado de la realidad a secas, si hemos de creer lo que dicen los estoicos, uno de cuyos puntos fuertes fue afirmar que la realidad sólo se conjuga en el presente. Pero el presente sería demasiado preocupante si no fuera más que inmediato y primero: sólo es abordable por medio de la representación, luego según una estructura iterativa que la asimila a un pasado o a un futuro en favor de un ligero desfase que corroe su insoportable vigor y únicamente permite su asimilación bajo la forma de un doble más digerible que el original en su crudeza primera” (Ibídem. Pág. 67)

Recurrimos a la teorización Lacaniana acerca del estadio del espejo: “Al ocurrir el estadio del espejo el infante deja de angustiarse de sumo grado ante la ausencia de la madre, pasando a poder regocijarse percibiéndose reflejado, y, sobre todo, dotado de unidad corporal, de un cuerpo propio (al que identificará con "su" yo). El regocijo experimentado al observar su imagen es también un primer momento de sentimiento de placer con su cuerpo, sin la directa asistencia de la madre. Así el estadio del espejo revela la configuración del yo del sujeto. Como para que tal haya ocurrido ha sido menester el estímulo externo desde un semejante, Lacan deduce de allí que, en principio, inicialmente, todo yo es un Otro. Pero el estadio del espejo por sí solo, con la implicación de la madre o la función materna, no resultan suficientes para la subjetivación. Lacan deduce luego que se requiere un tertium, un tercero. Es la función paterna la que permitirá mantener la noción de unidad corporal del sujeto y luego el desarrollo psíquico que deviene a partir de esta primera percepción de unidad”.

La representación de nuestro yo, la segunda instancia, o para hacerlo algo complejo, lo otro de nosotros mismos, está en eso que dejamos de ser, en la traducibilidad de la selfie, de la toma, que nos toma, el artefacto, que nos ha enajenado, que tal como se profetizaba en diferentes películas desde “Al morir la noche” de 1945 hasta nuestros días, en aquella el muñeco domina al ventrílocuo en las actuales las computadoras o la inteligencia artificial, nuestro mundo o lo que hemos dejado que suceda con él, la dejar de intervenir en el mismo como nosotros mismos.

La retratación sistémica, la iteración de la selfie, no sólo que nos conduce a la afirmación psicoanalítica de la constitución del yo como otro, realizada en aquel primer estadio del espejo en la niñez, sino precisamente, en nuestro retorno, gozoso que se traduce en que pretendamos obtener los comentarios o las implicancias al socializar las selfies o autorretratos que nos toma el teléfono inteligente.

Es decir, tal como en la niñez, frente al espejo, la autopercepción nos brindó el reconocimiento del gozo, sin intermediación sobre todo materna, en la adultez, supuesta, ese otro en que nos traducimos, en que nos representamos, vuelve, mediante el comentario (sea positivo o negativo) el me gusta o todas las opciones de respuestas que brinden las distintas redes sociales a las que el teléfono móvil (como una suerte de padre autoritario o narcisista) dispara al compartir nuestro acto gozoso, del autorretrato, la selfie o la foto.

Políticamente, dado que lo está en cuestión o en juego, es sí estamos eligiendo lo que nos sucede, tal como creemos elegir un gobierno o a nuestros representantes, el retrato, de lo que no somos, es decir la promesa, lo imposible de lo democrático, precisamente, funciona en ese no cumplimiento, en esa no realización. No constituimos un gobierno ni del pueblo, ni para el pueblo, sino una entelequia como doble, que sin embargo, es todo eso y más, la festejamos, la simbolizamos en el ejercicio electoral, la convertimos en fetiche. Las elecciones que se llevan a cabo en distintas partes del mundo, son las selfies, las fotos que socializamos, la imagen que nos da gozo de lo que supuestamente somos, a sabiendas de que no lo somos. Nos ha dejado de importar que nos importe ser, ahora nos alcanza con vernos, más allá de cómo, cuando, donde y porque, consiguientemente nos importa nada, quien nos gobierne, como, cuando y porque. Tal vez, este segundo estadio del espejo, de habitar dentro de la interfaz, de habernos convertido en ese doble, nos evite la angustia de la muerte, no por nada tenemos gobernantes que nos dicen amar y trabajar por nuestra felicidad. No se trata de creer, sino de sentir, hemos dejado de desear para obtener el goce, a como dé lugar y esta es nuestra gran tragedia en sí misma, a la que no podemos escapar desde la condición del doble, del autorretrato, del democrático supuesto.

De las mujeres de la asamblea de Aristófanes a las actuales del capitalismo.

La obra “Las asambleístas o las mujeres de la asamblea” trata sobre un grupo de mujeres encabezado por Praxágora, que ha decidido que las mujeres deben convencer a los hombres para que les cedan el control de Atenas, pues ellas podrán gobernarla mejor que como lo han hecho ellos. Las mujeres disfrazadas de hombres, se cuelan en la asamblea y votan la medida, convenciendo a algunos hombres para que voten por ella debido a que es la única cosa que no han probado aún. Las mujeres instituyen entonces un gobierno protocomunista en el que el estado da alimento, hogar y cuidado en general a todos los atenienses. Imponen una idea de igualdad permitiendo que cualquier hombre duerma con cualquier mujer, con la condición de que lo haga con una mujer fea antes de poder hacerlo con una guapa. Esto refleja un punto de vista común sobre las mujeres de la época; dado que nunca poseían nada y tenían que compartir todo, era más probable que las mujeres quisieran poseer cosas comunamente. La igualdad obligatoria también es en cierta forma una declaración política además de social. Tras la oligarquía gobernante que siguió al fin de la guerra, los atenienses hicieron valer su democracia e igualdad con mucha fuerza, hasta el punto de que, aunque era una clara exageración, la obra dejó seguramente clara su opinión sobre la excesiva democracia. (Síntesis de Wikipedia).

Para discutir lo que no tiene discusión, que el actual sistema político-social-económico, debe ser modificado para ser más realmente democrático e inclusivo, debemos adentrarnos en una discusión sucedánea o secundaria, que ha postulado, erróneamente, que este sistema dimana de una lógica patriarcal de rasgos de la más recriminable de las expresiones machistas. En verdad el “dominio” conceptual lo poseen quienes tienen útero, matriz o histeria. Creemos poder observarlo, a decir de Lacan, solamente como síntoma, para analizar el también “no todo” del poder. El hogar, la familia, el trabajo, e instituciones que se desprenden de tales definiciones, son las elecciones por las que mayoritariamente se definen quienes nacen con la posibilidad de concebir en su vientre otro ser humano. El hombre sin embargo, es más penosamente práctico, el hombre obedece, a sus instintos, o a la expectativa que le genera alguien más astuto e inteligente, que por deducción es la mujer, quién lo impele a que deje las aventuras de las incertidumbres, lo apresa en el hogar, en su vientre, en la comunidad, en lo laboral,

en lo democrático, en la virtualidad de la televisión, de las redes sociales, bajo el talismán de sus tetas o culos, sean propias, prestadas a colegas del género o cooptando el transgenero incluso, en un rol de mandantes, que lo hacen sin dar cuenta de que mandan, poniéndose para evitar dar luz de esto, en ciertos fangos de una mártir y heroica y “victimidad”.

No es casual que citemos una obra de Aristófanes, el mismo autor fue el artífice de Lisístrata (en griego Λυσιστράτη “la que disuelve el ejército”) que describe la primera huelga sexual de la historia llevada a cabo por mujeres y que fue representada por primera vez en el año 411 a.C. La misma surge para criticar las malas artes o la mala conducción política, realizada por hombres, constituyéndose además en un método de protesta o de presión que continuó a lo largo del tiempo y que resultó muy efectivo para destrabar conflictos de proporciones a lo largo y ancho del mundo. Bien podríamos, desde la perspectiva masculino, seamos quiénes por primera vez iniciemos una huelga, preservando los cuerpos para evitar el contacto físico con fines sexuales o amorios, hasta tanto y en cuanto la política demuestre su rostro humano y mes a mes, demuestre en cada una de las aldeas en donde impera que ha reducido sus índices de pobreza y marginalidad, como para dimensionar una problemática de lo humano que constituye en la actualidad, el gran tema del que aún no hemos expresado método plausible alguno, para constituirnos en seres que nos preciamos de batallar contra lo que nos determina como seres no solo imperfectos, sino fronterizos con la expresión acabado de lo indigno e innoble.

El goce falocéntrico (lo expresamos también, en otro artículo que dimos en llamar “La fase del falo debiera ser la fase de la vagina. Deconstruyendo a Freud”) eyaculatorio, es patrimonio, o mejor dicho potestad del hombre, que puede compartir acres con su coyuntural acompañante, que bien puede ser mujer, pero de lo que se desprende del acto sexual, lo que va más allá y construye, amor y más luego, institucionalidad y por ende poder, es el reinado de la mujer, el síntoma de la humanidad, que a decir de Heidegger, es lenguaje, en su búsqueda irredenta ante el olvido del ser, aquella esencialidad que derrapo en las costas griegas, es la mejor invención del goce femenino, sexual y político, que reside en el habla, en el habla sin comprender, pero que ejerce poder, un poder sin finalidad ni sentido, pero poder al fin.

Sí no fuese por todo lo que logra la mujer después que abrió la piernas, seguramente el hombre (en este caso entendido como el género masculino) continuaría la zaga de aventuras bélicas, como las que forjaron nuestra historia, y que de un tiempo a esta parte, devinieron en los combates a control remoto, las simulaciones tan bien narradas por Baudrillard, que constituyen nuestro actual mundo post, ya ni siquiera post-moderno, sino post como apocope de posteo, en la batalla virtual, en la que se dirimen los conflictos por tener mayores me gusta, en esta suerte de cosificación viscosa en la que parece sumergirse la mujer, para que el hombre crea que la somete, cuando en verdad si quiera se pregunta si su vida de sábados y domingos de futbol y el resto de la semana de oficina, con el crucifijo en el zaguán no constituyen una suerte de presidio que lo resguarda de la aventura de lo incierto, de los combates de otrora, en donde entre tanta guerra, compartía lechos con los propios, poniendo en riesgo con ello, es decir jugándose en los extremos del Eros y el Tanátos, la continuidad de la especie, algo que sin duda y nos guste o no, se lo debemos a la mujer, que envestida, o arropada en este poder, ha usado al hombre para hacernos creer que podemos tener dominio por sobre lo público o decisión de lo político.

Sí la adopción del sistema político-social actual, tiene algún rostro de género, una referencia a una forma de entender la perspectiva de lo humano, está más cerca de serlo desde la mirada femenina, la que aboga por institucionalidad, acumulación y conservación de las cosas dadas.

El comunitarismo que proponía en su obra Aristófanes, a decir de Derrida, no sólo sería un falogocentrismo, sino que además no se corresponde en la lógica de un entendimiento de lo femenino.

Lo expresamos en otro artículo que referencia conceptos concordantes “¿Dónde Coño está el Chumino?”: Abrirnos, como lo hacen las vaginas, es el camino de nuestro ser en el mundo (para ponerlos en los términos de quién acuño el olvido del ser, el *dasein*). El diagnóstico, al menos de lo que transmiten los medios de comunicación y otros circuitos de poder, es desolador. A los Chuminos se los mata, se los obtura por su condición de tal (femicidios). En esta lógica de lo violento, o se lo envidia, o no se lo comprende y por ende se lo agrede al punto del exterminio. Muchas de las reacciones, culturales y llamadas de género, surgen como una especie de reacción a la agresión fálica. Desde esas vaginas, con la autoridad de tales, la pervierten en su significancia conceptual. La cierran, la ocluyen, bajo argucias de contrarrestar la incomprensión que genera la vagina en muchos, o la envidia de tal, parapetándose en acciones netamente falogocéntricas, proponiendo con ello que en vez de girar por un pene lo hagamos por una vulva.

Lo expresa contundentemente Mauro Farnesi Camellone, en su artículo, “Filosofía y escritura en el Platón de Leo Strauss”: Para Strauss, la posibilidad misma de filosofar reside en el hecho de tener siempre presente esta superficie, en un estado de permanente apertura, condición originaria del ejercicio filosófico. Si se afronta este concepto de «apertura» considerándolo como metáfora que figura la superficie del mar, se advierte la presencia de Nietzsche en el fondo de estas reflexiones straussianas: «El mar, nuestro mar, está ante nosotros, tal vez nunca ha habido un mar tan abierto». (F.W. Nietzsche, *La gaia scienza*, en *Opere di Friedrich Nietzsche*, a cura di G. Colli, M. Montinari, Adelphi, Milán 1964-1982, vol. V, tomo II, § 343, p. 204); importa subrayar cómo esta apertura se da, en este nivel de los escritos nietzscheanos, en el horizonte señalado por el anuncio de la «muerte de dios» (cf. § 125, pp. 129-130). Pero la referencia a este «espacio» está ya presente en Nietzsche antes de la declaración explícita de este anuncio: « ¿Y dónde queremos llegar? ¿Más allá del mar? ¿A dónde nos arrastra esta poderosa acidez, más fuerte que cualquier otro deseo? ¿Por qué precisamente en esa dirección, hacia donde hasta hoy se han puesto todos los roles de la humanidad? ¿Tal vez un día se dirá de nosotros que, volviendo la proa a occidente, también esperábamos alcanzar unas Indias, pero que nuestro destino fue naufragar en el infinito? O bien, ¿hermanas? O bien». (Aurora. *Pensieri sui pregiudizi morali*, en *Opere*, vol. V, tomo I, § 575, p. 269). Una imagen parecida del concepto de «espacio abierto» mostrada como referencia a la superficie del mar se puede encontrar en P. VALÉRY, estrofa n° 23 de *El cementerio marino*. (Revista. *Res publica*, 8, 2001, pp. 42).

El acto más revolucionario, entendido como un accionar positivo para una humanidad que no se divida en géneros, o que se divida pero con el respeto integral de los mismos, es que desde lo femenino se nos puede alumbrar un sistema más semejante al trazado por Aristófanes en su “Asamblea de Mujeres” que para estudiosos como Strauss poseían cierta semejanza con el gobierno de los más sabios platónico. Tal vez la sabiduría de la mujer no deba ser conceptualizada como algo cercano a su útero, sino lo que sale de sí, que es todo aquello que significa humanidad, independientemente del nombre y de la

forma que represente cosa distinta a lo que es en su dimensión más exacta de lo humano. Sería propicio que desde lo femenino se hable de esto mismo, de lo político en cuanto tal, y desde lo masculino, escuchemos aceptando que no tenemos todas las herramientas como para interceder en un plano que no sea el del trazo grueso, de lo teórico, o de la implementación más directa y rudimentaria, pues en lo estratégico y táctico impera la mujer, en un mundo, que de ser a imagen y semejanza de ella, debiera ser mucho mejor de lo que ha sido y es.

¿Dónde Coño está el Chumino?

El falogocentrismo (sobre todo occidental, europeo, franco-alemán) que nos conmina a pensar desde la posición dominante de lo masculino (como reverbera Derrida) en la construcción del significado, debería ser rodeado, deconstruido, desde la aporético (irresoluto, por ende incierto y dudoso) de lo conceptual. Es decir pensar, intuir o sentir, que la idea de un dios (o creador) tenga que ver con lo masculino, cuando en verdad y desde el sentido común, sí necesitamos construir una referencia teleológica, que nos brinde las certezas de las que carece lo humano, obligadamente, debe ser pensada, intuida y razonada como algo vinculado a lo femenino. Lo femenino no en su genitalidad, sino en lo iniciático, en lo basal, en lo obviamente primigenio que significa y representa la vagina, la vulva, el coño, la concha, la argolla, el hachazo, la cajeta y todos y cada una de las formas determinadas por el falogocentrismo en que se nombra o se designa el órgano sexual de la mujer. Sin que esto pretenda ser una arqueología conceptual, en verdad lo pretende ser, encontramos en la designación de “Chumino” que al parecer se dio en Andalucía, cuando los marineros angloparlantes preguntaban a los trabajadores sexuales, en su lengua, por sus servicios y estas, en el romancero poético de tal espacio de la península ibérica, renombraron la frase de los marineros, reduciéndola al término “Chumino”. A diferencia del coño que de acuerdo a su etimología deviene más luego en hasta una relación con el conejo (se sospecha que de allí la imagen por parte de una marca sexista, falogocéntrica, como pocas, que divulgó al conejito como el símbolo de la mujer reducida a objeto sexual) como la concha, referenciada en el exoesqueleto de ciertos moluscos, el chumino es lo que el hombre desea de la mujer, renombrado o establecido desde su semántica, por la inventiva, creatividad y sarcasmo de las propias mujeres que no entendiendo el idioma de aquellos marineros entendían perfectamente lo que los marineros creían.

Esta es la instancia, la imagen, el momento, la situación, la trama, que como eterno retorno, o como la piedra de Sísifo, cae una y otra vez en el mismo lugar.

En la impetuosidad, en lo rudimentario, hasta en lo tosco y ciertamente violento (hablar con el idioma de uno en un sitio en donde no se habla ese idioma es; o estúpido o abusivo) de la acción de los marineros, la gran mayoría de los que portamos falo (aún lo dimensionamos al falo de esta manera, como un elemento de portación, como un arma) nos detenemos en esa demanda, orgánica y primigenia, de saciar la necesidad de depositar nuestros efluvios en el coño que más rápido se nos abra.

La mujer, como aquellas trabajadoras sexuales andaluzas, lo sabe. Al Chumino no se lo piensa, se lo consume. Aquí es donde la trampa nos iguala, lastimada, cosificada, reducida a su agujero, la mujer empoderada (sobre todo si tiene el semen adentro, es decir la continuidad de la especie) construye su venganza como una suerte de obra arte, fecunda en astucia, especulación y creatividad. Dentro de esta lid, de esta disputa, de esta confrontación en que hombres y mujeres transforman la experiencia humana, lo que

se pierde, lo que perdemos, es pensar al chumino en su término propicio, en su lugar privilegiado en el mundo.

Podríamos caer en la tentación de afirmar, que hemos caído en “el olvido del Chumino”, desandando un sendero ontológico y con ello la exploración de toda una posible corriente filosófica que genere vanos, como vanidosos oropeles en los siempre reducidos como elitistas círculos de la academia.

Sí algo de esto existe, el olvido del Chumino como posibilidad de pensar nuestro origen, en clave de haber salido de tal abertura, de que esa dimensión de lo que se expande, dilata, y que termina produciendo la posibilidad de sujeto, es, por la dinámica de los hechos, el mandato natural con el que podríamos hacer más digerible, más tolerable, más placentera y fecunda nuestra instancia en la tierra.

Abrirnos, como lo hacen las vaginas, es el camino de nuestro ser en el mundo (para ponerlos en los términos de quién acuño el olvido del ser, el dasein).

El diagnóstico, al menos de lo que transmiten los medios de comunicación y otros circuitos de poder, es desolador. A los Chuminos se los mata, se los obtura por su condición de tal (femicidios). En esta lógica de lo violento, o se lo envidia, o no se lo comprende y por ende se lo agrede al punto del exterminio. Muchas de las reacciones, culturales y llamadas de género, surgen como una especie de reacción a la agresión fálica. Desde esas vaginas, con la autoridad de tales, la pervierten en su significancia conceptual. La cierran, la ocluyen, bajo argucias de contrarrestar la incompreensión que genera la vagina en muchos, o la envidia de tal, parapetándose en acciones netamente falogocéntricas, proponiendo con ello que en vez de girar por un pene lo hagamos por una vulva.

El Chumino, dios en su imagen aperturística (incluso el mito Griego de la Creación, cuando Gea se desprende de Urano, permitiendo el “entre” cielo y tierra con la aparición de Cronos es decir la consecución de lo humano es una apertura en este caso también) de lo que surge desde las profundidades del agua, de la Pachamama o de los elementos de la naturaleza que fuesen, nos conmina a que pensemos, a que reflexionemos, a que entre todos podamos preguntarnos siempre que hacer.

El Chumino debe ser la referencia obligada para que nos preguntemos acerca de que pretendemos de nuestra humanidad. El Chumino tratado artísticamente (desde este humilde lugar trabajamos para situar en el mismo lugar en que se encuentra una vulva con una urna electoral, para hacerla una performance que inste a la ciudadanía a que piense la democracia en términos de apertura) debe ser una apelación a que la vagina, es algo que va mucho más allá de lo que representa, orgánica como sexualmente. No tiene lugar concreto (siquiera en los géneros), ni tiempos, ni nombres específicos. Habita en todos y cada uno de nosotros, necesita ser pensada en su naturaleza arquetípica y originaria.

Dios debiera ser mujer.

Dentro de no mucho tiempo, la perspectiva de género, arribará a las fundantes costas de la concepción teológica o de la religiosidad. Se exigirá que en todos los credos, la mujer no sólo sea comprendida y abordada en la misma magnitud que su par, el hombre, sino que asuma, las mismas funciones terrenales, hasta el momento y por sobre todo en los credos abrahámicos, privadas para los dotados de falo. Sin que la gesta, quede en

interrumpir en una misa o en cualquier acto litúrgico de cualquiera de las religiones monoteístas, exhibiendo senos al grito de “queremos sacerdotisas” (la estupidez no es privativa de un género), los actos fascistas (concepciones totalitarias, que promueven acciones selectivas, supuestamente en tren de objetivos nobles como la justicia) como escraches o amedrentamientos, debieran dejar lugar a espacios de reflexión y del intercambio de ideas, como por ejemplo, sostener o rebatir, la tesis que se presenta, que la idea de un dios, como de sus hijos o sucedáneos, tengan que ver con lo femenino y no con lo masculino, más allá de la cuestión de género, por cuestiones obvias y privativas de la condición humana.

No podemos pensar, intuir o sentir, que la idea de un dios (o creador) tenga que ver con lo masculino, cuando en verdad y desde el sentido común, sí necesitamos construir una referencia teleológica, que nos brinde las certezas de las que carece lo humano, obligadamente, debe ser pensada, intuida y razonada como algo vinculado a lo femenino. Lo femenino no en su genitalidad, sino en lo iniciático, en lo basal, en lo obviamente primigenio que significa y representa la vagina, desde esa imagen *aperturística* (incluso el mito Griego de la Creación, cuando Gea se desprende de Urano, permitiendo el “entre” cielo y tierra con la aparición de Cronos es decir la consecución de lo humano es una apertura en este caso también) de lo que surge desde las profundidades del agua, de la *pachamama* o de los elementos de la naturaleza que fuesen, nos conmina a que pensemos, a que reflexionemos, a que entre todos podamos preguntarnos siempre que hacer y porque no creer en dios como mujer.

Tras tanto tiempo, la necesidad hizo que develaran su poder, el poder al que tendrán que combatir con las armas que consideren.

En el fondo se dirime, una cuestión proverbial, antediluviana, sí es que la humanidad, merece, amerita, precisa, su continuidad (en los términos que se viene presentando) o sí se la aborta, y nos quedamos en lo que hemos sido y en lo que jamás pudimos ser.

Es una decisión que la debe tomar la mujer (entendida como concepción de pensamiento, como unidad conceptual), que quizá ya hubo de ser tomada, y que nos comunicarán cuando así lo consideren. Los machos fuimos una pesadilla que habitó, estructurado en el lenguaje inconsciente de la mujer, la breve como nefasta e intensa, abreviatura de una noche de mal sueño.

En el despertar de la mujer, el macho sólo existió en el sueño, ella tomará la decisión de seguir con la experiencia humana, a riesgos de otros dolores y experiencias que estarán más allá de su control, o abortará tal aventura, esta última es su completa y más radical decisión, sin que importen leyes, normativas, filosofías o moral, todos estos inventos también de su yo para retardar una indecisión, con la consabida angustia que genera la misma, que lleva miles de años.

El salirnos, de la vagina, y saber que vamos a retornar a ella, es toda la trama en la que constituimos nuestra experiencia humana, en donde en el medio, a los efectos de tapan, de llenar la angustia del horror al vacío que nos produce el agujero negro de esa vagina generadora, arrojadora, expulsadora, a la que finalmente, regresaremos, nos hemos servido del falo, del pene, como una suerte de antídoto, de talismán, de un dios de mentira, por haberlo masculinizado, y del que nos ayudó o ayuda, al letargo sempiterno del olvido de la vagina, la que como si fuese poco, además de hacernos los que nos hace, en caso de que queramos también nos puede otorgar un placer circunstancial,

propinándonos una suerte de borrachera que mitiga la angustia primordial, pero que no ayuda ni a resolverla, ni al menos a razonarla o pensarla.

Cuando comprendamos que en una concepción de dios, como sujeto no sujeto es decir de todo lo que no somos, necesariamente, debe estar vinculado con lo más ponderable de lo femenino y de tal referencia, nutrirnos, para tener una humanidad con mayor “sororidad”, entonces tal vez, sólo tal vez, nos sentimos, tanto frente a la muerte como frente a otro (que es estar frente a lo ausente o lo que no es nuestro ego) con la necesaria serenidad y paz, como para no necesitar de jardines edénicos que nos prometan, todo aquello que no pudimos lograr, porque estábamos pensando o diagramando un mundo, con una perspectiva más violenta, ruin o apocada.

Un desagravio a Egon Schiele, a la mujer y a la democracia.

“Quienes hacen política son los pueblos no los políticos” (Oscar Portela).

Producto de los acontecimientos públicos, como los no publicados, por parte de instituciones supuestamente culturales, que suprimieron los homenajes pautados y previstos para conmemorar al artista genial, Egon Schiele, desde el presente colectivo, proponemos a todos y cada uno de los que se han sentido directa como figurativamente afectados, que en todas y cada una de las aldeas occidentales, dispongamos de la forma que más se acomode a lo se crea y sienta la multiplicación de la siguiente performance o acting actoral; “La vulva democrática o de la urna electoral” ni más ni menos que un cuerpo de mujer, tal como los que pincelaba Schiele, y que ha sido prohibido o censurado en las plazas más humanistas de Europa, pero revestido de urna democrática, para que la protesta signifique también el reclamo a nuestros mandantes políticos y culturales, que democracia, y como si fuese poco a horas del día internacional de la mujer, es además de votar, el poder adornar las calles, artísticamente con el órgano o conducto mediante el cual todos provenimos a este mundo.

Dentro del campo del simbolismo, en la jornada electoral, el día de la votación, o la ratificación del contrato social que devino en instituciones democráticas, el factótum, por antonomasia, el objeto fetichista que define nuestra occidentalidad política, es la urna, el recipiente en donde, se nos invita a que penetremos en la ranura, para dejar, mediante sobre, papel o pantalla, estampado, el fluido, traducido en voto, el acabose de nuestras posibilidades de que nos gobiernen con un sentido de equidad y racionalidad. Esta metáfora, desnuda también nuestra cultura acendrada en valores machistas, en rituales fálicos, apreciando el acceso, la penetración, como sinónimos de imposición, de criterios discrecionales que condicionan la posibilidad de elección verdadera o de toma de posición en un ámbito de libertad. La rajadura, símil a la vulva, expuesta al público, dispuesta para que los ciudadanos, hagamos cola para penetrarla, es tal vez, la más bárbara como pornográfica, violación a nuestros propios derechos, que llamamos humanos.

En los tiempos actuales en donde remitir a una cita textual, es una invitación a que lo comunicado no sea leído más que por un puñado de seres exóticos, que por lo general, no escapan a la regla general de parcelar, de reducir a un gueto el posible conocimiento que obtienen de tales lecturas, obturando con ello la mejor de las posibilidades; la de pensar, agudizamos el método y remitiremos, en pleno apogeo de la imagen, al video clip, del cantante popular (con cierta tendencia de ser clasificado como un artista con compromiso social) “Residente” quién en su trabajo audiovisual Somos Anormales, inicia la filmación con un huevo que dentro tiene una mujer, que se abre de piernas,

dejando ver su vulva, que comienza a parir, o escupir, seres humanos, ya adultos, de diferentes composiciones genotipales.

Hablar de la imagen o de superproducciones cinematográficas en relación a lo filosófico, es el último grito de la moda, o el estertor del pensamiento, encabezados por autores afamados como los caso de Zizek, que no deja película a la que no filosofe o quiénes hicieron lo propio con los superhéroes (Libro de Morris, T) o Star Wars (Libro de Irwin, W).

La filosofía a medida que se corre de los programas educativos, va ocupando el espacio perdido, en set de televisión, en espacios que no le han sido asequibles, pero que en tal dificultad puede encontrar su gran desafío de constituirse en vez de en un discurso del poder, en un lenguaje del entendimiento.

La política, al posicionarse desde sus definiciones perspicuas, debe encontrar un plafón aún más amplio, que integre, incluye y forme desde lo filosófico, para luego, ejercer una dimanación natural de lo constituido, en canales, como la expresión, la manifestación y las superproducciones. Par esto, es indispensable que se trabaje sobre los símbolos, de aquí y no por la siempre seductora posición irreverente de provocar, es que se decidió hacer emerger, socializar, la manifestación clara y contundente que tiene la figura de la urna, su rajadura, como la vagina jugosa y presta a ser penetrada por nuestra decisión política, por nuestro falo constituido en voto.

Este polvo, este sexo, este hacer del amor democrático, no es más que una caricatura de como concebimos tanto la política como las relaciones sociales, determinadas por lo laboral y educativo, en donde el machismo, o el falocentrismo imperante, no podrá ser subsanada solamente por el fervor de marchas denunciatorios de las que seamos parte, multitudinariamente. Por más que estas sean necesarias e indispensables, en este fervor, en esta erección colectiva no podemos dejar de señalar que a lo sumo es condición necesaria, no así suficiente, como para que constituyamos, para que alumbremos, demos a luz, una sociedad más equitativa, tanto con lo que nos ha tocado (nuestros cuerpos) como con lo que podemos elegir (que hacer con ellos).

La vulva es arquetípica, Isidoro de Sevilla, a quién debemos su transliteración de raíces etimológicas no precisadas con exactitud, del término, la definía metafóricamente como la Puerta de Batientes, donde ingresa el semen para fecundar, y desde donde, sale más luego, el humano, alumbrado.

Cabe consignar, sobre todo en los campos de la psicología que el Útero, se transformó en un significativo decisorio, para análisis teóricos como para ejercicios prácticos acerca de diversas ramas, sobre todo el psicoanálisis, que hace hincapié en el sentido de protección, en ese estadio acorazado, en ese hogar de híper protección, del cual, siempre querríamos retornar o del que nunca nos hubiese gustado salir.

Sin embargo, la vulva, no se ha constituido ni en un significativo determinante, ni en una figura simbólica que nos remita a otra cosa que no sea, casi una invitación a un primer erotismo, a las primeras armas en las calenturas adolescentes.

Más si, creemos que se debe constituir, en esta asociación que desde la occidentalidad democrática, realizamos, en relación a nuestra copula, con lo democrático. Es decir, la vulva es para la ciencia política, para la filosofía política, lo que es el útero para la psicología o el psicoanálisis.

Redacta la crónica de lo acontecido en la vieja Europa: “La identidad sexual moderna de Occidente tiene sus orígenes ahí en los primeros años del siglo XX austriaco y la modernidad vienesa es su motor, con el pintor Egon Schiele (1890-1918) como uno de los grandes exponentes junto a Gustav Klimt o Kokoschka. Para festejar los cien años del fin de siècle vienés –llamado Sezession en Austria– el ayuntamiento de la capital austriaca ha organizado exposiciones por toda la ciudad en las que los desnudos de Schiele son protagonistas: el 23 de febrero el Museo Leopold acoge la exposición del aniversario, que reúne pinturas, obras sobre papel y documentos del artista que murió con 28 años por la epidemia de gripe de 1918 que también se llevó a personalidades como Otto Wagner o Guillaume Apollinaire. Todo iba bien hasta que la campaña europea por las celebraciones de la Secesión se topó con la negativa de Reino Unido y Alemania a que los mundialmente famosos desnudos de Schiele adornasen vallas publicitarias y paredes enteras de edificios. No fue solamente la creciente participación de la mujer en la sociedad lo que agitó la calma burguesa del fin de siglo vienés, sino que el sincero deseo manifiesto de la lujuria sexual de hombres y mujeres, y Schiele realiza un corte transversal a aquellos cambios en el imaginario colectivo. Hace cien años, muchos consideraron que la obra de este monstruo de la pintura europea era pornográfica, de hecho estuvo en la cárcel durante tres semanas a causa de su trabajo. Lo que cuesta imaginar, es que en 2018 el modernista vienés siga siendo públicamente censurado”.

Finalmente una apelación al mundo del arte. Así como en otra oportunidad, desarrollamos la posibilidad de llevar a cabo una muestra de pobres, en una galería de frondosos recursos, a los efectos de sensibilizar a quienes teniendo la posibilidad de hacer mucho por ello estuvieran haciendo poco, creemos, dado que el canal artístico, es un lenguaje solo hablado por los que hubieron tenido la posibilidad, previa, de comer y pensar, que sea ante un acto electoral, en un día de elección, en una galería de arte, en una muestra se exponga la siguiente situación.

Una Mujer disfrazada de urna, recostada y abierta de piernas, en donde desde una perspectiva de frente sólo pueda ser vista su vulva y ésta, escenografiada, bajo técnicas como el bodypainting, tal como se presentan las urnas electorales, con sus colores, con sus leyendas, con su ranura, expuesta, presta a ser penetrada, a ser violentada por la soberbia fálica de nuestros votos, que en la muestra sería el público, esperando, haciendo cola, turnándose, para meterla a la urna, para sodomizarla, en el éxtasis colectivo, en la orgia pública, en lo que algunos llaman democracia y nosotros; el acabose democrático.

A los efectos de que entendamos de una buena vez que la democracia no es sólo votar, sino respetar la dimensión de la libertad, que gráficamente puede ser expresada como una mujer abierta de piernas, alumbrando la vida, su placer, su crítica o lo que fuese, pero respetar a rajatabla el derecho a que la mujer este abierta de piernas sí es que lo desea.

Sucedáneos Democráticos.

La lógica de la democracia o del fantasma de Lacan.

“La palabra se define y nos define, ¿acaso no hemos llegado hasta hacer surgir el universo de ella? Y ¿no hemos asimilado nuestros orígenes al parloteo de un dios charlatán? ¿Qué seríamos sin el lenguaje? (Subirats, H. “Desde el lugar del otro”. Filosofía y sexualidad. Editorial Anagrama. Pág. 70. Barcelona. 1993). El concepto

nodal de lo democrático es la palabra. El sujeto histórico del sistema político es ese logos. El significante de la democracia es el verbo, el término, el vocablo, estos suaves y ligeros matices en que varían como significados, no dejan de estar inscriptos en el orden simbólico de la palabra, es decir de la, o de lo, político. La democracia, en la identificación con la política, no en la identidad dado que ésta como nos recuerda Eric Laurent es un vacío, no es más que palabra, que como significante, y tal como nos alecciona Jacques Lacan en la “Lógica del fantasma” no podría significarse a sí mismo y por ende, funge, mediante lo que representa o tras la representación. A propósito de tal seminario citado, escribe Enrique Tenenbaum, en el artículo “El inconsciente es la política”: En una sola ocasión Lacan asevera que el inconsciente es la política. Lo hace en la “Lógica del Fantasma”. (Seminario del 14 de diciembre de 1966).

Ahora bien, ¿Qué es un fantasma?. En otro pasaje del artículo up supra mencionado de Tenenbaum, refiere: “En un meduloso estudio sobre Hamlet, Carl Schmitt plantea que el nacimiento del Estado moderno surgió como un nuevo orden político al neutralizar las guerras civiles entre confesiones. En este proceso Hamlet se convertiría en el mito político de la Modernidad, opuesto a Edipo como aquel de la Antigüedad”.

Hamlet, es el fantasma político por antonomasia de occidente. La entidad fantasmagórica, interviene en lo real, o está presente en ella, desde otro plano, desde otra perspectiva, obliterando la posibilidad de que establezcamos una relación, bajo nuestros términos (es decir del orden de la realidad, de cientificidad, de logicidad o desde lo eminentemente normativo) y aceptando que sólo nos resta el juego, azaroso, de las identificaciones, pues construir una identidad, sería el que cómo mínimo, dejáramos de reproducirnos, cuando no, hesitar y perecer en tal hesitación, como decisión, lógica, de lo humano.

El inconsciente es la política por esto mismo, por su estructuración como un lenguaje, dado que en su identificación, devino en lo democrático, no sólo porque el “significante no podría significarse a sí mismo” como nos alerta Lacan, sino que además porque mediante este orbitar, se libra o se trata lo reprimido, que siguiendo con el autor de “La lógica del fantasma” refiere: “Lo reprimido: el representante de la representación primera en tanto que ella está ligada al hecho primero — lógico — de la represión”.

El fantasma, que podríamos decir, forcluido en un fantasma Lacaniano, reina en los tres órdenes, real, simbólico e imaginario, sin que permanezca en ninguno, pues es el que permite la ruptura, supuesta de la lógica del amo y del esclavo, el diapasón que disrumpe la lógica aristotélica y la formalidad cartesiana.

Claro, que no por esto, el fantasma Lacaniano, no deja de ser un fantasma narcisista: “Creerse uno es una ilusión, una pasión, o una locura según las diferentes formas en las que Lacan ha podido nombrar el narcisismo” (Laurent, E. – “El traumatismo del final de la política de las identidades”).

En términos políticos y en conceptos, harto trabajados por ciertos magistrales como Arendt (La promesa de la política) y Derrida (Historia de la mentira), pedirle, exigirle, reclamarle, solicitarle, a lo democrático, a la política, y por ende a quiénes la representan (a ella, no a nosotros los ciudadanos o el pueblo, como se prefiera) es decir a los políticos, nociones como la verdad, lo cierto o lo consciente, es cuanto menos histórico, sino propio de una conducta psicótica.

Sí queremos comprender, entender, o incluso el imposible de cambiar, tal lógica de lo democrático, la encontraremos sólo sí en el ámbito de lo inconsciente, en ese no lugar que estructurado como un lenguaje, es lo otro que supuestamente se nos ofrece, mediante discursos armados, campañas prolijas y postures de risas y gestualidades.

Incluso más, cuando nos hacen desear es cuando nos gobiernan, en el reinado del desierto de lo real (cuando nos quieren decir que no existen los fantasmas o que los han exterminado) lo político y lo democrático, se detiene, como en un paréntesis, para la verdadera parusía de lo que nos redima, y esta es la razón por la cual, en términos políticos y metodológicos, lo único invariable de las democracias es el ejercicio, podríamos decir masturbatorio (dado que como mínima persigue placer inmediato) de lo electoral.

Democracia, política, inconsciente, y fantasma lacaniano son los distintos significados para el que el gran significante del voto, de la elección, de la libertad política, no se signifique así misma y nos brinde la sensación de que todo puede estar en movimiento, sin que nada se mueva, desde ningún otro plano, que la estructura con la sentimos, pensamos y de la que invariablemente desconocemos y no toleramos.

Las Erinias o de la manera en que se resuelve un conflicto antes que medie la ley.

“La justicia es el gobierno del pueblo, el cual es la individualidad presente a sí de la esencia universal y la voluntad propia y autoconsciente de todos. Pero la justicia que le devuelve el equilibrio a lo que universal que sobrepuja al individuo singular es, en la misma medida, el espíritu simple de aquel que ha padecido la injusticia-no se descompone en el que ha padecido y en alguna esencia que esté más allá; aquél es, él mismo, el orden subterráneo, y es su Erinia la que urde la venganza; pues su individualidad, su sangre, sigue viviendo en la casa; su sustancia tiene una realidad efectiva duradera. La injusticia que pueda hacérsela al individuo singular en el reino de la eticidad es solamente esto; que a él le ocurra pura y simplemente algo”. (Hegel, G. “Fenomenología del espíritu”. Pág. 299. Editorial Gredos. Madrid.2010).

Las Erinias, en la mitología griega eran personificaciones femeninas que perseguían venganza, buscando a los autores de ciertos crímenes o supuestos culpables de los mismos. Son anteriores a los dioses olímpicos, por tanto no están sometidas a la autoridad de Zeus.

Al pasar a la consideración de la mitología romana, se las tradujo como las “furias” termino que resignificó, acendrando su función por fuera de la ley, o lejos de la misma (en su tensión de género incluso, dado el significante ley como lo masculino y la dimensión de las Erinias como personajes femeninos) y más próxima a la mencionada venalidad de origen.

No debe resultarnos extraño por tanto, que episódicamente, en diferentes circunstancias de lo que damos llamar historia, reaparezcan, estas formas, maneras o metodologías de reaccionar ante algo, a los efectos de conseguir mediante ello, una compensación, así sea, espiritual o abstracta, que se materialice, mediante la penalidad, reprimenda o castigo, hacia quiénes hubieron de perpetrar la acción que obliga a esta reacción, que será entendida, más luego, bajo la consideración de lo que se entiende por justicia, o

búsqueda de la misma, como si fuese algo más auténtico, ejemplar o incluso justo, que el aguardar el proceso que impone o impondría la norma o la ley.

Aquí está la cuestión. El andamiaje de lo jurídico-legal, como reaseguro de lo legitimador de un sistema político-social y económico, no llega en tiempo y forma, para, brindar como servicio, justicia, a la víctima de una violación, llevada a cabo por una horda de malvivientes. Esta debe, para sobrevivir, es decir sobrellevar su dolor-experiencia, celebrar una exploración arquetípica de cómo reaccionaría no ya como víctima, bajo su nombre y apellido, sino como representante de lo humano, de la condición humana.

Así encontramos, en todas y cada una de las comarcas, que etiquetadas bajo la rúbrica de lo democrático, de la división de poderes, y en plena ascensión o extensión de las capacidades de lo humanidad misma, mediante la profundización de la técnica, o de la constitución del brazo armado de la “inteligencia artificial”, incontables experiencias en donde, el camino como respuesta, es que se vuelva, se retorne, se forcluya, a tal estadio en donde, facciosamente, se persigue, a los responsables de haber quebrantado una armonía, para qué, al decir de Hegel, les ocurra algo, es decir, para que lo entendamos luego, se genere justicia.

La falta de credibilidad de la ciudadanía con respecto a la justicia, tal como se la propone el propio sistema, como servicio, tiene que ver, conque no trabaja, culturalmente, desde este pliegue o esta perspectiva.

Se le impone, al ciudadano, desde la artificialidad, de un supuesto sistema de contrapesos, en donde lo justo tendría que interactuar con los que ejecutan y los que redactan la ley (de eso que se define como justo), sin embargo, a nadie se le explica que la acción que uno perpetra con respecto a otro, posee una incidencia, insospechada, por sobre el conjunto, por sobre el colectivo, redefiniéndolo y modificándolo en esa dinámica.

Sí yo, como sujeto pasible, de una agresión por parte de otro, en búsqueda de que le ocurra algo, por lo que me hubo de hacer, le genero un daño mayor o un daño de otro tipo (por ejemplo mancillar su honor) en otro orden, participo de la cosmovisión general que se tiene con respecto al conjunto de comportamientos humanos.

Es decir, pasamos de temer a una ley, que no se cumple, que no se aplica, o que en nombre de ella, se edifica un servicio que no funciona o funciona mal, al pavor, que nos produce, la reacción que pueden tener los otros, sea cual fuere la misma.

Todos tendríamos el mismo derecho a acudir a nuestra memoria arquetípica, a nuestra necesidad de “venganza” o de que al victimario le ocurra algo, en tanto y en cuanto, el servicio de justicia, siga funcionando, tal como lo hace, diciendo y declamando que actúa, pero escondiéndose en los pliegues de esa funcionalidad, solo normativa, performativa o en papeles, en concepto esgrimido en papel.

Finalizando, regresamos a la cita de Hegel, a su inicio, cuando determinadamente expresa que la justicia es el gobierno del pueblo, allí es en donde la política debe actuar, explícita y profusamente. La falsa independencia, que se le hubo de arrancar, a Montesquieu en una de sus vaguedades teóricas, debe ser puesta en cuestión. Debemos ajusticiar el concepto de que lo justo, puede ser patrimonio, de seres angelados, de

semidioses griegos, los jueces, que, bajo la discreción, fallan, sin tener reparos, siquiera en esa supuesta ley que los ordena.

Definir lo justo, es la cuestión central y sideral, en que el poder político, debe concentrarse para que el pueblo, pueda tener una experiencia semejante, o cercana, a tener que ver, conque plantee sus intereses reales, y no dejar que les sigan engañando, bajo la mentira perversa de lo representativo.

El pueblo, la ciudadanía, cuando pretenda, hacerse con el poder, debe ir por definir el sentido de lo justo o de la justicia, antes que elegir diputados o gobernantes, el votante, sea a través del voto o como fuese, debe elegir su forma (con jueces o de otra manera) de cómo, los intereses y las prioridades, se definen en relación al colectivo del que es parte, al contrato que lo tiene sujeto y que en letra chica y diminuta, siempre suscribe la palabra última, en donde se establece, finalmente, quiénes o quién, determinara lo que corresponde o no, y en este último caso, las penalidades que le corresponderían a los infractores o victimarios, como sustrato de lo político o de la máxima expresión del poder.

Aspirar a vivir más de setenta años es sencillamente inmoral.

“¿Hay que amar al género humano en su totalidad o es éste un objeto que se ha de contemplar con enojo, un objeto al que ciertamente se desea todo bien (para no convertirse en misántropo) pero sin esperarlo jamás de él, por lo cual será mejor apartar de él la vista? La respuesta a esa pregunta depende de que se dé de esta otra: ¿hay en la naturaleza humana disposiciones de las cuales se puede desprender que la especie progresará siempre a mejor, y que el mal del presente y del pasado desaparecerá en el bien del futuro?” (Kant, I. “De la relación entre teoría y práctica en el derecho internacional, considerada con propósitos filantrópicos universales, esto es, cosmopolitas”. SK. VIII, 307. Editorial Gredos. Madrid. 2010)

Se acopian, en cantidades industriales las propuestas tecnocráticas, los discursos políticos y ciertas investigaciones académicas, con un barniz de sensibilidad social, que postulan, infructuosamente y hasta el hartazgo, discursividades vanas, supuestamente tendientes a paliar males como la desigualdad y la injusta distribución de recursos, como posibilidades, que generan los escandalosos índices de pobreza, marginalidad e indignidad humana.

Sistémicamente se han propuesto diferentes, complejas como sencillas, articulaciones metodológicas, implementadas, muchas de ellas, a lo largo de la historia que variaron alguna décima insignificante, del índice mayor y vergonzante que nos sentencia a ser la única especie que no conforme con ver morir y ser partícipe necesario de la muerte de nuestros semejantes, nos consideramos atribulados de razón y humanidad, ante el desparpajo nunca tratado de las pobrezas flagrantes que hacen que tantos otros tengamos estómagos rebozantes y algunas que otras ideas que circundan nuestras bien alimentadas mientes.

Nos creemos con derecho a la angustia existencial por descubrir que morimos, que alguna bendita vez, esta experiencia, fatua en su cabal sentido, acaba, así como comenzó, sin más a los únicos efectos que mediante esa supuesta aceptación, que en

verdad nunca es tal, no reconozcamos límite alguno, preciso y taxativo que transidos nos impelen y demandan que armonicemos nuestro ser individual con la comunidad de la que necesaria como obligadamente somos parte y que sin embargo, tozudamente, no queremos escuchar ni mucho menos atender.

Este fallo, esta variación, este accidente, que se produce de tanto en tanto, no tiene otra finalidad que no sea la de ser rechazada, con abjuraciones, para sostenernos en la imbecilidad de lo humano.

Creemos, sin otra argumentación que la intuición de la que nada se sostiene, que como tantas culturas en diversas partes y momentos de la tierra (que hicieron cumplir como regla escrita o no escrita un precepto de tal magnitud y naturaleza), el humano per se, no debe aspirar a vivir más de una determinada cantidad de años, que en la actualidad occidental delimitamos en setenta como punto matemático entre un conjunto de países en relación a la expectativa de vida que ostentan o detentan.

Pretender y actuar en consecuencia, es decir vivir más allá de este límite fijado, como cualquier otro que implique incluso otro rango de edad o de exclusión (es decir no promover ni instar a que nadie muera o cese después de cierta, edad, sino que el estado del que forma parte no lo siga sosteniendo como hasta entonces, o que en su defecto pague una suerte de impuesto por la pretensión egoísta) no es más ni menos que atentar contra la única posibilidad real de tener un mundo mejor, real y posible.

La cantidad inusitada de argumentos para sostener con palmaria obviedad que sí no tomamos conciencia que el fijarnos un límite semejante para vivir, social y grupalmente, en consonancia con nuestra razón de ser humanos, es de carácter imprescindible y urgente, no tiene límite ni parangón, ante el rechazo que generará, como sostuvimos, por nuestra propia incapacidad de reconocernos en nuestras limitaciones que percuden precisamente o que hacen imposible que seamos realmente humanos o con sentido colectivo o solidario.

Desearía que dejara de existir, aquello por lo cual justificamos nuestros miedos, que transformamos en agresiones, en daño, en indiferencia, en odio, en rechazo, escrito y hablado.

Por lo único que me sostuve al momento de forjar esta idea, este bastión de lo humano, en aquel entonces, era por una falsa construcción de que eso se me había impuesto, me sería resarcido, en un tiempo no muy lejano, una suerte de aplauso general, de reconocimiento internacional por la preocupación filántropa de pensar en lo que no me hubo de suceder, la marginalidad y la pobreza

Tenía la necesidad de creer, sentía que un equilibrio hecho a mi medida y semejanza, me otorgaría tiempo más tarde, parte de toda la felicidad que nunca me dejaron probar. En tales ensoñaciones me conformaba que tan solo fuera una mínima parte, que llegara con prontitud, ante el tiempo dedicado y el rechazo cosechado, travestido en indiferencia cuando no en insulto gregario.

Fui transcurriendo en el tiempo, despojándome del trauma, teniéndolo en latencia, más luego, adentrándome en él, para que supurara lo que tuviese que supurar, para que dejara de doler, de una buena vez. Tal vez baje su intensidad, me acostumbré o terminó, lo cierto es que sume abriles como si nada hubiese ocurrido.

No fui enteramente feliz, en algunas ocasiones sí, pero esperando aquello, la compensación, la recompensa, por todo lo otro, que había soportado, que había tolerado, a lo que me había recompuesto, sin ánimos de venganza ni sed de revancha.

Que cese la sensación, esa misma, que hizo esto de mí. Que cese de una buena vez, ocurriendo lo que tenga que ocurrir para ello, el resto, ya no importa, nunca ha importado.

Que esta idea o propuesta de lo humano, reciba, de cabo a rabo, todas y cada una de las consideraciones, como de los silencios palmarios que deba recibir, ya es hora que nos dejemos de jugar a lo humano y que nos impongamos un límite que nos diga, “hasta aquí hemos llegado, me sobran setenta años.”

Los misiles que salen desde Tiqqun.

El término que dio origen a una publicación francesa, es la transcripción afrancesada del vocablo de origen hebreo Tikún Olam, un concepto de uso frecuente en el judaísmo tradicional empleado en la tradición cabalística y mesiánica, que significa (todo al mismo tiempo) reparación, restitución y redención, y que recuperan en gran parte, y entre otras, la concepción judía de la justicia social. Tiqqun es la reverberación de un Partido Imaginario que, partiendo del lugar en el que se encuentra, de su posición, emplea o persigue el proceso de polarización ética, de asunción diferenciada de formas de vida. Este proceso no es otro que el Tiqqun. Es el devenir real, el devenir práctico del mundo; el proceso de revelación de toda cosa como práctica, es decir, ocupando su espacio en sus límites, en su significación inmanente. El Tiqqun es que cada acto, cada conducta, cada enunciado están dotados de sentido, en tanto que suceso, se inscribe a sí mismo en su metafísica propia, en su comunidad, en su partido. Esto mismo es un disparo, de este no lugar real, o imaginario en que se constituye esta metrópoli de espíritus, donde la capacidad más destacable no es la del ataque o la del disparo, sino su contrario, que no puede ser alcanzada por ninguna bala, misil o armamento real, como tampoco por ninguna disposición absolutista o dictatorial que encierre, encarcele o suprima, mediante la coacción o la indiferencia, los vocablos de quiénes pretendemos una humanidad mejor, desandando un camino o varios, para ello.

Mientras una masa ingente aún se sigue preguntando porque en la figura, cada vez más ficticia del estado nación de cada uno de los países en crisis, sobre todo aquellos en donde los pobres y marginales, en su gran mayoría y estructuralmente, nacen, viven y huyen de sus geografías para irse a otros sitios en donde el mismo sistema funcionaría (sin ellos claro, esta, que son conminados a archipiélagos de excepción), otros, estudiamos una repuesta integral, abarcadora e inclusiva.

Hasta ahora, cuando se ha dado algún efecto al derecho de autodeterminación y allí donde se le ha permitido tener efectos, en los siglos XIX y XX, llevó o habría llevado a la formación de estados compuestos por una sola nacionalidad (es decir, gente hablando el mismo idioma) y a la disolución de estados compuestos por diversas nacionalidades, pero solo como consecuencia de la libre elección de aquellos con derecho a participar en el plebiscito. La formación de estados que comprendieran a todos los miembros de un grupo nacional, sería el resultado del ejercicio del derecho de autodeterminación, no su propósito. Si algunos miembros de una nación se sienten más felices siendo políticamente independientes que formando parte de un estado compuesto por todos los miembros del mismo grupo lingüístico, por supuesto, se puede tratar de cambiar sus ideas políticas mediante persuasión, para atraerlos al principio de nacionalidad, según el

cual todos los miembros del mismo grupo lingüístico deberían formar un solo estado independiente. Sin embargo, si se busca determinar su destino político contra su voluntad, apelando a un supuesto derecho superior de la nación, se viola el derecho de autodeterminación no menos efectivamente que practicando cualquier otra forma de opresión.

Esta misma autodeterminación de pertenencia, debería ser pragmáticamente instalada para las formas de gobierno actuales. Sobre todo en aquellas democracias en crisis, que bien podrían retornar al sistema monárquico (claro que lo más común sería al revés, sobre todo sectores de izquierdas o republicanos que creen no serlo, por estar dentro de un sistema monárquico, aunque más no lo fuese, este mismo, casi eminentemente simbólico. Pero la idea intelectual es probar siempre caminos inexplorados o no corrientes). Es decir, se debería establecer una consulta popular sencilla y fácilmente practicable, para que de tanto en tanto, la ciudadanía ratifique o rectifique su sistema democrático o que pueda ser consultado, por ejemplo sí desea retornar o tener por primera vez una monarquía que lo gobierne.

Tal como expresamos, las categorías de la filosofía política para continuar determinando sistema de gobiernos como los que toleramos, no hacen más que contribuir a la confusión que otorga galardones a las estrellas del mundo académico intelectual que lucran con la misma, enfangando lo que debería ser una profusa dedicación teórica para tener un sistema mejor, en una discusión bizantina con autores fallecidos que perviven en el memorial de esas bibliotecas a los que sólo acuden estos, obligando a sus educandos a revivirlos, bajo lecturas soporíferamente obligatorias.

La democracia como definición conceptual debe ser revisada, redefinida y reconvertida. Esto mismo lo hacemos, desde el precedente de “Tiqun” desde su principio de justicia social y de su existencia, imaginaria, fantasmal como perteneciente al campo de lo inconsciente. A las líneas, que son las de la naturaleza, que no imponen líneas rectas o figuras totalitarias como el número.

Desde el partido Tiqun, de este distrito, desde donde usted lee, proponemos lo siguiente:

Democracia paso a ser lo electoral, la elección. Pero el rito en sí mismo, el traslado del plano real, con parada en el imaginario y destino actual al simbólico. El costo, es que hemos banalizado la acción de elegir, dado que ni votando, ni en la gimnasia democrática a la que nos hemos acostumbrado, elegimos, solamente, repetimos, vana y vacuamente, el ritual que nada tiene que ver ni con decisiones comunitarias o por ende con políticas públicas.

Existen cientos de trabajos que destacan, casi como experiencias cotidianas, referidas a las múltiples causas por las que eligiendo, y valga la redundancia mediante elecciones a nuestros representantes, dejamos de elegir, tal vez, el que concite un mayor grado de uniformidad de explicaciones es que habiéndolo supeditado todo a una elección, como ciudadanos, hemos abandonado y nos hemos preocupado muy poco por ello, o lo hemos hecho expreso, la posibilidad de elegir. Nos empezó a dar igual, nos la sudaba, que al fin de cuentas los elegidos no eligieran nada concerniente a lo público, es decir a lo político, que además fuesen siempre los mismos, constituyéndose en grupo, clase o facción, que se granjearan ganancias siderales de las que no podrían haber alcanzado mediante cualquier otro medio laboral, que finalmente, asistiéramos casi, en desgano, o en una suerte de eutanasia progresiva, a sostener lo democrático, cómo idea, como

abstracción, como paraguas protector de ciertos comportamientos, bajo el ritual de elecciones que no eligen nada.

La ruptura de la armonía deviene finalmente, como en una cinta de Moebius, en un lugar anterior, que parecería el mismo, pero que sin embargo, no lo es. Para dejarlo en claro, todo aquello que beneficiaba y que constituyó, esa misma constitución fue el primer beneficio, a la clase política, a la facción de representantes, ahora empieza a perjudicarlo en grado sumo. Las elecciones que no eligen, que no definen política, ni nada, sino que simplemente se realizan como simbología diletante de aspiraciones fetichistas y que antes beneficiaban a esos pocos, constituidos en políticos, ahora amenaza con devorarlos, con llevárselos puestos.

Podríamos dar muchísimos ejemplos, en cada aldea que se precie de democrática existirá alguna referencia que hable acerca de la dificultad de contar los votos, de resolver la elección misma, o que esta simple operación o traducción matemática no se manifieste en la realidad. En el país Americano de mayor tradición democrática, no gobierna quién obtuviera la mayor cantidad de voluntades para conducir los destinos de tal país. En el resto del continente, por la aparatosidad en que transformaron lo electoral, por la pobreza que lo democrático no sólo no redujo sino que acrecentó, las elecciones se constituyen en festivales orgiásticos del uso al pobre, al marginal, la cosificación de las necesidades más básicas se cuentan una a una, para ver que facción ha juntado al menos una más que la otra para hacerse con el botín del gobierno.

Europa tampoco escapa a la problematización de lo electoral en lo democrático en términos de haberla convertido en tal fetiche. El dispositivo que hubieron de encontrar, llamado democracia participativa o directa, cae como réplica, indubitadamente.

Independientemente de la cantidad de veces que se vote, no pasa por esa cantidad de veces de votar, ni de los términos de la votación, el que podamos elegir, cuestiones políticas. Esto es precisamente el eje de los debates actuales que se dan por los distintos referéndums en el viejo continente.

Aproximase, como respuesta, que va tomando fuerza, desde lo teórico, para lo que se multiplican encuentros, foros, en donde personalidades de reconocida trayectoria internacional, empiezan a dar el visto bueno a que se incorpore (otros dicen se sustituya) el azar, la suerte, el sorteo, para que mediante tal ucuse, tal designio de la diosa fortuna, constituyamos a nuestros representantes políticos, podamos resolver la gran cuestión de sí verdaderamente elegimos en política, haciendo interceder, expresa y acabadamente al azar.

Tal vez una democracia en donde la suerte elija (en términos académicos demarquía o estococracia), por sobre el condicionamiento del pobre que por su pobreza que la política no ayudó a mitigar tampoco elige, por sobre el ciudadano que timado por el sistema electoral que tampoco elige, haciéndolo creer que sí, finalmente podamos valorar no sólo la posibilidad de elegir, sino lo democrático, que es una elección, pero por sobre todo, mucho más que ella misma.

En el nombre de la ley o del padre, nos prohibieron prohibir.

“El Derecho necesita sostener, para estimular conductas y desalentar otras, al hombre común inscrito en la ley —pater familiae—. Este hombre común tiene su contra cara en

los medios de comunicación, que se encargan hoy de fijar un cierto relato, vale decir de imputarle su drama económico, político y social cotidiano, donde las tensiones entre la ley simbólica singular (prohibición), la regla social (ley) y la corporalidad propia del sujeto van produciéndose en la época, aunque a la vista de todos. Aclárese que para el psicoanálisis la palabra —ley está directamente relacionada con la regulación familiar primera que impone al sujeto la prohibición del incesto con el padre.” (Winkler, P. “El psicoanálisis como envés de la ley”. Revista *Affectio Societatis*, Vol. 8, Nº 14, junio de 2011)

Existimos quiénes consideramos, pensamos, sentimos y entendemos que mientras menos regulaciones normativas se dispongan para que el hombre desarrolle con plenitud su libre albedrío, más fidedignamente actuaremos con lo que somos, con nuestra esencia o nuestro ser en el mundo. A contrario sensu, con la pretensión de un control exhaustivo, caemos en la desnaturalización, el impedimento o la dificultad de que el hombre haga su voluntad o pretenda hacerla.

Pero lo más importante a destacar, es que se debe evitar introducirle a la normativa, a la ley, caracterizaciones de índole moral, dado que cuando se dota a la misma de este condimento se la transforma en autoritaria, porque la moralidad impresa en la ley exige siempre obediencia incondicional. Como sí bastara poco, la existencia de la misma pretende del sujeto, el paso de cuatro instancias como son la de la conciencia, de la buena reputación, del infierno y la policía, cuando una ley razonable sólo debe exigir de la ciudadanía, en todo caso o instancia la posibilidad de quien la inflija una sanción sea o no punitiva.

Pero cuando hablamos de moral, nos estamos refiriendo al artículo 19 de la Constitución Nacional que dice “Las acciones privadas de los hombres que de ningún modo ofendan al orden y a la moral pública, ni perjudiquen a un tercero, están sólo reservadas a Dios, y exentas de la autoridad de los magistrados. Ningún habitante de la Nación será obligado a hacer lo que no manda la ley, ni privado de lo que ella no prohíbe” como pudimos observar el texto del artículo menciona la moral pública, y esa moral pública es la debe estar lo menos caracterizada o recargadamente posible. No sólo por lo expuesto con anterioridad sino además, porque en el caso de la moral religiosa, debemos tener en claro que somos parte de una cultura judeo-cristina, de una cultura católica, independientemente de la religión que profesemos o en quién creamos. Para no entrar en polémicas vanas tan sólo voy a señalar un simple ejemplo actual.

Nuestra Ciudad celebra cada 3 de abril la fecha de su fundación, pero no lo hace sólo un día, lo hace durante un mes, el llamado mes de Corrientes, que cierra un 3 de mayo, y la fecha no es casual, pues ese 3 de mayo, se celebra lo que algunos dan en llamar “El Milagro de la Cruz” que es ni más ni menos, que la muerte de un determinado número de aborígenes, en realidad llamados indios por nuestros historiadores, que no se han preocupado en señalar cuantos han sido asesinados, mucho menos en llamarlos hermanos originarios, pero esa fecha, de esa acción, de esas muertes que se le endilga a dios, es en nuestro calendario feriado, es decir es la muestra cabal, de cómo actúa la moralidad en lo normativo, dado que en lo fáctico, en lo concreto es celebrar, conmemorar, festejar la muerte de indios, como un milagro de dios.

Finalmente la última de las consideraciones, todos los prohibicionismos generan lo contrario de lo que están destinados a prohibir, es trillado y también porque no decirlo,

bastante imperialista el ejemplo de la ley seca en Estados Unidos (padre simbólico de la institucionalidad democrática, dado que en su historia ha vivenciado ningún tipo de interrupción al sistema entronizado y más luego esparcido o defendido bajo lógica y formas imperiales), que supuestamente generó mayor consumo de bebidas alcohólicas, vayamos al primer prohibicionismo de la historia, de la historia de la madre de todas las ciencias la filosofía.

La filosofía comienza, no como dice la canción porque alguien encontró la piedra filosofal y dijo pongámonos a pensar, se inicia con el poema de Parménides que en uno de sus pasajes expresaba “El ser es”, “de esta vía aparta la mirada “refiriéndose al no ser, que es precisamente lo que da comienzo a la filosofía, cuando alguien osa decir al espíritu libre del ser humano que tiene algo prohibido, en este caso pensar, plantearse y preguntarse qué es en relación al mundo.

“La falta de legitimación, asimismo, de una justicia fundada en la equidad y la costumbre no sólo en los sistemas deónticos y positivistas para lograr una convivencia social mínima agravó la crisis de la democracia representativa, por lo que hoy parece haberse producido un desplazamiento de la universalidad de la ley a la omnipresencia del entretenimiento formal, del que no se sustraen el ciudadano convertido en un potencial elector y visto cómo ni las autoridades políticas reducidas al discurso del espectáculo. Ser ciudadano es limitarse a concurrir al acto electoral, el resto que lo hagan los políticos porque menos se averigua y Dios perdona. Este es el pensamiento que suele ser imperante” (Winkler; pág. 12.)

Esta es la razón por la que los políticos, acendrados en lo simbólico, reinan en los festejos o conmemoraciones protocolares, que cada tanto incluyen a los sectores que suelen tener que ver con cada una de las fechas (ex combatientes, católicos en pascuas, etc).

Sostener la ley, es patrimonio de padres que en definitiva usufructúan de ella, más allá de que por la implementación de ésta, Corrientes y sus más de 500 años de historia deparen los índices más altos de pobreza desde hace décadas.

“Están hermanados desde su origen en el Nombre-del-Padre, Padre-del-Nombre forcluido o no, es decir, en el nombre que nos inserta o excluye del lenguaje y de la cultura. La palabra forclusión, como caducidad constituyen una parte de la terminología jurídica relacionada con la prescripción y el curso del tiempo en el ejercicio de los derechos. La autoridad, que no es sinónima del autoritarismo y requiere del reconocimiento social del otro (de los ciudadanos y habitantes de una nación), pues de lo contrario es carcasa vacía, debe poder ejercitar sus funciones políticas y sociales. En un mundo en el cual por la experiencia de tiranías y dictaduras de distinta índole, aquélla se encuentra sospechada desde el inicio y casi sin admitir prueba en contrario en la concepción popular, la sociedad deviene en soledad y corre el riesgo de transformarse en un sempiterno caos. El caos lo sufren los más visibles, ya que debido a sus escasos recursos no les es posible acceder a la vivienda, al alimento y a la educación, y si las instituciones no median por ellos, el malestar aumenta” (Winkler; pág.17).

Festejamos, como hito fundacional, los correntinos, la matanza de la cruz, reconvirtiéndola en milagro de la cruz, para forcluir la, para que prescriba esa noción de padre o el parricidio cometido por los conquistadores (que son los padres de nuestros

padres de sangre) y que devino en la actualidad en el simbolismo de la cruz, de la norma, de la institucionalidad jurídico-legal que impuso como sistema lo democrático, que en términos reales es votar, obligados por ley, escoger entre las opciones que nos presentan para que seamos gobernados, más allá de resultados, saludando y aplaudiendo, a estos padres quiénes nos prohibieron prohibir, en nombre de una autoridad que está más en nuestra estructura psíquica que en las instituciones políticas, que en la realidad cotidiana de las redes o de las calles.

El próximo parricidio, simbólico, para establecer nuevas leyes o normas que dispongan un sistema organizacional más acorde con nuestra humanidad, provendrá, seguramente más del campo personal-analítico y como de allí se logre intervenir en lo público-político, que en sentido contrario de la manera en que se venían dando las disrupciones históricas que nos depara en nuestra realidad parroquial, que aplaudamos a nuestros políticos votados, el hito de una fundación de una sociedad, mediante una matanza, a la que se la esconde y traviste como milagro.

Licenciatura en Pensamiento.

Proponemos la institución de la siguiente carrera de grado, en verdad disciplina que de acuerdo a nuestra consideración, pueda ser encuadrada en el corpus académico, a los únicos efectos de contribuir a la sociedad con una preparación más reflexiva y por ende serena, de sus integrantes, que al verse más realizados en su condición de humanos, podrán devolver a su comunidad lo mejor de sí que tendrá estricta relación en cuanto a cómo y en que estén formados. No pretendemos una reforma en el área educativa ni en la esfera del colofón que le asigne la educación instituida como formal. Pretendemos sí, la institución del pensamiento, como objeto aprehensible, asimilable en forma concreta y específica para lo que demanda la sociedad, industrial, actual. Se sabe que como sujetos de la presente modernidad, estamos atados, a los resultantes que nos exigen en términos numéricos, a seres, como nosotros que somos seres hablantes, que incluso, somos hablados por la institución previa que es la ley, que es la palabra, que es la totalidad que representa el conocimiento, o el símbolo del padre o de dios.

En términos metodológicos nada más sencillo que la aprobación de la presente carrera de grado, para los trámites burocráticos y administrativos, contaremos con quiénes se encarguen de ello, para afianzar la necesidad de contar con una licenciatura en pensamiento, contamos con usted que está leyendo, que nos enviara su apoyo, vuestra suscripción a la propuesta, como lo que este a su alcance, que interceda ante la institución donde se desenvuelva para que den apertura a la presente carrera, o que inste a quién corresponda para que al menos escuchen nuestra propuesta, o que pueda ser replicada entre los suyos por intermedio de los medios que usted considere.

Para que la licenciatura en pensamiento sea tal, sólo requeriremos dos aspectos nodales que difícilmente puedan ser modificados, sin que modifiquen la esencia de lo propuesto.

Las materias o cuerpos de estudio, podrán ser de los tiempos que cada unidad académica lo considere, pero nunca irrumpirán el principio que se estudiara desde lo particular a lo general. Sea trimestral, cuatrimestral, semestral o anual, el estudiante de

la licenciatura en pensamiento, elegirá entre cincuenta pensadores, a treinta de ellos, lo que en definitiva constituirá su carrera de grado, su plan o programa de estudios. Se elevará una lista de al menos mil pensadores que a lo largo de la humanidad, mediante reconocidos y obvios aportes a los diferentes campos del saber, realizaron, por sobre todo contribuciones creativas o innovaciones a la condición humana. El objetivo, para dar por aprehendida (en los viejos términos académicos, aprobada) o asimilada la materia, es que el estudiante deberá hacer asimismo un aporte, contribución o agregado a la obra del pensador estudiado, sea este mediante una crítica, refutación, o bajo conceptualizaciones que tiendan al desafío aporético de cada uno de los pensadores que hubieron de ser tomados como materia puntual de estudio. El resultante final, no podrá ser un calificativo numérico, o lo será en tanto y en cuanto, subyazca a él, un trabajo escrito, una producción artística o una realización que tenga por evidenciada que se pensó la obra del autor, cuestionándola, indagándola y sometiénola a la reflexión serena, que se constituyen en las acciones indispensables que demanda la licenciatura en pensamiento.

A los efectos de no dar a crédito, a quienes irreflexivamente puedan aducir o señalar que para pensar no se necesita de una licenciatura o que licenciar, académicamente es innecesario y hasta incluso atentatorio contra el pensar mismo, dejamos en claro, que se trata de estar parados desde la perspectiva aún no pensada o no transitada, profundizaremos de la siguiente manera.

La institución de la ley, más que apoyarse en lo escrito, en la palabra (como previamente en la fuerza que deviene de ella), se ordena simbólicamente, por intermedio de un sistema educativo, que al realizar este clivaje en la representación, olvida o deja de lado, el conocimiento, el saber o el encuentro que puede resultar del pensar. La institucionalización de los actos del razonamiento, llevaron al hombre a que construyera el edificio educacional-normativo, que nos entregó el presente mundo tecno-cientista, que no piensa, sino reproduce, multiplica, genera interfaces, respuestas, pero ha dejado de preguntarse, no sólo lo elemental, sino también lo básico y lo indispensable.

Ante las puertas del inicio de lo que da en llamar el mundo de la inteligencia artificial, el hombre terminara de entregar una de sus condiciones más determinantes, que lo hacen tal, a los efectos de continuar en la ilusión de que alguna vez podrá vencer las limitaciones que precisamente lo hacen hombre.

Entregada la inteligencia, quedará como último recoveco, como última buhardilla, como último resquicio de lo humano, el pensamiento. Este no debe ser sacralizado, como ya se lo empieza a sacralizar, ni mucho menos, ser el reducto de un conjunto poco visible de anacoretas o seres extraños. Si alguno de estos desea seguir en tal condición, la presente propuesta no se lo impedirá, pero tampoco, al no presentarse, no será cómplice de un mundo que se encamina a dejar el pensamiento, como una excentricidad de un puñado de extraños.

El pensamiento, mediante esta licenciatura, debe ser incorporado en la matriz del engranaje de lo humano. Debe permitirse, el estudio no de una ciencia tal como las tantas, sino el colegir la obra de al menos treinta pensadores que hayan dejado su aporte a la humanidad, para que tengamos entre nosotros, a quiénes puedan formarse bajo estos parámetros, y de esta manera, tener perspectivas desde puntos diversos, que es básicamente una de las geografías más interesantes que nos puede ofrecer la condición humana.

El poder es lo que no se puede comprar. La ley es lo que no deseamos cumplir. La libertad es lo que no podemos realizar. La política es lo que no podemos asegurar.

La licenciatura en pensamiento, generara poder, a partir de lo que produzca que no será inmediatamente intercambiable, es decir traducible en un objeto de mercado, en todo caso se entronizara como ley, para cuestionar la validez o validación de nuestros deseos, que deberán estar en consonancia con lo que nos exija el mundo de nuestra humana condición. Dado que aún no está formalmente inscrita como carrera de grado, se realizará o se consumara en tanto y en cuanto todos y cada uno de los que creamos en la dinámica de lo que podemos hacer, lo llevemos a cabo, con un libre albedrío responsable o que se replique, en promocionar o asegurar ese espacio de libertad, que precisamente afiance acciones como las de pensar, reflexionar, o intuir, con razón y serenidad, lo que el hombre pueda encontrar como mejor para sí y los de su comunidad. Nada garantizara que esto se empalme, fehaciente y efectivamente, deberá interceder la dialéctica de lo humano, y por sobre todo el vehículo del convencimiento, para aquellos, por lo general los más numerosos, que resguardados en la zona de confort de los hábitos, las tradiciones inerciales y el útero de conformidad en que muchas veces se acendró la razón instrumental, o se terminara de aprovechar la inteligencia artificial (a riesgo de que nos seccionemos no ya el falo entronizador de la ley, sino la sustancia esencial de lo humano) harán lo imposible, consciente o inconscientemente, tanto para que esto no se conozca, no se multiplique, no convenza y finalmente no se lleve a cabo.

“Vivir es entrar en una institución, es ser una criatura de la ley, la vida se juega en una dimensión jurídica, donde este Otro nos inscribe y nos transporta en un nombre propio” (P. Legendre. “El inestimable objeto de la transmisión. Estudio sobre el principio genealógico en Occidente”, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1996)

El pago a Caronte o la prueba, atávica, de la corruptibilidad democrática.

El barquero, al que había que pagar (con un óbolo materializado en moneda) para ser conducido, una vez muerto, al Hades, cobra una repercusión tardía, merced a que es producto del fenómeno democrático griego. La aristocracia, tenía a Hypnos o a Thanatos, no necesitaban demostrar, mediante una moneda en el rostro, que algo más tenían que comprar, una vez terminado sus días en la tierra. Dante populariza a Caronte, que, resultante mitológico de lo democrático, hubo de instalar que más allá de la vida, se necesitaba, al menos un bien (la moneda) para llegar al responso final. Producto de la cultura medieval, el autor de la divina comedia, en pleno contexto de lo que se conocería como ventas de indulgencias o “simonía”, hace gala de su genialidad al dar visibilidad a Caronte, quién bien podría ser el representante fidedigno, de nuestra democracia occidental actual, del empresario de turno, corruptor como corruptible, el Odebrecht en América, el Scarano del Vaticano o cualquier apellido en las diversas aldeas de occidente que quedaron y quedan como emblemas de la relación, tanto irresoluta como inabordable entre política, poder, corrupción y democracia.

Caronte, poseía conceptualmente la misión de guía. Se trataba de un “Psicopompo”, término que proviene del griego psychopompós, que se compone de psyche “alma”, y pompós “el que conduce o guía”. Un ser que custodia el viaje de las almas que abandonan el mundo de los vivos.

En la mayoría de las culturas estudiadas, este rol siempre tuvo una significación como una significancia, rutilante.

Desde los chamanes o conocedores de los secretos del más allá, hasta los actuales analistas que ordenan nuestro inconsciente, o nos sugieren como ordenarlo, siempre esta relación, como todas en donde se entrecruzan posiciones desemejantes, se definen por la propia tensión de poder en la que se desenvuelven.

Para que estas no finalizaran violentamente (la raíz de la violencia es que tiene escasa posibilidad de intercambio o de traducción, termina más pronto o más rápido), surge el dominio de lo político, en cuanto a una temporalidad, nueva, diferente, como armónica y apacible.

Tras diversas formas o manifestaciones a los que se abocó en su transitar público, el humano, la democracia se constituyó como la representante de lo más justo y ecuánime de la política, que a su vez, era la forma más elegante de resolver las tensiones de poder.

El precio a cobrarse debía ser tanto alto, como a su vez, oculto o solapado. La democracia debía ser, o parecer, para la gran mayoría, en la medida exacta que sólo prometiera esto, como para no cumplirlo, generando un nuevo circuito de tensión, en esta instancia de lo “democrático”.

Repasemos. Así como la democracia, surgió como resultante de lo político, que a su vez, era un subproducto del poder (del chamán que decía tener relación con el más allá, con la divinidad, del gobernante que decía que debía estar en tal sitio, por la razón que fuere, que en última como primera instancia, siempre la sostenía mediante el dominio o predominio de la fuerza) para que las tensiones, lógicas y naturales, no terminaran tan rápido (es decir tan violentamente), el antídoto o la institucionalidad de la era democrática en la que estamos suscriptos, padece de un juego de tensiones, con sus propios categoriales.

“De Tocqueville decía que la aristocracia hacía una cadena de todos los miembros de la comunidad, desde el rey hasta el campesino; la democracia rompe la cadena y separa todos sus eslabones”. (Bell, D. “Las contradicciones culturales del capitalismo”. Alianza Editorial, Madrid, 1996. Pág. 104)

Dado que la democracia propone como telos, como finalidad, un imposible, da rienda suelta a una conceptualización histórica. Todos sabemos que no cumplirá nada de lo que promete, pero en tal pacto tácito, jugamos, tanto víctimas como victimarios, a desentendernos de esta falta de concreción. Haciendo uso de la libertad, sometiéndola al temor, nos conformamos con la esperanza, que alguna vez, será mejor, o que al menos no sea tan desfavorable, finalmente, en tiempos de crisis, nos terminamos de convencer que en algún tiempo, se vivió peor.

Pero la democracia necesita un guía, un barquero, que vincule el mundo de los vivos con el de los muertos, o en la escenografía democrática, a la que refiere, el campo de los representados con el olimpo de los representantes. No es tan lineal sin embargo, algunas posiciones están invertidas o contra-reflejadas, veamos:

El campo de los representados, de los ciudadanos de a pie, es la vida mundanal, el infierno o la muerte misma, el lugar o destino, es sin duda alguna el olimpo, donde los representantes, viven tal como la democracia promete; con la posibilidad de tener, y sin

preocupación acerca de cómo, sino de simplemente, tener la libertad de elegir todo lo que se pueda acumular, sin culpa, ni pecado, ni elemento cuestionador. Se debe cruzar la laguna Estigia o el Aqueronte, para ello, necesitamos vérnosla con nuestro Caronte democrático, que es ni más ni menos que la figura del “transa” del “lobysta”, de quién nos exige, que acordemos, que le paguemos, para que no alerte a los demás de que se trata el juego o la tensión a resolver, asimismo, acuerda, sobretodo, con los que habitan el Olimpo, para que tal lugar no se llene.

El Caronte democrático, es el elemento corruptor que ordena que en “topus uranus”, en el mejor lugar posible para vivir, no se democratice la llegada a tal sitio (de lo contrario dejaría de ser cómodo como atractivo y por ende placentero) pero para ello, debe alentar a que esto sea posible, generar esperanza en el mundo de los comunes, y cada tanto consagrar a uno de estos, llevándolo al olimpo. Asimismo, para fortalecer el circuito, el Caronte democrático, trae de tal olimpo, a alguno que otro, a una especie de isla, llamada justicia, en donde supuestamente es condenado, o bajado, para que en ambos mundos se crea que existe una suerte de equilibrio.

El Caronte democrático, actúa mediante el cobro, solapado, dado que necesita que se concrete, mediante el bien material específico y determinado (por lo general siempre son valijas o bolsos rebosantes de billetes) todo aquello que la democracia (histórica) jamás cumplirá. Algo se tiene que cumplir y es esto mismo, la escasa (y que perversa como funcionalmente, se promete como amplia y múltiple) movilidad entre los mundos separados y distantes.

Los mundos, abismales, agonales, a los que dialéctica como seductoramente, la democracia evita que se distingan y que cada tanto une, vincula, a través de los llamados actos de corrupción, que en el fondo no son más ni menos que las poco frecuentes veces, que se convierte en realidad el intercambio de habitantes entre mundos tan equidistantes, como ferozmente opuestos y controversiales.

La corrupción, no es una deformación o desviación de un sistema político determinado (la democracia), ni tampoco un mal o un síntoma cultural. La corrupción es el reflejo de la laguna Estigia o el río Aqueronte, en donde no podemos ver nuestra propia imagen corrompida, pero sí la del otro, tal como sucede con el deseo de estar en el lugar en el que no estamos y de allí la necesidad de un guía, de un barquero, al que, naturalmente, debemos pagar y del que sólo pretende de nosotros, eso mismo, que le paguemos. La democracia cumple cuando cobra, es decir se traduce como hecho y promete cuando no lo hará, al simbolizarse como expectativa y como posibilidad, siempre como posibilidad, de que las cosas sucedan, por más que solo sucedan, corrupción o Caronte democrático, mediante.

Eyaculación, procaz y precoz.

El macho que en la prepotencia de su machismo se siente tal, al encontrar la reacción de la mujer, tras no haberle brindado a ésta el goce (ni que hablar de placer) inmediato de lo sexual, se encuentra desnudo en su condición (fálica como retrógrada) de macho. Deja de ser tal, es decir no logra con el falo ratificarse como hombre y acude, a la violencia para no perder, no ya su condición, sino su existencia que la subsume a una cultural razón de ser, específica y determinada (dador de felicidad, mediante la penetración). La mujer, la mejor elección que toma, es la de no entrar en el juego de la

hembra, y la peor decisión que podría tomar, es la de escoger por el hombre, la opción que este debería hacer para dejar de ser macho. Antes que la impotencia, que afecta al hombre por lo general de edad avanzada, y que puede ser resuelta mediante fármaco, el principal problema masculino es, el de contexto civilizatorio mediante, transformarse en un procaz y precoz, que lo haga todo rápido, vertiginoso, amontonado, fatalmente intenso, maquinal, acumulatorio, sea en la cama, en un recinto o en la oficina de gobierno.

Al haber decidido, sí es que realmente tomamos tal decisión, el renunciar a la serenidad para vivir en reflexión y pensamiento, a expensas de recrear, las ficciones más temibles de nuestros temores, que son las que nos conducen a diario, nuestros adictivos grilletes a los que endiosamos y creemos que nos liberan, cuando más nos anulan y nos cercenan en nuestra posibilidad de ser humanos, a dejarnos llevar, como tristes ilusos que van, irremediablemente a la frustración, a en-cementar, blindando, que no es lo mismo que brindar, los acuciantes horrores de los otros, para atacar el síntoma, el sucedáneo y no la causa.

Ocurre en la cama como en el atrio del gobernante. Sí una de las partes, pretende el goce sexual, por separado, no sólo que está violando el acuerdo tácito del encuentro (así incluso se hable o se pague antes por lo contrario) sino que además, está perjudicando, violentando al otro, que como si fuese poco, terminara reaccionando, de alguna u otra manera, devolviendo tal desaprensión al desaprensivo. Eyacular precozmente, es un buen ejemplo, de esta disfuncionalidad que en realidad es mucho más que eso, dado que sale de las sábanas y como actitud llega a los recintos institucionales y a las casa de gobierno.

Nadie puede desconocer que el atavismo cultural de la imagen del poder se asocia, aún al hombre, confusa como injustamente, pero lo cierto es que el gobernante aún reina en el orden simbólico de muchos “como el que la tiene más larga”, en un claro y palmario ejemplo de lo primitivo y soez de nuestras consideraciones públicas y políticas.

No se trata que estos machos cabríos, hagan de su pene real (lo que tantos escritores narraron en distintos libros, verbigracia “La fiesta del chivo” de Vargas Llosa) los desaguisados machistas que sus procacidades les habiliten, sino de lo que harán con su miembro simbólico, que es ni más ni menos que la lapicera de sus decisiones públicas.

No debe importar el tamaño, ni el color de la lapicera, sino como la use. La similitud con lo sexual, no tiene una razón metafórica o una necesidad del suscribiente para ratificar una tesis, es lisa y llanamente sentido común. Gobernar es dar lo mejor de uno (el gobernante) como el amante da lo mejor de sí para el otro en la cama o en la intimidad.

Uno de los mayores peligros es que en el afán de hacerlo todo rápido, bien y a la perfección, es caer en la precocidad. En una suerte de cumplimiento de lo dictado, en la parusía de las recetas pre-moldeadas de gobernanza que con tanto y supuesto éxito, terminan de colonizar nuestra imposibilidad de recuperar la serenidad.

En un mismo orden de ideas, en pleno contexto occidental en donde nos hemos amputado la mencionada posibilidad de actuar con serenidad, sí vamos vertiginosa o alocadamente, seguramente vamos a acabarnos y el problema no tiene que ver con la

finalidad misma, es decir con terminar acabados, sino de disfrutar el viaje y de al menos dotarlo al mismo de un sentido fuerte y con una valedera como valiosa, significación.

Tanto actuar meramente administrativo, así se trate de obras de infraestructura o de reparto de dádivas, prebendas o asistencialismo, generará que gobernado nunca reconozca el esfuerzo del otro (es decir siempre querrá un polvo más, un encuentro en donde depositará la expectativa de ser comprendido y acabar a la par, que del goce luego se camine al placer) dado que estará solamente alimentando, este canal, esta sintonía, este orden. La escenografía, de las democracias occidentales actuales, nos remite al mito de Sísifo con la piedra que cae, sempiternamente desde lo alto de la montaña, pese a ser levantada y llevada una y otra vez.

A veces cambiar el color de la tinta de la lapicera puede ayudar para lo inmediato (pero nunca es una solución de fondo, todo lo que el marketing, el coach y demás tácticas de rapiña ofrecen a los políticos y por ende a la política), lo cierto es que el ritmo de viajes, inauguraciones, de reuniones, de presencia en fiestas, en redes sociales, debe tener un anclaje en una construcción que contemple a ese otro gobernado, o amado. El gobierno debe estar acendrado en algo más que en la minuta, que en la eyaculación precoz, que ofrecen los especialistas en medios y en comunicación.

La política es esa comarca, esa morada, la cama en donde el gobernante debe dar cuenta de sus mejores artes. El que se hable de cómo generar mayor participación, de brindar y no blindar, un sistema o forma de votación, más claro, más transparente, que se colijan las experiencias de otros (los ex) que hayan gobernado y mediante homenajes lo mejor de cada uno de los tiempos pasados, fungirá como ejercicio pleno de un haber dado amor público y político, que le cambiará o al menos, se irá en la intención, a la mayor cantidad de gente.

Repartir planes, proyectos, power point que vienen digitados de otros lugares (con intereses y beneficios que siempre están fuera del lugar de arraigo), robotizarse en el envío atontado y alocado de gacetillas para cortar cintas que no desatan ningún nudo, es una mera eyaculación precoz, que más temprano que tarde, sino se ofrece más que esto, el amado o gobernado, además de recriminarlo, elegirá a otro (incluso un objeto) que le prometa amor, y que verá con el tiempo sí le cumplió o si se trató de otro mero eyaculador precoz.

Este finalmente, como proverbial narcisista, al no tener la posibilidad de ver al otro, por ende de interesarse en lo que le pase, o en esforzarse por comprenderlo, dejará un tendal de gobernados, no sólo sin amor, sino también sin dignidad y sin comida. Nada muy diferente a nuestras democracias actuales que minadas, desbordadas de pobres y de pobreza, necesita una cura analítica, en términos de la palabra, de la razón, del logos.

La democracia no cree en la democracia.

Así como, de acuerdo a Cristina Calcagnini para “caracterizar el inconsciente freudiano habría una fórmula: Dios no cree en Dios, que es lo mismo que decir hay inconsciente”, las generales de la ley le corresponderían a nuestras democracias representativas a las que podríamos comprender en sus abismales filtraciones, en sus siderales vacíos, al adolecer ésta de la convicción de creer en sí misma, que sería lo mismo que decir que

hay un pueblo a la deriva, desguarnecido, empobrecido, asediado por problemáticas indignantes e inhumanas, privado de una institucionalidad que lo ordene, bajo parámetros en los que se consensue un acuerdo que dote de sentido a esa voluntad general con posibilidades de firmar un contrato social que se defina, semántica como conceptualmente: de democrático.

“La ley misma no llega quizá, no nos llega, sino transgrediendo la figura de toda representación posible. Cosa difícil de concebir, como es difícil de concebir cualquier cosa que esté más allá de la representación, pero que obliga quizás a pensar completamente de otro modo”. (Derrida, J. “La deconstrucción en las fronteras de la filosofía”. Paidós. 1989. Buenos Aires. Pág. 122).

Esto mismo que parece orillar la obviedad de una tautología, es sin embargo lo que en cada aldea que se define como democrática, sucede cotidianamente. Queremos creer en la democracia, más no así en quiénes la representan. Esta dislocación del sentido de lo político, nos define en cuanto a nuestra paradojal, como palmaria, contradicción, que más que tal, se transforma en una contracción.

Contracción es un término clave. Gramaticalmente es cuando la pronunciación de dos palabras origina una palabra nueva. Clínicamente es el trabajo de parto que alumbrará más luego el nacimiento o la posibilidad de que este se dé.

Arriesgaremos en afirmar que en nuestra contracción democrática, dos fuerzas antagónicas, sin ánimo de anteponerse una por sobre otra, pero en la obligación de convivir armónicamente, se azuzan, cuando no se trenzan en una disputa sin cuartel y sin final.

Nos gobiernan en nombre nuestro (del pueblo, de la ciudadanía, garantizándonos libertad de expresión y libertad electoral o de voto, elección u opción condicionada) sin que podamos hacer otra cosa que delegar en nombres concretos tal poder. Caemos en la representación y desde ese momento dejamos de creer en la idea de lo democrático en su estado puro. Hasta los propios representantes, dejan de creer en el sistema que los ungió, como, concomitantemente, en sí mismos. Retomando aquello de Freud que definió lo inconsciente (dios descreyendo de sí mismo), nuestra transgresión (en la salida a la representación, que plantea Derrida) no es lineal, directa u obvia (de único camino). De ser así, viviríamos en estados revolucionarios permanentes, en las reconversiones del orden establecido, a cada rato o de seguido. Sin embargo, nos transgredimos, al montarnos en un teatro de operaciones (que ya es una representación de la realidad) en donde hacemos de cuenta que creemos en lo que no creemos. Vivimos en las interfaces de medios de comunicación, de la virtualidad de redes sociales, que nos alimentan, contumazmente de qué racionalmente, es imposible creer en los representantes de lo democrático (los políticos), cuando en verdad, no creemos en la democracia, ni como forma, ni como valor, apenas lo sostenemos como símbolo de aquello que transgredimos, procaz como permanentemente.

Tal como veremos en la cita de Habermas, que recuerda una reflexión de Marcuse, si actuásemos con lógica, raciocinio, y dentro de los marcos legales de la institucionalidad democrática, tendríamos que hacer uso del siguiente derecho, en nombre de la democracia: “Apelar al derecho a la resistencia es apelar a una ley superior, que tiene validez universal, esto es, que trasciende el derecho y el privilegio autodefinidos de un grupo particular. Y existe realmente una estrecha conexión entre el derecho a la resistencia y la ley natural...Si apelamos al derecho de la humanidad a la paz, al

derecho a abolir la explotación y la opresión, no estamos hablando de los intereses de un grupo especial, autodefinido, sino más bien y, de hecho, a intereses que pueden demostrarse como derechos universales”. (Habermas, J. “La psique al termidor y el renacimiento de la subjetividad rebelde”. Simposio Marzo 1980).

No nos afecta, no nos asusta, ni tampoco nos rebela, la pobreza, la marginalidad o todo de lo que nos priva lo democrático. Nos quedamos, con la transgresión de hacer de cuenta que creemos, en eso mismo (en la democracia como expresión de un sistema que nos integre, que nos respete, que establezca prioridades para los que se encuentren relegados en relación a los que no) en que no creemos, dejándonos, normativamente, la posibilidad, de que nunca usaremos, de elegir otro sistema que no sea el democrático, por la falla de este en su integralidad y no en su conformación (adjudicar la culpa o responsabilidad a la casta, la clase o la política).

La palabra representa un concepto, una idea, finalmente, una aspiración, un deseo. Los cambios, las modificaciones, no se logran desde lo nominal, desde la denominación de una cosa por otra, que finalmente nos siga significando lo mismo, por el ruido de un significante que suene distinto.

Cuando, tengamos la posibilidad que la contracción democrática, nos depare en el entendimiento de que la transgresión, como salida, la subversión como instancia superadora o complementaria, la revolución del sentido a decir de la poeta Alejandra Pizarnik, nos conmueva en la humana comprensión de que “la rebelión consiste en mirar una rosa hasta pulverizarse los ojos” recién en tal contexto podríamos animarnos a creer que deseamos habitar bajo principios democráticos, en el mientras tanto, hacemos de cuenta, actuamos tal convencimiento, y a veces nos sale bien, la actuación, y otras no, tan solo esto es lo que define el público, como el votante, con su aplauso, como con su voto, a sabiendas, sin que lo que lo reconozcamos abiertamente, que asistimos a una teatralización de la vida real o de una supuesta verdad representada, como democrática.

La democracia es errancia.

“Según el pensamiento de la errancia, la identidad no se halla en la raíz sino en la relación. Puntos de partida de esta concepción son los conceptos de rizoma y nomadismo de Deleuze y Guattari. Es en el pensamiento del rizoma –noción que se opone a la de raíz única y totalitaria– donde un autor como E. Glissant ubica el comienzo de lo que él denomina una poética de la relación, según la cual toda identidad se despliega en una relación con el Otro. Asimismo el concepto de nomadismo opuesto al de sedentarismo cuya raíz intolerante fundaría la ley, lo lleva a reflexionar sobre lo que llama nomadismo circular, que está ligado a sus contingencias más que al goce de la libertad” (Rodríguez Ballester, A. “Pensamiento de la errancia”. Revista Ñ. Febrero 2018).

La democracia entendida como el sistema, como la plataforma, como la posibilidad manifiesta y lograda para que el hombre en cuanto tal, pueda desandar su ser más furtivo, experimentar la libertad de expresión, como de pensamiento, debe sustentar, tales intenciones, en la relación que promueva entre los integrantes que se declaren prestos a vivir bajo tales consignas democráticas. Desde este mar de relaciones, desde estos vientos errantes, o de errancia, brotarán luego los rizomas, que al ver la luz, podrán ser de todos aquellos que lleven los frutos postreros, nómadamente, dejándose

llevar por sus impresiones, razones y emociones, pero por sobre todo, nunca sometidos, a lo arbitrario, de lo único, de lo totalitario, que plantea ese sedentarismo de raíz, que sostiene a la ley, por la pirámide jerárquica de un escalafón normativo, que no tiene más sentido que de preciarse de hacerse cumplir, a como dé lugar, y como fuere, sin que importase otra cosa, llevándose puesto en esa rigidez, tensa, del formalismo, a la humanidad y su condición.

La democracia, debe ser comprendida y difundida, bajo este significante de la errancia, en relación, a que, probable y posiblemente, solo y nada más, sea, y más allá de la redundancia, relación entre sus integrantes. En sentido contrario, por sobre todo, de los principios con los que ejercemos nuestras democracias cotidianas, ni la institucionalidad de sus formas, de sus métodos, o de sus preceptos, nos pueden hacer creer que vivimos democráticamente, porque una determinada ley, expresa, que votemos con periodicidad o que en cierta carta de intenciones, o corpus normativo, se establezca que los habitantes de un territorio pasan a denominarse ciudadanos, y que por esa suerte de pase, semántico y nominal, como mágico, adquieren, abruptamente, la seguridad de que serán respetados sus derechos más básicos y elementales, como el de poder comer y luego de ello, hablar en caso de querer o desear.

Dislocar (“Dislocación es la condición de posibilidad de que se produzca un acto instituyente y reactivador de la sedimentación, en suma, un acto político que levante la represión en la que lo social se ha vuelto una inercia y se revele en su condición temporal y contingente. La dislocación es tiempo, lo social es espacio. El acto político que surge de la dislocación introduce la temporalidad en la inercia espacial de lo social”. Alemán, J. “Carta VII a Ricardo Forster: Capitalismo y Dislocación”. Mayo 2018) el concepto de lo democrático, tal como nos lo implantaron, o como lo implementaron, desde nociones sedentarias, rígidas, unívocas, absolutas y autoritarias, pasa a transformarse, deviene, se deconstruye, como posibilidad, en la vía democrática, es decir de relaciones, de interrelaciones, a las que debemos apostar, por las que debemos jugarla, en un sentido instintivo de lo lúdico, para vivenciar, una experiencia democrática que nos permita, el libre fluir de la expresión, del pensamiento, como de la sensación y de la emoción, que tal logro nos produzca en nuestra humana condición, apta para posibilidades tales, más todas las otras, aquí no señaladas.

"Los no incautos se equivocan. Hace falta ser incautos de cualquier cosa, es preciso ser incautos de algo... lo que ustedes hacen muy lejos de ser obra de la ignorancia es algo que está siempre determinado por algo que es el saber y que llamamos el inconsciente..." (Lacan. J. Seminario 21)

La democracia al instituirse en lo otro que no es, conserva su piel nominal, su epitelio, su máscara, para ocluir todo aquello que en verdad debiera ser u ofrecer. Todo lo democrático, está estructurado en un lenguaje, que no es el legal, ni el legitimador, que aparenta sostener, el edificio en el cuál, se asientan, todas y cada una de nuestros institutos, arrastrando con ello, a sus oportunos ocupantes, a los que sedimenta y sepulta con el lodo de la clase o la casta.

La democracia, entendida y por sobre todo, ejercida, desde esta perspectiva, perversa y contumaz, no sólo que nos requiere, cautos, certeros y adormecidos en nuestra posibilidad crítica o reflexiva, sino que pretende, continuar, sempiternamente, ad infinitum, entronizada, en la idea, implantada, implementada, como inauténtica, que tiene que dar respuestas, y que a su vez, éstas, sean tanto, ciertas, como útiles y buenas.

Sino frenamos a la concepción de lo democrático, desde esta primera instancia, desde esta dislocación, todo lo que continúa después, es la historia de los últimos años en occidente, nada escapa, en ese hermetismo absolutista, del círculo vicioso, del uróboro en que se convierte lo democrático, qué obtiene, en lo que se devora, razones para sus argucias, incrementa su sostén, en presentarse, performativamente, como útil y conveniente, además de probo y por sobre todo, mejorable.

La democracia, en caso de que la deseemos, en caso de que la pretendamos experimentar, requiere de incautos, de equívocos, de errancias, de perspectivas, de rizomas, de relaciones, de desamparos, de nomadismos, de interdicciones y de lo que usted bien podría agregar, en la escritura, en la tachadura o en su cotidianeidad en donde en caso de que en nombre de la democracia que ocluye, que totaliza, que absolutiza, se le ofrezca, apropiarse de alguna instancia temporal para hacerla egoístamente suya, deje tal instrumento de lado (la posibilidad), y se deje llevar por la profunda intuición de su humanidad.

La *Différance* entre pobreza y democracia.

Nos proponía **Derrida** que pensemos en los términos de algunas cosas que desborden la representación. Por tanto el neologismo o neografismo, que proviene de diferencia, también lo hace desde su sentido de aquello que difiere. Lo que está pospuesto es el significado mismo de eso que se quiere, señalar, definir o absolutizar, encerrándolo en un vocablo. Tal postergación, mediante una cadena de elementos significadores, hacen posible el contexto en donde podría tener sentido que se fugue, aquello que deseamos, anhelamos, tan profundamente tenerlo acotado en el margen de espacio y de tiempo. Bajo nuestra propuesta categorial, lo que se difiere, se posterga, se proroga, en relación a lo furtivo de la pobreza, es mediante, lo democrático, que funge como un valioso catalizador, una suerte de talismán, en donde, se yuxtaponen, constituyéndose así, ambos, en esta relación pervertida como perversa, para que no puedan significar ambas otra cosa; males necesarios, conceptos en el orden de lo real, irreducibles, inmodificables e indispensables de los que no nos podemos desentendernos, desembarazarnos ni mucho menos, deshacernos de los mismos, en tren de tener (dado que no cabe, ni nos permitimos siquiera anhelar) algo mejor que las postergaciones, los diferimientos a los que no condenamos mediante la *Différance* entre pobreza y democracia.

No, no estamos hablando ni en difícil, ni en vocabulario técnico, o para el regocijo de minorías ilustradas, que al tener todo lo demás resuelto, pretenden que vuele algo más elevado lo que haya cultivado con su intelectualidad. Hablamos de lo que sucede todos los días, con esas barriadas, que más o menos habitualmente, usted ve, cerca de sus reductos, en vivo y en directo, o mediante una interfaz comunicacional. Hablamos de esa pobreza, a la que usted teme, no tanto en caer, sino más que en nada, ser presa, o víctima, de su resaca, o de su resultante, que producto del azar, o del olvido momentáneo de ese dios (al que después perdonara), pueda terminar siendo, merced de un arrebató, de una entradera, escruche, o cualquier tipo de abuso violento, que consciente o inconscientemente, asocia, como un circuito entre pobreza-marginalidad y delincuencia-criminalidad. La democracia es para usted, precisamente esto. Lo que no puede serle resuelto, para que pueda gozar, en lo que cree que ha ganado, con justicia y merecimiento (no hablamos ni de ética ni de honestidad) pero que al menos lo puede mencionar, lo puede exclamar, rezongar y solicitar, teniendo siempre enfrente, un

político, que a sabiendas del imposible que pide, le miente, a la carta, por pedido suyo diciéndole que sí lo vota, lo resolverá.

La democracia es para la pobreza, el placebo, que al no generar acción específica alguna, perpetúa en tal inacción la fragancia del cuadro. La pobreza es para la democracia, la excusa perfecta para que cabalguen en el mando, los estultos, flagrantes, que corresponden a la situación con la misma medicina. Aspirinas para situaciones complejas, a la espera que se desate, se resuelva, el nudo gordiano, en donde lo central, lo nodal, es precisamente, la postergación, el diferimiento, como sostenemos desde el título la *Différance*, que termina de maridar, incestuosamente, a la pobreza con la democracia, en tal concretación de la nada, o de la posibilidad como mera posibilidad de sí misma.

Al estar ocluida la chance, o la elección, el uso que podamos llegar a hacer de nuestra libertad de pensamiento, para darnos otra cosa, que no sea la imbricación nociva entre pobreza-democracia, caemos en ese vacío, de lo otro, que representan los absolutismos ya vividos y padecidos. Pretender salirnos de lo democrático, en cuanto a su vinculación con la pobreza, no hace más que sentenciarnos al oscuro y lúgubre, cono de sombras, en donde nos espera, ansiosa, la condena de todo lo que no somos, ni representamos, lo totalitario y arbitrario de formas de gobierno o sistemas, que han sido insondablemente temibles en su experimentación por lo humano.

O tal vez sí, tal vez nunca hayamos dejado de ser, eso que tememos, con solo mencionarlo. Posiblemente, en el decurso del tiempo, profundizamos la malicia, con la que pretendemos, tener más que el de a lado, más que el otro, diciéndole que somos todos iguales ante ese principio democrático, por más que el próximo, este condenado a la pobreza más absoluta.

No sería raro que en verdad, al no tolerarnos en nuestra real traducción, en lo que somos, nos desbordemos en el significado, de lo que pretendemos y por tanto realicemos el acto de la *Différance*, y que por tanto, esta sea la razón por la que seguimos, plenamente habitando una pobreza democrática, o una democracia empobrecida, a la que no podemos siquiera pedirle otra cosa que no sea, que refiera a interminables cadenas de palabras, como de cosas, que no terminan significando, o sirviéndonos, para nada más que para continuar tal como estamos.

La verdadera elección que nos ofrece, que subyace, que orbita detrás de eso otro, lo innombrable, lo indecible es que el presente sistema político-institucional, imperante en occidente, que dimos en llamar “la *Différance* entre pobreza y democracia” nos impele a que con periodicidad,elijamos, optemos, entre padecer hambre, o padecer las acciones que genera el hambre, es decir la discordia, cuando no la violencia y la agresividad de los hambrientos, para que entre todos sostengamos un pseudo equilibrio, orquestado por una cohorte de estructuras de papel, a las que las queremos dotar de características que no le son propias y que ni por asomo las tienen.

El derecho a la voz de las gradas.

En todo los conciliábulos de índole institucional, que se acendran en el principio republicano que los actos y ejercicios deben ser necesariamente públicos, se llevan a cabo, ritualmente, concelebraciones, de características sacras y totémicas. Parlamentos, que arquitectónicamente, responden a la historia, como a la estética, se nutren de las poltronas, que atesoran la humanidad de quiénes representan al pueblo, quién al votar

suscribe, condicionadamente, su poder en tal corpus que hablara y votará en nombre de este, por un período de tiempo, determinado y especificado, hasta una próxima renovación o elección, en donde se perpetúa el círculo de virtuosismo institucional. Sin embargo, las filtraciones, las sospechas, quejas y lamentos, ius-naturales (la libertad inmanente del sujeto, se desdobra, se pretende separada, de todo aquello que la quiera reducir a lo absoluto, a lo certero, a lo seguro, a lo absoluto) que estructurados en lo indeterminado de lo que orbita como pueblo, ciudadanía, gente, grupos o facciones, deben ser ordenados, en esa misma normalidad-normativa, para seguir contribuyendo a esa idea o sensación de que, somos todos (hasta los que no están de acuerdo o no forman parte) de lo mismo, sin que cada quién pierda su óptica o perspectiva.

Existe una valoración, que se vislumbra, pero que no se termina de reconocer o de valorar (valga la redundancia conceptual) en todos los órdenes de la sociedad. Hablamos de la participación. Solo quiénes, intervienen, de alguna u otra manera, tienen derecho a algo más luego, así sea esto, solamente, la protesta o la queja. Sea en un espacio virtual de alguna red social, en cualquier aforo en donde se trate alguna temática específica, lo cierto es que el derecho a la palabra, a la expresión, se obtiene, siempre más luego, de ratificar, mediante la voluntad, de qué uno está dispuesto a ser parte de ello en lo que se está participando.

Existe un adagio popular, tan vulgar como contundente “El que no llora, no mama”. En clara referencia al recién nacido quién impedido de manifestar de otra manera su voluntad, su deseo de ingerir, de alimentarse, se reitera y repite en el llanto, como mecanismo primordial, para hacerle saber al mundo adulto de su necesidad. Esta conducta, sin embargo, de allí el adagio, se repite en la mayoría de los comportamientos del ser humano, más allá de haber abandonado el estadio de bebe. Al participar, como segundo paso, a renglón seguido, el sujeto debe tener garantizada la posibilidad, de expresarse, de hacer llegar su inquietud.

Para Otto Rank, “el círculo entero de la creación humana, incluyendo todos los síntomas neuróticos y psicóticos, sueños, fantasías, mitos, religión, arte filosofía, revoluciones y guerras, representan en última instancia intentos de materializar el «paraíso perdido» del estado intrauterino o repeticiones del trauma del nacimiento” (Stolorow, R.D. y Atwood, G.E. 1976, “An Ego-Psychological Analysis of the Work and Life of Otto Rank in the Light of Modern Conceptions of Narcissism”, *International Review of Psycho-Analysis*, n° 3, pp. 441-459.)

Así como para Rank, destacado promotor, a la par de Freud, del psicoanálisis, la angustia representa la repetición del trauma del nacimiento (la muerte podría ser entendida como el regresar, el retorno a lo uterino, una suerte de invaginación en donde la vagina, la transformamos en fetiche, incluso de lo democrático, la similitud con la urna electoral, en donde se pone, se emite, se penetra con el voto, desarrollado en el ensayo que dimos en llamar la vulva democrática) el mecanismo o trauma del llanto, podría representar, la repetición que de ello hacemos en nuestra vida social, al participar de lo público, y que por ende, precisamente al hacer uso del mismo, se nos debe garantizar que tal llanto (es decir la palabra en el ámbito público-institucional, por más que no seamos representantes) sea escuchado, atendido y correspondido, tal como se hace con el llanto del bebe.

Cuando llevamos la situación al campo social, donde reina e impera la institucionalidad, democrática-representativa, el ciudadano, al participar, debe tener garantizada, por esa normatividad, por esa ley que le impone tantas condiciones (los deberes) el derecho

básico e inalienable de que el participante, puede expresarse, o tenga tal posibilidad, habiéndosela ganado previamente, al asistir, en el caso de que nos convoca, a una sesión parlamentaria o en donde esté funcionando una asamblea de representantes del pueblo, tratando un asunto público.

Al sesionar un parlamento, sus gradas, sus tribunas, en donde se asienten los que deseen participar (se podría contemplar más luego la participación virtual, sobre todo para quienes demuestren un obstáculo cierto y evidente para el traslado físico, sin embargo, la idea primordial es destacar el acto volitivo de asistir a una sesión, con todo lo que ello implica, el compromiso de la corporeidad) deben tener un registro de los que estén allí presentes y que deseen, en tal caso, hacer uso de la palabra, al finalizar el uso de la palabra de los legisladores, y una vez, registrados los interesados en participar, en esa segunda instancia, se lleva a cabo un sorteo, para definir, al que finalmente, le corresponderá en tal turno, el uso, en ese momento, del derecho a la voz de las gradas.

Es importante destacar, que el sorteo, no se plantea como elemento metodológico únicamente. El uso de lo nodal de la demarquía, al estilo griego, debe ser revalorizado, rescatado o reconstituido en los actos institucionales. El azar, es la única vara que iguala en oportunidades a todos los que poseen un derecho conquistado, como el de ciudadanía, o como en este caso, de participación.

Finalmente, y sin dejar de destacar que no se trata de una propuesta en favor de prestigiar, de aumentar la calidad democrática o de todas esas construcciones conceptuales hipócritas que no hacen más que percutir, que socavar lo democrático, creemos estar demandando un derecho que posee el ciudadano en la institucionalidad democrática en la que está inserto, que aún no le ha sido reconocido y que sencilla como inmediatamente, se le debe reconocer, para que lo ponga en práctica, mediando o no para ello, el poder judicial.

La voz de las gradas, es un derecho ciudadano, inalienable e irrenunciable, como el de votar y como el de expresarse libremente.

Pongamos en práctica, en cada una de las aldeas en donde se nos dicen que nos gobiernan bajo conceptos democráticos, este derecho a la participación, este derecho a la palabra.

Conquistemos a la democracia, democráticamente, mediante el logos, mediante esa palabra, que jamás se nos podría prohibir, bajo sistemas de gobierno que se precian de parlamentar en el nombre de esa palabra, que nunca podría estar solamente bajo potestad de algunos pocos, por más que nos representen, circunstancial como condicionadamente, tras el marco de una institucionalidad, que a cada rato, que casi siempre, está al borde del colapso de su legitimidad, precisamente por la falta de más palabras, de más perspectivas, que nutran o se complementen con las otras, las de siempre, que no casualmente, no se disponen a escuchar otras voces, otras palabras. Apelamos a la institucionalidad democrática de estos, para que incluyan el ejercicio de la voz de las gradas, sin que sea necesario recurrir al poder judicial, para que se reconozca este derecho democrático.

Propuesta de reforma democrática; el voto anticipado.

El presente instrumento pretende acrecentar la calidad democrática, en tiempos electorales, generando al ciudadano, la posibilidad de que adelante su voto, el sufragio, el pacto tácito que realiza con sus representantes, a los efectos ulteriores de que el sistema político se adapte, se amolde, a las necesidades actuales de la ciudadanía contemporánea, y no en sentido contrario, como se acostumbra que sea el ciudadano el que se vuelva a adaptar a un sistema que cada vez le exige más sí, pervirtiendo de esta manera la razón de ser una forma de gobierno que se define como la que dimana del pueblo mismo, defendiendo los intereses de este.

Al establecer la posibilidad de un voto anticipado, se conseguirían modificaciones sustanciales, giros copernicanos en la política cotidiana, que al constituirse en concomitantes, complementarias o en paralelo, con el voto o sufragio clásico y tradicional, de ningún modo significara una ruptura conflictiva, una instancia revolucionaria traumática, sino simple y llanamente la consolidación de la democracia misma, resignificando, desde lo electoral su definición histórica como etimológica.

El voto anticipado, permitirá que el ciudadano, en los tiempos actuales en donde considera un valor positivo el compartir sus gustos, preferencias y elecciones, ante sus semejantes, por intermedio de plataformas virtuales o de redes, haga lo propio con su preferencia electoral o política. El voto o sufragio clásico, que en varias aldeas occidentales, sigue amparado por ley, para que se lo respete en su condición secreta, fungió con utilidad hace décadas atrás, cuando las realidades sociales y existenciales no habían sido gravitadas por la explosión del mundo digital y de la cada vez más influyente inteligencia artificial. Sería más que una falta de tino el señalar, como se vio modificada la vida diaria del occidental promedio, de dos décadas a esta parte, más bien, es incomprensible como aún no se haya generado, hasta esta oportunidad, la posibilidad para que el ciudadano moderno, pueda hacer visible, pueda exteriorizar sus elecciones políticas, y en el caso de que lo decida que lo comparte y difunda, tal como lo hace con todos los otros (al menos tiene tal posibilidad) aspectos de su vida que no solo son considerados públicos, sino también áreas o zonas privadas.

El voto anticipado se acendra sobre el valor por antonomasia que brindan las democracias, en crisis, actuales. Sí algo cumple lo democrático, en todas y cada una de las aldeas occidentales en la que se presenta como tal, es que con cierta, normal y respetada, periodicidad, se vota, para elegir gobernantes o representantes. Esta única certidumbre que brinda la democracia actual, llega a tal punto de consecución, que hasta las fechas electorales en muchos distritos se sostienen, totémica como inamoviblemente. Los martes de noviembre, en el norte, como los agosto y octubre en años impares en Argentina, son citas irrenunciables, que rubricadas por la norma y avaladas por la costumbre, se replican en casi todos los lugares (variando las fechas claro está) en donde la democracia cumple con el único requisito que promete, y mediante tal cumplimiento se sostiene en gran medida como un sistema que respeta y promueve las libertades.

El voto anticipado surge desde la perspectiva ciudadana, como si fuese una flor silvestre es más fruto del azar entendido como necesidad, que producto de un laboratorio académico. A diferencia de teorías y propuestas políticas, realizadas (como pagadas) por intelectuales para el poder reinante, o para la facción pretendiente de tal, el voto anticipado surge a solicitud de la desesperanza y la desazón colectiva que dimana del

fenómeno democrático y que paradójicamente nos insta a que democráticamente reformemos la democracia.

El voto anticipado, lograra modificar sustancialmente el eje desde el cual se realizan, frustradamente todos los intentos hasta ahora de dotar de mayor calidad y participación a las democracias actuales.

El voto anticipado permitirá que el tiempo corra del lado, o transcurra en favor del ciudadano y no del sistema, que por más que semánticamente se denomine democrático, atenta contra la democracia ciudadana, tal como está diagramado en la actualidad, en donde se abre, se genera, se insta a una suerte de periodo de caza, en donde la única víctima termina siendo el mismo ciudadano para el que supuestamente se hubo de abrir el período electoral que se constituye en la cárcel en donde perece la libertad política ciudadana.

El voto anticipado fungirá en paralelo con el voto tradicional o clásico, es decir que la existencia del mismo no significará, como expresamos la anulación de lo existente, sino que se da, como una instancia democrática más, para que el ciudadano, en caso de que así lo considere, haga uso de ese derecho que le permitirá, dar a conocer su preferencia electoral, manejar los tiempos políticos a su buen entendimiento y no quedar preso de las estructuras que determinan lo democrático y lo político, y finalmente, contribuir a que lo electoral sea más transparente a nivel financiamiento como distendido y claro a nivel publicitario.

El voto anticipado, en función de lo expresado en esta suerte de versión sintetizada, funcionaria de la siguiente manera que detallamos.

A los noventa de días de finalizada una elección, es decir del último comicio o jornada electoral, se abre un registro, que orbitará dentro del organismo electoral pertinente de cada distrito, en donde los candidatos que pertenezcan a los diversos partidos existentes, como los independientes (es decir que no están afiliados o anotados a ningún partido) se podrán registrar, en forma voluntaria, en caso de que deseen recibir votos anticipados. Bajo un registro sencillo, los candidatos solo deberán inscribirse en la categoría escogida (a diputado, presidente, gobernador) a la que desean presentarse, siendo esta única como inmodificable) y bajo juramento declarar que los gastos que le demanden la campaña, jamás podrán superar en total los cien salarios mínimos de un trabajador de su distrito. Al mes de haberse abierto el registro, el mismo se cierra, dando a conocerse el listado final de los que compiten. El período de recepción de voto anticipado se posibilitará hasta cien días antes de las elecciones establecidas, tradicionales y clásicas, en donde podrán sumarse, todos los candidatos que no hayan hecho uso de la opción de recibir los votos anticipados. El cómputo de sufragios o resultados obtenidos del voto anticipado, formalizará únicamente cómo candidatos efectivos, es decir que puedan conmutar como votos traducibles en la elección final, a todos aquellos que superaron en cantidad el cinco por ciento de los votos totales anticipados emitidos. Los ciudadanos que hayan hecho uso de la opción del voto anticipado, así finalmente sus candidatos no hubieran de lograr el cinco por ciento, no podrán volver a votar, dado que el voto seguirá siendo único, posibilitando solo, el hacerlo tiempo antes de la elección o en el modo tradicional y clásico en el momento mismo.

Todos los ciudadanos que no hayan hecho uso de la opción del voto anticipado, votarán el día de la elección tradicional, en donde podrán votar o sufragar por los candidatos que hubieron de haber superado el porcentual de cinco por ciento, teniendo la cantidad de

votos anticipados obtenidos como piso, como por los candidatos que decidieran no hacer uso de esta opción (estará en ellos el de establecer sus respectivas conveniencias, la posibilidad está dada para que elijan desde su buen entendimiento) y en caso de los cargos ejecutivos, ganará quién obtuviese la mayor cantidad de votos sobre los totales, es decir los anticipados y los clásicos. En caso de los cargos o lugares legislativos, se distribuirán las bancas o espacios, por el sistema de representación que impere el distrito (D'Hondt o el que fuese) y la cuestión partidaria o partidocrática, será determinante más luego, en el ejercicio propio de la representación y no antes (es decir se supone que los que se presenten por un mismo partido tendrán una comunión de ideas o empatía que sólo será comprobable en el hipotético ejercicio sí es que llegan más de dos de una misma expresión política).

Finalmente y más allá de todas y cada una de las adaptaciones o ajustes que se puedan realizar al voto anticipado, destacamos, finalmente, esta condición de personalización que le brinda al votante esta irrupción del voto anticipado, más allá de todo lo narrado, también podrá votar por la candidatura o el candidato que desee (y no condicionado por listas, por anexos, por decisiones partidarias previas), en una nueva y cabal muestra más, que esta propuesta promueve e insta a que sea el sistema el que se amolde a la decisión del ciudadano y no viceversa, en tren de una restauración de lo democrático, desde su semántica, su etimología, su valoración, su conceptualización, su adaptabilidad y las condiciones de libertad política que debiera generar al solo mencionar su nombre que con propuestas como la presente se consuman en grado sumo.

Referencias bibliográficas.

Bell, D. “Las contradicciones culturales del capitalismo”. Alianza Editorial, Madrid, 1996.

Derrida, J. “La deconstrucción en las fronteras de la filosofía”. Paidós. Buenos Aires. 1989.

Freud, S. Más allá del principio de placer, O.C. T.XVIII, Amorrortu. Buenos Aires. 1980.

Habermas, J. “La psique al termidor y el renacimiento de la subjetividad rebelde”. Simposio Marzo. 1980.

Hegel, G. “Fenomenología del espíritu”. Editorial Gredos. Madrid.2010.

Kant, I. “De la relación entre teoría y práctica en el derecho internacional, considerada con propósitos filantrópicos universales, esto es, cosmopolitas”. SK. VIII, 307. Editorial Gredos. Madrid. 2010

Lacan, J. “La significación del falo”. Escritos 2. Siglo XXI. Editores. 2002.

- Laurent, E.** “El traumatismo del final de la política de las identidades”. Lacan Quotidien. 2017.
- Legendre, P.** “El inestimable objeto de la transmisión. Estudio sobre el principio genealógico en Occidente”, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1996.
- Mainländer, P.** Filosofía de la redención. Traducción de Manuel Pérez Cornejo. Edición de Carlos Javier González Serrano. Xorki. Madrid. 2014
- Masotta, O.** “Lecturas de Psicoanálisis. Freud, Lacan”. Paidós. Buenos Aires. 2015.
- Merlín, N.** “Laclau y el Psicoanálisis”. Página 12. Buenos Aires. 22 de Abril de 2014.
- Prósperi, G.O** “Ventriloquia y subjetividad en la historia occidental”. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. 2015.
- Rodríguez Ballester, A.** “Pensamiento de la errancia”. Revista Ñ. Febrero 2018
- Rosset. C.** “Lo real y su doble”, Libros del Zorzal. Buenos Aires. 2016.
- Russel, B.** “Principies of Social Reconstruction”. Editorial. Books Express. 1997.
- Savater, F.** “Apología del sofista”. Editorial Taurus. Buenos Aires. 1973.
- Sivak, A.** “El laberinto y el perdón.” II Antología del Ensayo Joven en Argentina. 2014.
- Subirats, H.** “Desde el lugar del otro”. Filosofía y sexualidad. Editorial Anagrama. Barcelona. 1993
- Stolorow, R.D. y Atwood, G.E.** “An Ego-Psychological Analysis of the Work and Life of Otto Rank in the Light of Modern Conceptions of Narcissism”, International Review of Psycho-Analysis- 1976
- Tatián, D.** “La conjura de los justos”. Editorial Las Cuarenta. Buenos Aires.2009.
- Wellmer, A.** “Líneas de fuga de la modernidad”. Pág 383. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2013
- Winkler, P.** “El psicoanálisis como envés de la ley”. Revista Affectio Societatis, Vol. 8, N° 14, junio de 2011

